

CARLOS ROXLO

# JORGE SAND

LA NOVELA DE COSTUMBRES

(Conferencia literaria)

JORGE SAND

Y

LA NOVELA DE COSTUMBRES



JORGE SAND

**INGRESADO**

1924  
1927

KB-40  
(53)  
ROX j

CARLOS ROXLO

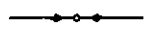
21364

# JORGE SAND

Σ Y 3

## LA NOVELA DE COSTUMBRES

(Conferencia literaria)



1925

Talleres Gráficos "Gutenberg" - Rondeau 1466  
Montevideo

CONSEJO DE INSTRUCCIÓN  
**DEDICATORIA**  
PRIMARIA Y NORMAL  
BIBLIOTECA

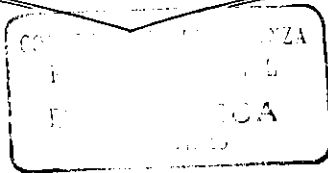
*¿A quién consagrar estas modestas páginas? A mis amigos de toda la vida; a los que me perdonan mis grandes defectos; a los que me defienden con cariño gallardo; a los que saben que es muy suyo mi corazón; a los que sueñan con la verdad y con la hermosura en las campiñas y en los poblados de San José.*

*Es mi irrevocable voluntad que, — cuando ya no pueda ni leer ni escribir, cuando me rinda el sueño sin alborada, cuando me abisme en la noche de los olvidos, — mi biblioteca de poesía y de teatro y de crítica literaria, los volúmenes que yo reuni con tanto tesón y a los que debo tantas horas de dicha, sean entregados por mi compañera al Liceo Departamental de San José.*

*¿En pago de mi deuda de gratitud? No, porque ésta es enorme y no puede pagarse; pero sí como un vínculo nuevo entre mi nombre humilde y el solar maragato, entre mi memoria y el Departamento de San José.*

CARLOS ROXLO.

Mayo 1925.



# JORGE SAND

---

## I

### SU PRIMER MODO

---

**1.-Algunos antecedentes.** — Amandina Lucila Aurora Dupin nació en París el 2 de Julio de 1804. — Educada primero por una madre frívola, después por una abuela volteriana y solemne, creció casi sola, pasando su niñez y su adolescencia en las quebradas misteriosas y en los melancólicos eriales del Berry. — Es verdad que, en 1817, mandáronla a París, donde estuvo tres años en el colegio de Damas Inglesas. La sedujo el colegio (1): el primer año fué de rebeldía, de aturdimiento, de travesuras; en el segundo se sintió de súbito poseída por una devoción ardiente y agitada; en el tercero su religiosidad mantuvo su firmeza, pero más tranquila, con menos ascetismo, sin tantas exaltaciones. (III, pág. 84). — Tuvo camaradas; quiso ser religiosa; se hizo adoptar por madama Alicia, secretaria de la comunidad; —

---

(1) "Histoire de ma vie". 4 tomos—Ed. Calmann Levy.

encariñóse profundamente con sor Elena, encargada de los más repugnantes trabajos del convento; y muchas veces “soñó con Nohant, que su pensamiento transformaba en un paraíso” (III, pág. 176). Oh, sí!, muchas veces soñó con los tordos en libertad, cuya gula devora las bayas del abeto; con la luz del estío, bajando hasta la raíz de la yerba apretada y profunda; con las zarzas silvestres, tan ricas en moras de matiz de púrpura y agradable sabor, como en vellones de finísima lana que las ovejas dejaron al pasar por el camino estrecho; con los juncos del borde de la ninfa clara, que corre silenciosa y en que el aguzanieve apaga su sed; con la lectura bajo la sombra de algún añoso y verdísimo fresno. — Al salir del colegio, para no volver, vagó sin rumbo, ansiosa de aire libre y de cansancio físico, por los hermosos y tristes parajes que pintó después, acompañada siempre por un volumen de Rousseau o Chateaubriand. Su aislamiento meditabundo y el volterianismo de su abuela ceremoniosa desbrozaron de muchos prejuicios el alma de la joven. — Añadid el morboso influjo de sus lecturas. Muchas veces — a la hora en que fulgura en la inmensidad la solitaria estrella del anochecer, — vió venir a su encuentro, por una de las sendas que orillan con sus flores los espinos blancos, la sombra de Lara. — Muchas veces también velando junto al lecho de la volteriana, — cuando la luna se nutre de perfumes en las madre selvas donde esconde su nido el ruiseñor — creyó sentir vibrando sobre aquellos follajes, — cuyos verdores son inmarcesibles en su suavidad e interminables

en su perspectiva, — el agudo sollozo del deseo insaciado de René. (1) — No encontró la dicha en su casamiento con el barón Casimiro Dudevant. — Se separaron, de común acuerdo, en 1830. — Un año antes había conocido a Julio Sandeau, con el que se dirige gozosa a París. — París la embriagó. — No se cansaba nunca de recorrer sus calles, sus museos y sus teatros. — Se estremece y llora de placer artístico en el drama con Federico Lemaitre, en la ópera con la Malibran, en el Louvre con el Ticiano y el Tintoreto. — Vive a lo bohemio, con traje de hombre, con levita y chaleco y pantalón de paño — gris como el sombrero que sujetaba su cabellera, cuyos rizos le caían sobre los hombros. — Recorre los cafés, se la ve en los fondines de baja estofa, escucha con no simulado recogimiento a los predicadores de nombradía, es oyente entusiasta de los conferenciantes republicanos y bebe a grandes sorbos el aire oxigenado de la independencia, vagando y discutiendo con Julio Sandeau y con Félix Pyat. — Latouche, director del *Figaro*, le permite hacer, en ese diario, sus primeras armas de periodista. — Fracasó por completo. Redactaba con increíble facilidad, pero carecía de la virtud de la concisión. — Entonces, por consejo de Latouche, se dedica al cultivo de la novela. — Después de dos ensayos en colaboración con Sandeau, aparece *Indiana*. — Ese romance fanatizó al público y dividió a la crítica. — Hacia esa época rompe con Sandeau, y su gloria naciente la pone en contacto con

---

(1) J. Sand.—“Histoire de ma vie”, tomo III, pág. 35j.



Próspero Merimée. — No necesito decir que Sand no es sino la abreviatura de Sandeau.

2.-**Su primer modo.** — *Indiana* (1) escrita en el otoño de 1831, fué editada en 1832. En el prefacio de la edición de 1832 decía Jorge Sand: *Indiana* “es la mujer, el ser débil encargado de representar las *pasiones* comprimidas, o, si lo preferís, las pasiones que suprimen las *leyes*”. (pág. 7.) — En el prefacio de la edición de 1842, Jorge Sand insistía y afirmaba la idea engendradora: — Escribí *Indiana* con el sentimiento no razonado, pero profundo y legítimo, “de la injusticia y de la barbarie de las leyes que todavía rigen la existencia de la mujer en el matrimonio, en la familia y la sociedad” (pág. 15). *Indiana*, esposa del coronel Delmare, es pequeña, nerviosa, de sonrisa triste, y parece, junto al colérico sableador napoleónico con que la casaron, “une fleur née d’hier qu’on fait éclore dans un vase gothique” (pág. 19). Bajo estas apariencias de debilidad se oculta un carácter de hierro, enemigo de todas las leyes que impiden la satisfacción de lo que se llama el derecho a la dicha, el derecho al placer. — *Indiana* se aburre, sufre de tedio como todos los héroes del romanticismo; pero llena la negrura de sus insomnios evocando al príncipe, al galán, al libertador, al joven ardoroso que la hará olvidar, con sólo poner la boca tremulante en su mano pequeña, “los deberes que le han impuesto, la prudencia que le han recomendado y el futuro que le han predicho” (pág. 61). Llega el liber-

(1) “*Indiana*”, 334 págs. Ed. Calmann Levy.

tador y la heroína huye dos veces del hogar doméstico, resuelta a ofrecerle todas las ternuras de su alma inmortal y todos los ardores de su carne perecedera; pero el libertador dos veces la burla y la decepciona, hasta que la romántica encuentra la dicha allá, en las colonias, casi en el desierto y junto a un galán que nunca imaginó que pudiera ser el príncipe Deseado. *Indiana* es la proclama ardiente de los derechos del yo y el clarín con que anuncia su aparición el feminismo literario. Ella inicia, por otra parte, una de las formas de la novela de costumbres y uno de los modos de Jorge Sand. El público acogió con entusiasmo al autor que supo adivinar que existía una fuente inagotable de inspiración artística en las ideas, en los sentimientos y en las costumbres de sus contemporáneos. Indudablemente el iniciador de la forma idealista de la novela de costumbres exageraba los derechos de la pasión; pero indudablemente también aquellas pasiones, que se creían con motivos para existir al margen de los códigos y a pesar de los códigos, eran pedazos de vida, trozos de realidad, y lo que es mejor, de la vida cotidiana, de la vida moderna. — El primer modo de Jorge Sand está, pues, constituido por una serie de novelas basadas casi todas sobre el mismo dato: “le rapport mal établi entre les sexes, par le fait de la société”, como dijo su propio autor en el prefacio de *Indiana* de la edición de 1842.

3. **Su manera de escribir** — Se nota, como es lógico, en ese primer modo más que en los

subsiguientes, la manera de escribir de la Sand. Empieza un libro sin haber madurado el argumento, sin trazarse un plan, sin saber a punto fijo ni cómo son sus héroes ni lo que harán sus héroes. Su único norte es el dato iluminador: los derechos de la pasión en pugna con los prejuicios y las leyes sociales. Así, a medida que la novela se desenvuelve, se va modificando la fisonomía moral de los personajes y se van extendiendo artificiosamente los episodios. El espíritu de aquella improvisadora nos recuerda a los pájaros. Estos necesitan, para tender el vuelo, un punto de apoyo; el infinito, después, les pertenece. La Sand, del mismo modo, empieza por verter la realidad observada; pero, como no hay improvisación que no necesite para orientarse de las timoneras de la fantasía, su ingenio abandona sin advertirlo el punto de apoyo de lo verdadero, y se pierde sin advertirlo en las alturas de su propio ideal. Es la "ausencia de plan" y la "falta de proporción" lo que perjudica principalmente a muchas de las obras de que voy tratando, como su misma autora lo reconoció en la noticia preliminar de su *Consuelo*.— Pellissier (1) nos dice de su entendimiento que era un entendimiento de poeta, más contemplativo que observador: "en vez de reproducir lo real, imagina lo ideal". El mismo Pellissier, y en la misma página, elogia con calor la seguridad, la riqueza, la animación y la armonía de su estilo. "Hay en este estilo como una felicidad bendita, algo

---

(1) "Le mouvement littéraire au XIX siècle", Ed. Hachette, 1921.

de amplio y de generoso, una frescura vivificante, una sabrosa plenitud, un dulzor de leche y de miel" (pág. 243).

4. **Su teoría de la novela.** — Siempre hablando de *Indiana*, y después de decirnos que no escudriñó ni en la individualidad de los otros ni en su propia individualidad en busca de datos para el asunto o los personajes, Jorge Sand agrega en *Histoire de ma vie*: (1) "No tenía sistema alguno cuando empecé a escribir, y no creo haberlo tenido en ninguna de las ocasiones en que la tentación de novelar me puso la pluma en la mano. Esto no impide que mis instintos me hayan hecho, sin saberlo yo, la teoría que voy a enunciar, que he seguido habitualmente sin darme cuenta, y que, a la hora en que escribo, aún está en debate". — La novela, según la Sand, es una obra poética y también una obra de análisis: "se necesitan situaciones verosímiles y personajes verosímiles, hasta reales, moviéndose en torno de un tipo destinado a resumir el sentimiento o la idea principal del libro. Este tipo representa, por lo común, la pasión del amor, porque casi todas las novelas son historias de amor. De acuerdo con la teoría anunciada, que comienza ahora, es necesario idealizar este amor, y por consiguiente este tipo, sin temer darle todas las virtudes cuya aspiración llevamos en nosotros mismos, o todos los dolores de que se ha visto o sentido la herida. Pero en ningún caso se debe envilecerle en el azar de los aconteci-

(1) "Histoire de ma vie", 4 tomos, Ed. Calmann Levy.

mientos, hace falta que triunfe o que muera, sin que nos asustemos de darle una importancia de excepción en la vida, fuerzas que estén por encima de lo vulgar, encantos o dolores que vayan más allá de lo que acostumbran las cosas humanas, y hasta que sobrepasen un poco a la verosimilitud admitida por la mayor parte de las inteligencias". En resumen, el fin de la novela es la "idéalisation du sentiment qui fait le sujet" (IV, página 135). — No engañamos, pues, al afirmar que Jorge Sand fué, en 1832, la iniciadora de la rama idealista de la novela de costumbres en Francia. Pellissier (1), en otro de sus libros, nos dice: Jorge Sand es idealista, "por su gusto de lo romántico y por su optimismo; lo es igualmente por su modo de concebir el amor y por el papel que le atribuye. La *idealización del sentimiento*, esta es toda su teoría; este es el fondo y la esencia de su naturaleza. Y sin embargo, desde sus primeras obras, Jorge Sand hizo que la novela volviese a la observación y a la representación de la realidad" (pág. 185). Zola (2) nos dijo que todos los novelistas de su tiempo descendían de Balzac o de Jorge Sand. De sus "abiertos pechos fluyen dos ríos: el río de la verdad y el río del ensueño" (pág. 197). — Agrega que la última, de poética índole, "no podía caminar largo tiempo por la tierra y volaba al soplo más ligero de la inspiración". "Esto explica la extraña humanidad que soñó. Deformaba todas las realidades que tocaba. Ha creado un mundo

(1) "Le réalisme du romantisme", Ed. Hachette, 1942.

(2) "Documents littéraires", Ed. Charpentier, 1831.

imaginario, mejor que el nuestro bajo el punto de vista de la justicia absoluta, un mundo que uno debe recorrer con los ojos cerrados, y que adquiere entonces el encanto y la simpatía enternecida de un mundo evocado por un alma buena". (pág. 198). — "Balzac y Jorge Sand, estos son los dos aspectos del problema, los dos elementos que se disputan la inteligencia de todos nuestros jóvenes escritores; el camino del naturalismo exacto en sus análisis y en sus pinturas; el camino del idealismo predicando y consolando a sus lectores con las mentiras de la imaginación", (pág. 199). — Jorge Sand, pues, ocupa un lugar propio, exclusivo y trascendental en la historia de la novela de costumbres contemporáneas, en la historia de la novela de nuestros hábitos y nuestras pasiones. Ella encontró su forma romántica, de ella procede su forma idealista, a ella debemos la forma novelesca que todo lo mira con los lentes embellecedores del ideal, la forma que cultivaron sus herederos Octavio Feuillet, cuyos romances hechizan aún, y el Theuriet que yo leo todas las noches, el poeta eglógico, el poeta virgiliano, el poeta en el que cada verso parece una rama florida sosteniendo un nido, pero un nido de ruiseñor que nos hace sentir, con sus gorjeos, la nostalgia de la verde quietud de los bosques.

- 5.-**Valentina.** — En el mismo año de 1832 sale a luz *Valentina* <sup>(1)</sup> Este romance es tan tendencioso como su primogénito, porque también se ocupa de "los peligros y los dolores a que da

(1) "Valentine" 334 págs. Ed. du Centenaire.

lugar la unión de dos seres inadecuados" (página 2). Valentina es una hermosura blonda y serena, cuyos rasgos puros y aristocráticos, cuyas gracias casi reales no se descubren sino lentamente, como "celles du cygne jouant au soleil avec une langueur majestueuse" (página 31). Valentina, que es noble y es rica, se casa sin amor con un hombre de calidad; pero queriendo, antes de la boda y después de la boda, a un rústico gruñón y medio letrado. ¿Por qué la inevitable junta de sus almas les conduce al martirio? Porque en el mundo no reina la verdad. Porque lo que gobierna la vida de los hombres no es la ley de las leyes, no es la ley del amor. Lo que prueba el origen divino del amor "es que el corazón humano lo recibe de lo alto para comunicarlo a la criatura escogida entre todas en los designios del cielo; y cuando un alma enérgica lo ha recibido, es en vano que todas las consideraciones humanas eleven la voz para destruirlo; él subsiste solo y por su propia virtud". — "La suprema Providencia, que está en todas partes a despecho de los hombres, ¿no había presidido a este acercamiento? El uno era necesario a la otra: Benedicto a Valentina para hacerla conocer las emociones sin las cuales es incompleta la vida. Valentina a Benedicto para aportarle el reposo y el consuelo en una vida tormentosa y atormentada. Pero la sociedad estaba allí, entre ellos, convirtiendo esta recíproca elección en absurda, en culpable, en impía! La Providencia hizo el orden admirable de la naturaleza; los hombres lo han destruído. ¿Quién tiene la

culpa? ¿Es necesario, para respetar la solidez de nuestros muros de hielo, que se aparte de nosotros todo rayo de sol?" (página 137). — Mientras los códigos y las costumbres no acaten la soberanía de la pasión, sangrarán coronados de espinas todos los amores que viven al margen de las costumbres y de los códigos. Así, pasados los primeros instantes de embriaguez sexual, el remordimiento doloroso de Valentina amargó la victoria de Benedicto. Como no pudieron renunciar a un goce cuyo prólogo era el entusiasmo y cuyo epílogo era la contricción, "su vida fué un combate perpetuo, una tormenta que nunca se apaciguaba, una voluptuosidad sin límites y un infierno sin salida". (pág. 305). La novela concluye de un modo trágico: los celos de un gañán hacen que las puntas de su horquilla se escondan en el pecho de Benedicto. *Valentina*, en la pintura de los hábitos y de la naturaleza, gustó más que *Indiana*, lo que no es extraño por que era la pintura de los usos y la naturaleza del Berry, que tanto amó y que tan bien conocía la Jorge Sand. — En *Valentina* ya empieza a percibirse el recóndito encanto de "aquellos árboles mutilados, de aquellos escabrosos caminos, de aquellas zarzas incultas, de aquellas corrientes cuyas orillas sólo son practicables para los niños y los rebaños", que habían sido el santuario de los desvaríos con que llenó la soledad de su niñez y de su adolescencia. Aún hoy su nombre flota sobre aquellas praderas, "cuyo silencio sólo interrumpen el vuelo del mirlo o el salto de la rana



al bajar de los juncos entrelazados". Aún hoy aquella naturaleza "suave y pastoral", que tan magistralmente nos pintará en los romances de sus modos últimos, defiende su gloria. Pasaron sus héroes y las modificaciones de los códigos han hecho que ya no tengan razón de ser muchas de las rebeldías por ellos encarnadas; pero la pintura de aquellos pastizales de tierno verdor y de aquellos macizos de fresnos de verdor brillante no pasará por mucho que se modifiquen las leyes y los hombres. — Jorge Sand era esbelta, pálida, de cabellos oscuros, de ojos negrísimo y nariz aguileña sobre una boca de labios gruesos, de labios sensuales. — Capuana (1) nos dice que no fué hermosa, ni de palabra fácil, ni tampoco una oyente de dócil atención. Tenía en los ojos negros y de fuerte mirar *la sognante stupidità della giovenca*. Sin embargo, en ciertas ocasiones, parecía como si un alma nueva se despertase en su interior y le pusiese sobre los labios la elocuencia copiosa de los libros. "Entonces se volvía irresistible" (pág. 149).

6.-La Sand y Musset — El 29 de Julio de 1833, en los salones de la dirección de la *Revue des Deux Mondes*, se hallan por vez primera Alfredo de Musset y la Jorge Sand. Al principio no simpatizaron; pero poco después pasó por sus espíritus un deslumbramiento, una insólita luz. Sus inteligencias se convenían; pero no se acordaban sus caracteres. Musset era el poeta de la pasión del mismo modo que Jorge Sand era la novelista de la pasión. Esta le canta a

(1) "Il secolo XIX. La letteratura", Ed. Vallardi.

la pasión ditirambos en prosa; aquél esculpe sobre su altar rimas llenas de apóstrofes, y, dos años después, de sangre cardíaca, de sangre enferma de un órgano que empieza a sentir que ha latido muy pronto y demasiado. Ella, aunque su aspecto no lo delate, es apasionada, inquieta, persistente, imperiosa y está poseída por el más insumiso y el más hermoso de los querubines desterrados del cielo; por el arcángel, con seis alas negrísimas, del orgullo. — Musset tiene los nervios como cuerdas de lira siempre en vibración; los arrebatos fáciles y tempestuosos; sabio el cariño en vencer rebeldías con el arrullo, pero no resistente al verdín del cansancio; la nostalgia de la ventura y la certeza de que no anida la felicidad, como el perfume en el fondo de la rosa-flor, en el fondo de la rosa de grana del deleite mundano. Muy pronto se produjo el primer conflicto por celos de Musset sobre el pasado de Jorge Sand. Musset era exigente en cosa de amores, pero más por el deseo egoísta de ser amado que por el divino gozo de amar. En Diciembre de 1833, disipada la nube, parten para Italia. Jorge Sand, en Génova, sufre los primeros amagos de la fiebre que la postró más tarde. En Pisa juegan a cara o cruz, como ella nos dice, (1) si irán a Venecia o irán a Roma. Diez veces la suerte, el destino, quiso que la moneda cayera con la cara hacia arriba. La cara era Venecia. Tuvo un nuevo acceso de fiebre en la capital de la antigua Toscana, en la ciudad que fué la cuna portentosa del Renacimiento. “Ví todas

(1) “Histoire de ma vie”, tomo IV.

las cosas bellas que es preciso ver, y las ví a traves de una especie de ensueño que hizo que me pareciesen un poco fantásticas. El tiempo era soberbio; pero yo estaba helada, y, contemplando el Perseo de Cellini y la Capilla cuadrada de Miguel Angel, hubo momentos en que creí que yo era también una estatua. Soñé, por la noche, que me convertía en mosaico, y conté atentamente mis cuadraditos de lapislazulí y mármol veteados" (pág. 186). — Muy abatida pasó por Ferrara y Bolonia. Cuando llegó a Venecia, la luna enorme y fantástica, dejando ver espléndidos palacios y elegantes esculturas bajo su disco rojo, se levantaba detrás de San Marcos. Se alojan en el hotel Danieli, donde la fiebre derriba a Jorge Sand. Musset la abandona; es displicente para cuidarla. Venecia le seduce. Le pertenecen las noches de Venecia. Está, como siempre, ávido de embriagarse con el tóxico vino del placer sexual. Es muy probable que haya tenido, mientras ella sufría, más de una aventura. Tal vez esperó hallar, sentada en el borde de un canal veneciano, a la sirena de la dicha imposible, de la dicha duende, de la dicha visión, en cuya busca recorrió los lugares donde ríe el placer, importándole poco que el placer le arrancase a girones la vida y a pedazos el genio. Una tifoidea, cuando la Sand ya estaba convaleciente, terminó con los extravíos nocturnos de Musset. La Sand estuvo diez y siete días casi sin moverse de su cabecera. ¿Qué le pasó entonces? ¿Es que su orgullo quiso vengarse? ¿Es que fué víctima de una sorpresa de los sen-

tidos? ¿Es que había dejado de amar a Musset? Lo cierto es que cayó entre los brazos del doctor Pagello. Lo cierto es que éste no la buscaba y que ella fué la que se entregó. El italiano era un lindo mozo; pero sin ingenio y apenas sabía hablar el francés. Musset descubre la infidelidad y ya no tiene más pensamiento que volver a París. Llegó a esta ciudad "con el cuerpo enfermo, el alma dolorida y el corazón en sangre", el 10 de Abril de 1834. Tal vez el trabajo y el aislamiento, la musa exigente y la distancia consoladora, hubieran engendrado el olvido y la tranquilidad; pero Jorge Sand regresa a París en 1835, arrastrando en pos suyo a Pedro Pagello, y como ya está cansada del hermoso italiano, no sabe resistir a las súplicas amantes de Musset. Viene una larga serie de querellas, enfriamientos y reconciliaciones, hasta que al fin Jorge Sand se decide, se aleja de verdad y olvida de un modo definitivo. Musset no. ¡Musset no! ¡Musset recordará! La noche del día de la ruptura ya sintió que a su lado caminaba la sombra espectral del amor perdido. —¡Apártate! le dijo. —¡Nunca! respondió, y la mano espectral no deja, desde entonces, que cicatrice la herida ensangrentada de su corazón. ¡Qué importa! El numen, que aún no tenía sino las alas a medio desplegar, las abrió por entero al golpe del dolor. Sus sollozos fecundaron el inmortal laurel donde la gloria colgó su lira, para que eternamente arrullase a todos los enfermos del mal de los amores sin esperanza con la música excelsa de sus *Noches*. Sólo en 1841 aquel dolor

pierde su virulencia. Todo se gasta; el dolor también. Bueno, es verdad; pero, por fortuna, queda en su memoria el rastro indeleble de lo que ha sido. Un día, amó, fué amado, ella era hermosa, el poeta encerró ese tesoro en su alma inmortal, y cuando su alma suba por la escalera de las constelaciones, le llevará el tesoro de ese recuerdo a Dios! (*Souvenir*). ¿Ha permanecido fiel a la ingrata? No. Ya el hechizo de la voz de la Malibran recorrió, estremeciéndolas una a una, las fibras de su ser. Perfectamente; pero el recuerdo de aquélla, de la otra, no se puede borrar. El corazón es planta que, por mucho que la maltraten, resiste a la esterilidad y florece más de una vez. El doloroso deseo que fué no impide la explosión del deseo doloroso que viene. El ya lo dijo en 1836, en los versos finales de su *Noche de Agosto*:

“Aprés avoir souffert, il faut souffrir encore;  
Il faut almer sans cesse, aprés avoir aimé”.

7. -*Lelia* — *Lelia* (1) ve la luz pública en 1834.

Es un triunfo ruidoso, uno de los mayores triunfos de la Sand. Encontraréis en esta obra más cálida elocuencia y más refinamiento de estilo que en las precedentes; pero la causa de su triunfo no fué su vuelo retórico, sino sus muchas divagaciones de crítica religiosa y social. Es un poema, un poema en prosa, un poema romántico a modo de aquel tiempo; pero con tendencias al proselitismo y con afanes de derribarlo todo: las leyes escritas y la fe de las almas. Stenio, un rimador hermoso, se enamora de Lelia. No conoce el pasado de aquella

(1) “*Lelia*”, 2 tomos, Ed. Calmann Levy, 1857.

mujer, le intriga el misterio que la circunda, hay algo en sus ojos que le da miedo. Stenio la interroga y Lelia responde: “¿Me preguntáis si adoro al espíritu del mal? El espíritu del mal y el espíritu del bien es un solo espíritu, Dios; es la voluntad desconocida y misteriosa que está por encima de nuestras voluntades. El bien y el mal son distinciones creadas por nosotros. Dios no las conoce, como tampoco conoce la felicidad y el infortunio” (I, pág. 18). — Stenio está celoso de Trenmor. Lelia le asegura que el afecto que siente por Trenmor no es el mismo que le inspiran su candidez, su ignorancia de todas las cosas viles, su enorme juventud moral. Trenmor es un pecador, un libertino, un falsario, un galeote que cumplió su condena; pero su contricción tranquila, profunda y no motivada por el miedo al hombre, le eleva ante los ojos que saben ver. Además la culpa no es sólo suya. El mayor culpable es la sociedad. ¿Por qué tolera que haya ricos y pobres, voluptuosos insolentes y necesitados estúpidos? ¿Si permite que algunos hereden riquezas, por qué no les prescribe que las empleen de un modo noble? — “¿Qué protección acuerda a los que envilecemos con nuestras dádivas y a las que mancillamos con nuestros vicios? ¿Por qué nos provee profusamente de lacayos y prostitutas?” (I, pág. 50) — Lelia amó a un hombre con toda su alma y creyó que ese hombre le daba, en cambio, todo su corazón. Pronto comprendió que, en el mercado de los amores, no se hacen nunca trueques así. Os pagarán la joya invaluable del amor infinito

con la moneda de la traición, cuyo óxido emponzoña la sangre de vuestro cuerpo y carcome las plumas de las alas de vuestro ideal. Lelia creyó que, como mujer, no tenía sino un destino noble en la tierra, el destino de amar; y amó valientemente, sufriendo todos los males de la pasión abnegada y ciega en lucha con los egoísmos de la vida social. Cuando su hermana Pulqueria la afirma que el hombre es tornadizo siempre y que la pasión es siempre fugaz, la joven exclama: “En este caso maldito sea el amor, o más bien, malditas sean la voluntad divina y el destino humano”. Pulqueria le dice que busque otro amante, porque “cambiar de amante no es cambiar de amor”. — No, mentira, responde. El amor es un culto y el ser amado un dios. El culto desaparece, cuando el dios amado destruye él mismo la fe que inspiraba. (I, pág. 186) — ¿Cómo se puede amar sin confianza, sabiendo que toda virtud es frágil y que es limitada toda grandeza? Lelia ha querido llenar con la caridad el vacío que en su alma dejó el amor; pero no ha encontrado, siendo caritativa, la ventura buscada, porque no puede amar a una humanidad perversa, codiciosa y cobarde. Para amarla necesitaría creer en su progreso, y no lo consigue. (I, página 189). La culpa la tiene Dios, “que permite a la humanidad extraviarse de este modo” “¿Cómo aceptar que en nuestro destino interviene la Providencia? ¿Qué ojo paternal estaba abierto sobre la raza humana, el día en que ésta imaginó cortarse a sí misma, colocando un sexo bajo el dominio del otro? ¿No es un deseo feroz

el que ha hecho de la mujer la esclava y la propiedad del hombre? ¿Qué instinto de amor puro, qué nociones de felicidad santa podrían resistir a este golpe mortal? ¿Qué vínculo, si exceptuáis el de la fuerza, existirá en adelante entre el que tiene el derecho de exigir y la que no tiene el derecho de rehusar?" (I, pág. 190). Lelia se refugia en la ilusión de ser amada con la inteligencia y no con los sentidos. Como Stenio es un hombre, un instinto, un conjunto de órganos y no un ser exclusivamente cerebral, Lelia ofendida y desencantada se aleja de Stenio. Meses después Lelia profesa en un convento de camandulenses. — Stenio, que ya conoce la vida, que ya no tiene ninguna ignorancia, que ya probó el sabor de todos los vinos y todos los placeres, penetra una noche en el claustro y en la celda de la monja. Lelia lo recibe con serenidad. Ya Stenio no le inspira ni amor, ni miedo, ni cólera, ni odio. Como él, al entrar, la sorprendió llorando, la reclusa le dice que también ella, a pesar de su hábito, lleva en sus entrañas el tedio escondido, y que la exaltación hacia lo divino no le impide sentir la nostalgia de lo terreno. Su vida es un martirio, porque si las grandes resoluciones encadenan nuestros instintos, no los destruyen. Su corazón se ha conservado joven, potente, lleno de voluntad de amar y de ardor de vida. Aquel fuego sin alimento la consume, es un incendio que la devora, y ama sí, pero no a un ser determinado, porque el hombre a quien ella podría amar no ha nacido aún y acaso nacerá muchos siglos después de su muerte. (II, pá-



gina 123). Stenio se suicida. Lelia le sepulta en lugar sagrado, y, acusada de haber infringido las leyes eclesiásticas y las reglas de su comunidad, es condenada a la degradación y al confinamiento en una vieja ermita. Trenmor la encuentra una noche en lo alto de la montaña, no lejos de su asilo, delirante y enferma. Allí, bajo el palio azul y sin límites y cuajado de estrellas, Lelia delira imaginando ser la sibila de todas las razas y de todos los tiempos de la humanidad, la nostálgica y perpetua buscadora del secreto divino: — “Y desde hace diez mil años por toda respuesta a mis súplicas, por todo alivio a mi agonía, escucho cernerse sobre esta tierra maldita el sollozo desesperado del deseo impotente”. “Desde hace diez mil años mi voz grita en el infinito — ¡Verdad! ¡Verdad! — y desde hace diez mil años el infinito me responde: — ¡Deseo! ¡Deseo!” — (II, página 161). Y Lelia, inerte y helada, se queda para siempre dormida sobre una roca y a los pies de Trenmor. — El cáncer del hastío, el tedio de la vida que también conoció la antigüedad, es el mal de Lelia, como es el mal de su hermano mayor, el mal de René, y como es el mal que ulcera a todas las heroínas que engendró aquella monja desesperada. El grito que ella lanzó a los cielos es el mismo grito que lanzarán después la Magda de Sudermann y la Nora de Ibsen. En 1834, — a pesar de que Manfredo y René y el mismo Rolla ya habían arrojado a las nubes ese lamento por salir de los labios de una mujer pareció más rebelde y más estruendoso y más desgarrador el grito de Lelia.

8. -**Mauprat y Leone Leoni.** — Un fallo judicial de Febrero de 1836 ayudó a que se separasen definitivamente Aurora Dupin y el barón Casimiro Dudevan. *Mauprat* (1) fué escrita a raíz del proceso. — Tristán de Mauprat es un facineroso; Humberto de Mauprat es un caballero. Cada hermano vive como le place; pero lejos del otro. El mayor tiene ocho hijos y un nieto, a los que educa para la maldad; el segundo tiene una sola heredera, a la que educa solícito para la virtud. Cuando Tristán muere, sus hijos se hacen más perversos aún: lo que el padre conquistaba a la fuerza como un botín, sus hijos lo consiguen a modo de rateros de baja estofa. Edmea, la hija de Humberto, se extravía cazando, y es llevada, con un embuste, al castillo en que anidan los hijos de Tristán. En aquella torre, que parece que está como tigre en acecho entre los árboles centenarios que la circundan y las crestadas rocas que la dominan, Edmea, para salvarse de la muerte y de la deshonra, le jura a Bernardo, nieto de Tristán, que no será de otro “antes de ser suya”. (pág. 74). Los jóvenes huyen, en tanto que la guardia civil toma e incendia la torre maldita, la cueva en cuyo fondo se agazapaba el abuelo Tristán. — Son interesantes, sobre todo en la primera parte del libro, aquellos amores de Bernardo y Edmea, crecido el uno entre el abandono, la ignorancia, el crimen y la escasez frecuente en el cubil de lobos de la Roche Mauprat; y crecida la otra entre la ternura, la instrucción, la virtud y el lujo cons-

(1) “Mauprat”, 383 págs., Ed. Calmann Levy.

tante en el castillo bien reputado de San Severo. El amor empieza por un combate. Ella y él son Mauprat; ella y él tienen soberano el orgullo, férrea la voluntad, profundo el menosprecio de la vida. La joven, sin embargo, será la vencedora. El mozo es instinto, y únicamente instinto, al empezar la lucha. Lo que quiere es que le cumplan lo que le ofrecieron, y que se lo cumplan sin condiciones. Ella, por su parte, desde el primer día del combate amoroso, se ha propuesto rendir y no ser rendida. "Por lo mismo que soy una Mauprat y que tengo un inflexible orgullo, nunca sufriré la tiranía de un hombre, ni la violencia de un amante más que la bofetada de un marido" (pág. 152). Está resuelta a cumplir el juramento que le hizo a Bernardo en la Roche Mauprat. Cuando le arguyen que no sería perjura desconociéndole, desde que fué obtenido por la violencia y por la amenaza, responde con calor: "Mi alma lo sería". — Pudo matarse antes de prometer. Además, después y libre de presiones, ha renovado su juramento. Para librarse de su promesa no quiere, y no tolerará "que se provoque, ni humille, ni aflija" a Bernardo. Si éste insiste despótico en que el pacto se cumpla, ella se escapará de su despotismo "por la puerta del claustro o del cementerio" (pág. 159). Poco a poco, látigo unas veces y caricia otras, la joven hace que el mozo se transfigure. El salvaje tolera que le civilicen; el indómito se somete cuando le imponen el estudio y la sobriedad; la piedra tosquísima va adquiriendo brillo con el tallado del cincelador; el deseo brutal vacila y se depura con

lentitud, pero poco a poco llegará a ser fervoroso culto. Ella le insinúa que prefiere a otro, y el hombre de las cavernas reaparece gritando convulso de desesperación: "Yo sé que os obligaré a amarme y que, si no lo consigo, nunca permitiré que, viviendo yo, pertenezcáis a otro. Caminarán sobre mi cuerpo, acribillado de heridas y sangrando por todos los poros, antes de que pongáis en vuestro dedo un anillo nupcial; todavía al exhalar el último suspiro, os deshonraré diciendo que sois mi querida, turbando así el gozo del que me vencerá; y si puedo apuñalaros al expirar, lo haré con el fin de que, cuando menos en el sepulcro, seáis mi mujer". (pág. 197). Es la crisis final. Cuando ella le responde que, no habiéndole ofrecido ser suya a despecho de todo, cree que cumple bien lo jurado reafirmandole que nunca se casará y que un convento será su asilo cuando se quede sola en el mundo, el mozo se aleja y le escribe declarando nula la promesa que le arrancó en la Roche Mauprat. Al embarcarse para los Estados Unidos, donde va a combatir a las órdenes de Lafayette, recibe un corto billete de Edmea, que termina diciendo: Tu ausencia me apenará, te siguen mis rezos y cuando regreses "no me encontrarás ni casada ni religiosa" (pág. 202). Aquí debió terminar la novela. Las ciento ochenta páginas que siguen interesan menos que las anteriores. Muchas de esas páginas no tienen más objeto que alargar el romance. Los hechos del héroe en el norte de América, su regreso a Europa, la folletinesca reaparición de sus tios Antonio y Juan Mauprat, la tenta-

tiva de Antonio para matar a Edmea y para hacer que la responsabilidad del crimen caiga sobre Bernardo, el confinamiento de Juan en la Trapa y la muerte de Antonio, tienen su principal explicación en estas palabras de Edmea: "Eramos dos caracteres de excepción y necesitábamos amores heroicos" (pág. 377). — Esta frase resume la teoría literaria de Jorge Sand. — En su primer modo, en todas sus novelas de pasión, se empeña en engendrar seres excepcionales, que viven atormentados por un amor excepcional también. Son, sin embargo, hermosas algunas de las páginas de relleno de *Mauprat*, destacándose aquellas que ponen de relieve los tipos secundarios, pero no comunes y bien en armonía con la edad romántica, de Marcasse y Paciencia. ¿Se casan los héroes? Sí, se casan, viven felices, tienen seis hijos, ella muere a los setenta años y él nos dice, dos lustros después y al fin del romance, que aún la llora con un dolor que no busca consuelo, que aún espera que reflorezcan sus bodas en la eternidad y que la imagen divina de Edmea fué en el pasado, es en el presente y será en el porvenir la única imagen de mujer amada por el espíritu de Bernardo. — *Mauprat* me parece una de las mejores obras del primer modo de Jorge Sand. Hay más fijeza en sus caracteres, más rumbo en su acción, más verdad en sus sentimientos y la misma hermosura en sus descripciones. Retrata, además, una época histórica. La tesis del libro es que basta un solo amor para llenar toda una existencia y que el amor puede regenerar a un hombre. Si

Luzbel no ha recobrado su pristina virtud, es porque nunca refrescará sus labios en el agua purificadora de la pasión; es porque jamás los éxtasis de la pasión harán que se doblen las rodillas y se junten las manos de Luzbel. La pasión es oro y es barro, cumbre y precipicio, cielo e infierno, Dios y Satanás. La pasión es la bruja que seduce las almas para el bien en *Mauprat*, y para el mal en *Leone Leoni* (1). En este romance escrito en 1835, Julieta Reyter idolatra a Leoni con el mismo fuego, con las mismas debilidades, con la misma persistencia dolorosa y fatal con que Desgrieux idolatró a Manón. Leoni la domina con un poder magnético al que jamás podrá sustraerse: "Su mirada, su voz, sus lágrimas, influían tanto sobre mis nervios como sobre mi corazón. Yo no era más que una máquina que él empujaba a su capricho en todas las direcciones" (pág. 272). — Sabe que es un fullero, un vil, un ladrón, casi un asesino; pero sigue sintiendo siempre, junto a aquel hombre, "la misma emoción, el mismo deseo de sus caricias, la misma gratitud por su amor" (pág. 303). Leoni es el dueño de aquella posesa, el dueño absoluto, y mientras él insista, nada ni nadie podrá sustraerla a su pasión y a su autoridad. Ella nunca romperá la cadena que la une a Leoni: "Es la bala de cañón que aparee a los galeotes; pero esta vez ha sido remachada por la mano de Dios" (pág. 330). — Julieta es un caso patológico, como aquellos que disecaron científicamente Descuret y Letourneau. Es la piedra que rueda, obedeciendo a una ley inflexi-

(1) "Teverino".--"Leone Leoni", 340 págs., Ed. Calmann Levy.

ble, hacia abajo, cada vez más abajo. En ocasiones desea huir, alejarse, aborrecerle; pero le basta la presencia de aquel aventurero, le basta una frase de ternura o de halago caída de la boca en que aprendió a besar, para sentirse hondamente amorosa, como se sentía rendido y enamorado Desgrieux ante una mirada, un suspiro o un ósculo de Manón. ¿Que él roba rubíes de color de sangre y ópalos con reflejos de puestas de sol? No importa: lo idolatra. ¿Que él se vende lo mismo que una ramera? No importa; lo idolatra. ¿Que él ha querido prostituirla y ser su rufián? No importa: ¡lo idolatra! — Está ciega, loca, embrujada por su perfil de águila, por sus rasgos delicados y finos, por su alta estatura, por sus ojos a la vez burlones y benévolos. Está ciega, loca, embrujada por el descendiente de “aquellos hombres de negra barba y alabastrinas manos cuyo tipo inmortalizó Van Dyck”; de aquellos patricios cuya soberbia y cuya hermosura viven aún gracias a los pinceles de Ticiano y el Veronés. Julieta se engañaba: la raza ha muerto en aquel cómico que lo mismo miente cuando llora de contricción que cuando canturrea, puesto de rodillas ante una mujer, el arrullo que nos enseñaron las palomas de Venus. En la antigua ciudad de los duxes, en la de los leones con las fauces abiertas a todas horas para recoger la denuncia cobarde, en la de los canales y las lagunas que reciben silenciosamente y silenciosamente llevan al mar lo que mataron silenciosamente el puñal traicionero o la pócima envenenada, Leoni hubiera

sido no el capitán cuyas galeras hunden corsarios argelinos y toman posesión de ciudades dálmatas, sino que hubiese sido, a cambio de cequíes y de placeres, el noble jugador y libertino y arruinado que se transmuta—esbirro con careta y verdugo con antifaz, — en uno de los misteriosos ejecutores de las terribles justicias de los Diez. Si podáis la trama de lo excesivamente melodramático, y si hacéis de los héroes lo que su autora quiso que fueran cuando empezó a escribir con los pies de su numen sobre el punto de apoyo de la realidad, ¿cómo desconocer que existen muchas novelas como esa novela y muchos héroes como sus héroes en los bajos fondos y en los no bajos fondos de las grandes metrópolis europeas y americanas? *Leone Leoni*, concebido y redactado poco después de una lectura de *Manón Lescaut*, no es un libro de tesis: Jorge Sand lo único que buscaba era escribir un romance transformando en mujer a Desgrieux y en hombre a Manón. ¿Qué resultó? — Un fracaso y un triunfo; *Manón Lescaut*, es más eterna y más conmovedora en su sencillez que *Leone Leoni* con sus inútiles episodios trágicos; pero ello no impide que en el fondo de la segunda de estas historias de amor palpiten con fuerza la verdad, la vida, la miseria humana, el doloroso convencimiento de la victoria de los sentidos!

- 9.-La Sand y Chopín. — Jorge Sand, aún en la época de sus arrestos de rebelada, es muy mujer, es muy femenina, y sufre la influencia de los hombres a quienes se vincula por el co-



razón. Esas influencias arañan en su espíritu un surco visible en toda su labor de romancero. Le sugieren sus ideas políticas Miguel de Bourges, sus ideas sociales Pedro Leroux y sus ideas sobre la música Federico Chopín. — *Mauprat* fué escrito en 1837, y junto con la novela se inicia la intimidad, no el conocimiento, de la Sand con Chopín, el poeta de la música, el que cosió sus ensueños y sus dolores con los hilos plateados de la luz de la luna para formar la gasa en que bordó las notas de sus *Preludios*. Ocho años duró aquella intimidad, que fué más larga, pero no menos dolorosa, que la intimidad con Musset. Juntos estuvieron en el monasterio de Valldemosa; habitaron en la misma casa de la calle Pigalle y en la quinta de Nohant debe existir aún el pequeño pabellón en que solía trabajar aquel enfermo de cabellos rubios y ojos azules, de mediana estatura y garbo señorial, amante de las joyas y de los perfumes, lucidor de corbatas maravillosas y de bastones casi portentosos, cuya música traduce fidelísimamente el compás de las alas del numen soñador que inspiró a los románticos. Jorge Sand ha consagrado a Chopín muchas de las páginas de los dos últimos capítulos de *Histoire de ma vie*. — “El pobre gran artista era un enfermo detestable” (IV, pág. 438). “Sensible un instante a las dulzuras del afecto y a las sonrisas del destino, se manifestaba lastimado días, semanas enteras por la torpeza de un indiferente o por las menudas contrariedades de la vida real. Y cosa extraña, un verdadero dolor no le quebraba tanto como un dolor pequeño” (IV,

pág. 442). — “Dulce, alegre, encantador en sociedad, Chopín enfermo era desesperante en la intimidad exclusiva” (IV, pág. 443). — “Era el hombre de mundo por excelencia, no del mundo demasiado oficial y demasiado numeroso, sino del mundo íntimo de los salones de veinte personas, de la hora en que la multitud se va y en que los familiares se codean en torno del artista para arrancarle, con sus amables exigencias, lo más puro de su inspiración. Era tan sólo entonces que daba todo su genio y todo su talento. Era entonces también que, después de haber hundido a su auditorio en un recogimiento profundo o en una tristeza dolorosa”, “como para borrar la impresión y el recuerdo de su dolor en los otros y en sí mismo, se volvía de pronto hacia un espejo. y arreglando a hurtadillas sus cabellos y su corbata, se mostraba transformado de súbito en inglés flemático, en viejo impertinente, en inglesa sentimental y ridícula, en judío sórdido” (IV, pág. 465). — Eran siempre “tipos tristes, por cómicos que fuesen”; pero comprendidos e imitados tan perfecta y delicadamente que despertaban una incansable admiración. — Devorado por un supremo ideal, “no quiso nunca transigir con la naturaleza humana, no aceptó nada de la realidad” (IV, pág. 467). — “Su creación era espontánea, milagrosa. La encontraba sin buscarla, sin preverla” (IV, pág. 470). Se le aparecía, en su piano o durante un paseo, “súbita, completa, sublime”. Pero cuando se trataba de escribirla sobre el pentagrama, “venía una serie de esfuerzos, de irresoluciones y de impacencias

para apoderarse de ciertos detalles de su audición: lo que él había concebido de golpe, lo analizaba demasiado al querer escribirlo, y su pesar de no reencontrarlo puro, según creía, le arrojaba en una especie de desesperación. Se encerraba en su cuarto días enteros, llorando, caminando, rompiendo sus plumas, repitiendo y cambiando cien veces una medida, escribiéndola y borrándola otras tantas, y volviendo a empezar al día siguiente con una perseverancia minuciosa y desesperada. Pasaba seis semanas sobre una página para volver a escribirla tal como la había trazado la primera vez" (IV, página 471). Chopín, un día, se convenció de que ella ya no le amaba. Así se lo dijo y se separaron en 1847. — La Sand parece haber sentido por Chopín algo como aquel híbrido sentimiento de maternidad amorosa que madama Warens sintió por Juan Jacobo. ¿Por qué rompieron? — Unos dicen que por una querrela de Chopín con Mauricio, hijo de la Sand. Otros dicen que Chopín se ofendió, creyendo conocerse en el príncipe Karol, personaje de la novela *Lucrecia Floriani*. Karol es un celoso y un enfermo que toma antipatía y trata ásperamente a los hijos de Lucrecia. "Volví a verle un instante en Marzo de 1848. Estreché su mano trémula y helada. Quise hablarle y se alejó como huyendo de mí. Me había llegado la vez de decir que no me amaba ya" (IV, pág. 473). — Fué el último encuentro. En la Mara (1) leo: "El temperamento de ambos no podía ser más contrapuesto: era el de Chopín femeninamente

(1) "Federico Chopin", 67 págs. Ed. Musical Española.

suave, mientras que el de ella era de una energía enteramente masculina. Esta misma oposición de carácter que parece debía separarles, fué por el contrario una causa de fuerte atracción" (pág. 33). Todos los amigos de Chopín concuerdan en declarar que la escritora estaba cansada de él, siempre doliente y triste. — Chopín en una carta acusa a Jorge Sand, y ésta en la historia de su vida acusa a Chopín; pero lo cierto es que, ya en Mallorca, la Sand exclamaba, refiriéndose al carácter y a la enfermedad del músico: "Nuestra permanencia en el monasterio de Valldemosa fué un suplicio para él y un tormento para mí".—"Su espíritu estaba desollado vivo: el pliegue de un pétalo de rosa, la sombra de una mosca lo hacían sangrar" (IV, pág. 443). La Mara concluye: "Este rompimiento fué para Chopín un golpe terrible; parecióle como si se rompiese el último lazo que le unía a la vida; hasta sus últimos momentos conservó en su corazón una amargura indecible y no pudo apartar de su pensamiento el recuerdo de su pasada felicidad" (pág. 40). — Lo mismo que Musset. ¡Qué fascinadora debió ser aquella voluble! — Con motivo creía que la pasión puede mover las montañas y secar los mares. Con motivo trató de romper los diques con que la sociedad contiene las aguas cenagosas y turbulentas de la pasión. Por eso en *Lelia*, — la amada de Stenio, la hermana siamesa de René, — acusa a las leyes sociales, a las leyes del mundo, de haber convertido a la mujer en propiedad del hombre, engendrando el mal incurable que devora a las almas y les impide

llegar a la dicha. Por eso en *Jacques* proclama intrépida que todos los derechos codificados deben sacrificarse hasta morir sobre el altar de los derechos divinos de la pasión, encontrando legítimo y justo que el esposo se suicide para que triunfen la verdad y la dicha con el triunfo de los amores de Fernanda y Octavio. Por eso, en *André*, indignándose contra los padres despóticos y ciegos que desconocen la soberana ley de la pasión, nos cuenta el martirio y la muerte de la florista de los artísticos ramilletes de trapo y de papel; de la florista que no encontró la felicidad en su matrimonio con el marquesito blando como la cera ante el marqués ya docto en ahuecar la voz y en fruncir el ceño; de la florista que, desde el minuto en que sintió morir algo de idolatrable en sus entrañas, sabe que tiene rajado el corazón y que por la grieta se le va la vida; de la florista que no puede olvidar su cuarto de soltera, donde unió cálices y corolas, mientras el sol reía en los jazmines de su ventana y su jilguero le consagraba al sol el himno de los bosques y de los prados; de la florista que compara a su esposo, próxima al trance último, con una azucena: "Eres blanco como ella, y tu alma es suave y pura como su cáliz; eres débil como su tallo, y el menor viento te dobla y te derriba. Tal vez te he amado por eso mismo; porque eras igual que mis queridas flores, inofensivo, inútil y muy hermoso!" — ¡Oh la pasión divina, la pasión sagrada! Ella es el práctico y la brújula y el velamen de la juventud de Jorge Sand. ¿Cómo extrañar entonces si, en todas las novelas de su modo

primero, todos sus héroes levantan el estandarte de la pasión, y si el grito de rebeldía de la pasión vibra en todas las páginas de las novelas de su primer modo desde *Indiana* a *Mauprat*? Las que describe la han inmortalizado; las que ella encendió, ¡todavía la evocan sollozando en las *Noches* y todavía la llaman estremeciéndose en los *Preludios*!

**10.-Resumen de este capítulo.** — Completamos rápidamente lo que se relaciona con la primera época de la vida y con el primer modo literario de Jorge Sand. Esta es el producto de las lecturas que encantaron la soledad de su adolescencia; de una imaginación muy soñadora, muy hábil en zurcir desvaríos; de un matrimonio en que el hombre es la menuda prosa de la vida, mientras la fiebre de lo romántico exalta los sentidos y el cerebro de la mujer. La que se situó al margen de los prejuicios, al verse sola, sin más bien que su pluma, frente a una sociedad que no aplaude su rebeldía, se dice que su independencia es un desafío del porvenir al tiempo que muere, y para hacer irreparable la provocación, se viste con el traje varonil, adopta ciertos hábitos masculinos como el de fumar, y convierte su causa en un pleito ruidoso, cuyo juez es el público y cuyo abogado son sus propias novelas, es decir, *Indiana*, *Valentina*, *Lelia* y *Fernanda*. Sin embargo, como aquella rebelada es mujer, muy mujer, le pesa el aislamiento y necesita, — en la época en que enarbola el estandarte de los derechos de la pasión, — un brazo en que apo-

yarse, un oído que reciba sus confidencias, un hombro que impregnar con el perfume de sus oscuros rizos, un compañero que se llama Sandeau, Musset, Pagello o Mérimée. — Sainte Beuve le presenta a este último en 1833, dando lugar esta presentación a una breve e ingrata aventura sentimental. Jorge Sand, según nos dicen Séché y Bertaut (1), al separarse de Sandeau, "había cortado por lo sano, con una especie de rudeza quirúrgica. Pero tras el momento de valor vinieron horas de abatimiento. Desencantada, desesperada, un poco harta de la vida, pero siempre confiando en ella, como, en el fondo, tenía intensa necesidad de apoyo y expansión, dirigióse hacia otro y este otro fué Mérimée". "Conocidas son las glaciales apariencias del autor de *Colomba*; horrorizábanle las demostraciones, las expansiones verbosas; siempre había en él algo de tímido, de concentrado, de discreto, casi de púdico. Preservábase del entusiasmo como de cosa ridícula, de la ternura como de una debilidad. Su constante cuidado era que no le sorprendiesen en fragante delito de emoción. ¡Qué contraste con el alma ardorosa, expansiva y palpitante de George Sand! ¡Y cuántas escenas dolorosas, mudas, de sorpresa, de indignación, quizá de odio, debieron de estallar entre ambos amantes, tan poco hechos para comprenderse! No tardó, pues, en consumarse otra ruptura. ¿Fué George Sand quien partió, o bien Mérimée?... Quiere una anécdota que sea él quien cerró la puerta — ¡y la

(1) George Sand. 190 págs. Ed. L. Michaud.

anécdota es verdadera! Atribúyese también a Mérimée una acción muy fea: al retirarse, parece ser que dejó una moneda de cinco francos sobre la chimenea. Vale más no creer semejante historia”, concluyen diciendo Julio Bertaut y Alfonso Séché (págs. 62 y 63). Todos los amoríos de Jorge Sand me recuerdan la afirmación de Emilio Faguet (1): la Sand “tenía los sentidos mucho más sosegados que sus lectoras, e inspiró más locuras de las que hizo. Las suyas son más de hombre que de mujer. Esas locuras tienen una segunda intención razonada”, “retornos rapidísimos a la realidad y en los rompimientos con las quimeras no es ella la que más padece. No puede decirse que esto sea muy hermoso; pero es muy viril”. (Página 387 y 388). Filon (2) nos dice que Jorge Sand, según una carta que es del dominio público, “allí donde esperaba encontrar un corazón tierno y ardoroso, no encontró más que una cruel y frívola chanza. La carta circuló, perjudicando a Mérimée. Muy discreto por lo común, le impacientan aquellos chismes y se venga contando detalles más alegres que decorosos sobre su buena o mala fortuna. ¿La infirió realmente un agravio así? ¿Trató como una sencilla aventura de estudiante su aventura con aquella mujer que era, cuando menos, su igual por el talento? Lo cierto es que no se dejó llevar hasta donde fué Musset, e hizo bien” (pág. 65). La virtud le ins-

(1) Dix-neuvième siècle. Etudes littéraires 451 págs. Ed. Boivin.

(2) “Mérimée et ses amis” 412 págs. Ed. Hachette, 1909.



piraba un irresistible deseo de bostezar. En toda su obra de novelador no encontraréis ni una mujer buena: todas son más o menos perversas, y hacia el fin concluyen por volverse feroces. "Colomba y Carmen podrán estar situadas en los dos extremos de la sociedad y de la moral; pero tienen un punto de semejanza: son las hermanas menores de la familia de las *adorables furies*". "Mérimée adora en el sexo sin compasión. Los años pasan. Ya no es suficiente para seducirle la truhanería mundana. Le hace falta la crueldad ingenua del ser primitivo, del gracioso animal femenino en su verdadera naturaleza. ¡Qué linda bestia salvaje para enjaular! ¡Qué gozo tener a su merced, clavada por las muñecas, tremulante, vencida, a esta rebelde cuya rabia se bebe en un beso!" (página 67). Basta esta cita para comprender la profundidad del abismo que separaba aquellos dos corazones. La perversión femenil era el ideal de Mérimée y la Sand fué buena, inmensamente buena. Amó muchas veces por piedad más que por pasión: amó a los débiles y a los enfermos. Amparaba sin ostentaciones y con infinitas delicadezas a los que cayeron en el abandono y en el olvido. "Jamais femme n'a poussé plus loin les hautes qualités de l'honnête homme", dice en la obra y en las páginas que cité hace poco Emilio Faguet. Jorge Sand tiene un lugar de excepción en la cúspide del romanticismo, como corresponde a uno de sus abanderados que riñó más batallas; como corresponde a un representante de todos los tiempos y todos los modos de la célebre escuela. Es como hiedra de verdor

perpetuo prendida al árbol calológico de cuya juventud, de cuya edad viril, de cuya decadencia son cómplices y testigos sus obras. La inmoralidad de su primer manera, que es la más romántica de sus maneras, es indiscutible, porque perturba y porque envenena la proclama de que el fin de nuestra vida es posponer todos los deberes a la victoria de nuestras pasiones. Emilia Pardo Bazán (1) ha dicho que "las primeras novelas de Jorge Sand inmorales son, en efecto, con la inmoralidad del egoísmo individualista: son inmorales, no porque describan amoríos, sino porque en nombre de la pasión oponen al individuo, a la sociedad entera. Desplómese la sociedad, caigan por tierra las instituciones, sacudidas, como las columnas del templo filisteo, por un solo individuo, para aplastar a miles de personas; húndase el mundo y sálvese la pasión; tal es la fe y las doctrinas de Jorge Sand" (pág. 246). — "Haciendo el conde León Tolstoi un examen crítico de las obras de Guy de Maupassant, observa que los novelistas franceses de este siglo parece que no tienen más objeto para la vida que el amor. La observación es exacta; de cien novelas francesas modernas, noventa y cinco dan vueltas al mismo asunto que Jorge Sand declaraba el único poético e interesante. Este virus que desorganiza y corrompe la literatura francesa no puede dudarse que se lo inoculó, en gran parte, Aurora Dupín" (pág. 249). Terminemos: lo que era romántico y sólo romántico, el lirismo del

---

(1) "La literatura francesa moderna", "El romanticismo" 330 págs. —Ed. "Renacimiento", 2da. edición.

yo, que se encierra en su propia individualidad como se encierra la tortuga indiana en su carey precioso, principia con un grito de tedio y desesperación, con un grito que va a morir bajo las bóvedas solitarias de unos bosques vírgenes, con el congojoso grito de René: y esa misma faz de lo egoísta y personalísimo, de lo romántico que quiere ser sólo y exclusivamente romántico, concluye con otro grito de tedio y desesperación, con un grito que va a perderse en la inmensidad muda, con un grito interrogador que sube sin respuesta de lucero en lucero, con el grito de congoja que exhalan los moribundos labios de Lelia.

---

## II

### SU SEGUNDO MODO

- 11.-Hasta enero de 1835. — Declaro que me ocuparé con brevedad suma del segundo de los modos de Jorge Sand. No me interesa su metafísica ni me convence su socialismo. Ya en *Lelia* nos dijo que había sido sensible a cuanto tienen de poético y grande las religiones; pero agregó que ninguno podía devolverle la virtud o la facultad de engañarse a sí misma. En *Lelia* nos dijo también que la más grande de las desgracias era llegar al escepticismo por la poesía y a la duda por el entusiasmo. En *Lelia* nos dijo igualmente que no encontraba forma bajo la cual le resultase apetecible la vida fu-

tura, a pesar de desearla con un deseo que quema y devora como una pasión. Así Jorge Sand, en 1834, siente la mordedura de una enorme inquietud filosófica: está enferma de misantropía; la angustia su propio vacío espiritual. Contándole la alegría que le produjo el regreso a Nohant, después de una ausencia que duró dos años, le escribe (1) en Septiembre de 1834 a Julio Noraud: "Todo esto penetró un día entero en este corazón gastado y desolado; todo esto le hizo saltar de júbilo, pero no le ha curado ni rejuvenecido; es un muerto que el galvanismo logró estremecer, pero que vuelve a estar más muerto que antes. Reinan el hastío y la desesperación en mi alma, Malgache". (pág. 100). Vuelve a escribirle, poco después, al mismo: "Has sufrido, has amado, tu inteligencia es grande; has visto mucho, leído mucho; has viajado, observado, reflexionado, juzgado la vida bajo múltiples aspectos. Viniste a encallar, tú, cuyo destino pudo ser brillante, sobre un pequeño rincón de tierra donde te has consolado de todo plantando árboles y regando flores. Dices que padecistes al principio, que batallastes con tu propio ser, que te has impuesto el trabajo físico. Cuéntame detalladamente la historia de esos primeros tiempos, para después decirme el resultado de todos esos combates y de toda esa virtud. ¿Volvió la calma? ¿Soportas sin agriarte y sin desesperación los incidentes incómodos de la vida doméstica? ¿El sueño te rinde

---

(1) "Lettres d' un voyageur" 344 págs. Ed. Calmann Levy, 1891.

no bien te acuestas? ¿No hay, en tu cabecera, un demonio en forma de ángel que le grita: ¡El amor, el amor! ¡La felicidad, la vida, la juventud! — en tanto que tu corazón desolado responde: ¡Es demasiado tarde! esto pudo ser y no ha sido?—¡Oh, amigo mío! ¿pasa\$ las noches enteras llorando tus ensueños y diciéndote: Yo no he sido dichoso?” (pág. 104). “¡Ay de mí! si pudiese como tú apasionarme por un insecto! Yo, sin embargo, amo todo eso y ninguno está mejor organizado que yo para gozar de la vida. Simpatizo con todas las hermosuras, con todas las gracias de la naturaleza. Como tú examino largo tiempo y con delicias el ala de una mariposa. Me embriago, como tú, con el perfume de una flor. También me gustaría construirme una choza y llevar mis libros; pero me sería imposible permanecer allí, porque las flores y los insectos no pueden consolarme de una pena moral” (pág. 105). Hablando de la desesperación que la tortura, le escribe a Robinat: “Y ¿por qué este lívido espectro ha venido a extender sobre mí sus miembros pesados y fríos como la nieve? ¿Por qué la amargura ha entrado tan adentro en mi corazón, que todos los bienes, que todos los consuelos que mi razón admite, mi instinto los rechaza? ¿Cuál es la causa de que yo te dijera, la otra noche, en el jardín, penetrada el alma por una superstición sombría: Hay en la naturaleza una voz que me grita en todas partes, desde el seno de la yerba y del follaje, del eco y del horizonte, del cielo y de la tierra, de las estrellas y de las flores, del sol y de las tinieblas, de la luna y de la aurora,

y de la misma mirada de mis amigos: Vete, tú no tiene ya nada que hacer aquí" (pág. 118). En el mismo año, 1834, le escribe a Francisco Rollinat: "Me incomoda mucho haber escrito ese mal libro que se llama *Lelia*, pero no me arrepiento; ese libro es la acción más osada y más leal de mi vida, aunque, a causa de los resultados, sea la más loca y la más a propósito para disgustarme de este mundo. Hay muchas cosas que nos hacen rabiar y de las que nos burlamos al mismo tiempo; muchos insectos que nos pican y que nos impacientan sin encolezarnos; muchas contrariedades que convierten la vida en fastidiosa y que, sin embargo, no engendran la desesperación que mata". "Si me incomoda haber escrito *Lelia*, es porque no puedo escribirla más. Estoy en una situación de espíritu que se parece de tal modo a la que he pintado y experimentado cuando escribí ese libro, que me sería un alivio enorme poder recomenzarle" (pág. 122). Rollinat parece que le pregunta si aquel romance es una comedia, y su autora responde: "Te diré que sí y que no, según los días. Hubo noches de recogimiento, de dolor austero, de entusiasta resignación en que escribí frases hermosas de buena fe. Hubo mañanas de cansancio, de insomnio, de cólera, en que tomaba a burla la vigilia de la noche precedente, y en que pensé todas las blasfemias que escribí. Hubo tardes de humor irónico y bufón, en que, para escapar como ahora al pedantismo de los otorgadores de consuelo, me complacé en hacer a Trenmor el filósofo más vacío que una calabaza y más imposible que la felicidad. Aquel

libro tan malo y tan bueno, tan real y tan falso, tan grave y tan jocoso, es sin duda el más profundamente, el más dolorosamente, el más ásperamente sentido de todos los que cerebro en demencia produjo hasta ahora". — "Los que creyeron leer una novela, han tenido razón declarándole detestable. Los que han visto en realidad lo que la alegoría ocultaba de más tristemente casto, han tenido razón para escandalizarse. Los que esperaban ver un tratado de moral y de filosofía salir de aquellos caprichos, han hecho muy bien encontrando absurdo y fastidioso el desenlace. Sólo aquellos que, sufriendo de las mismas angustias, le han escuchado como una queja entrecortada, — mezcla de fiebre, de sollozos, de lúgubres risas y de juramentos, — lo han comprendido muy bien y le aman sin aprobarlo. Piensan en absoluto como yo: es un espantoso cocodrilo, muy bien disecado, un corazón todo en sangre, puesto al desnudo, objeto de horror y de piedad" (pág. 123). — Este era el estado de su espíritu cuando se encontró con Miguel de Bourges, — al que ella llama Everardo, en su *Histoire de ma vie* y en sus *Lettres d'un voyageur*.

- 12.-Hasta 1842. — Miguel, según la Sand (1) era enfermizo: el hígado, el pulmón, el estómago funcionaban mal, a pesar de su vida sobria y austera. No teniendo aún treinta y siete años, parecía un viejo de baja estatura, enjuto, calvo y encorvado; agradaban, es cierto, su semblan-

(1) "Histoire de ma vie" Ed. citada.

te hermoso en su palidez, sus dientes magníficos, sus ojos de miope llenos de candor y dulzura (IV, pág. 317). Friolento en todas partes y en todas las estaciones, se cubría la cabeza en la intimidad, con tres o cuatro pañuelos de seda anudados al azar los unos sobre los otros. El ropón no ceñido, los gruesos zapatos, la camisa blanca, fina, recién puesta, denunciaban su apego a lo cómodo y a lo pulcro. De índole bondadosa, era, sin embargo, brusco, familiar en exceso, acerbamente franco, imperativo, hasta despótico en la imposición de su voluntad. Sencillo en los diálogos familiares, hechizaba con el gesto, con la música de la voz, con lo grandilocuente de los períodos, al defender sus ideas comunistas, al atacar el derecho de propiedad, al describir la llegada de los humildes a la tierra prometida de lo futuro. No logró convencerla. El comunismo de Babeuf le pareció a la Sand un medio insensato para llegar al reparto de la dicha entre todos los hombres (IV, pág. 329). No cree en la edad de oro floreciendo sobre los escombros del viejo mundo; se ríe del paraíso terrestre floreciendo sobre las ruinas del arte, de la industria, de las bibliotecas, de todas las conquistas intelectuales que realizó el hombre civilizado. ¡La sangre y las llamas! ¡el puñal y la antorcha! ¡el porvenir saliendo de las entrañas de la tierra para escuchar el grito victorioso de las hordas de Atila! Y la Sand se burla un poco de Miguel. Gracias a Miguel, sin embargo, su orgullo de solitaria, de no comprendida, de escéptica sublime, entrevé un ideal que funde el



hielo de su corazón (IV, pág. 337). Miguel además, la persuade de que la verdad religiosa y la verdad social son indivisibles porque se completan recíprocamente; pero aún los ojos de la escritora no ven si no una espesa neblina, un poco dorada por la claridad de las dos verdades ocultas detrás de su tupido velo (IV, página 357). Aunque no lo parezca ya está iniciada la transición: fué a Bourges para hablar de sus negocios y disgustos domésticos con un abogado; pero éste impresiona sus sentidos, conquista su inteligencia, y concluyen por hablar de república, de comunismo, de los hombres, del futuro, de todo siempre y a ratos perdidos de los asuntos de Aurora Dupin. Es claro que resiste; forcejea con la corriente que quiere arrastrarla. ¡La política! ¡la lucha social! ¡la igualdad! ¡los que explotan y los que sufren! Está bien; pero, ¿y sus viajes? ¿y sus divagaciones? ¿y su trabajo sin compromisos? ¿y la musa de sus romances, la divina pasión? ¿y su independencia de solitaria? — Y desde el 11 hasta el 23 de Abril de 1835 (1) le escribe varias cartas, defendiendo esa dulcísima independencia, al enfermizo y elocuente Everardo. Aquellas cartas son muy hermosas, por los variados tonos que prestan a su estilo, la ironía, el sentimiento, la duda, el entusiasmo, el deseo de ser vencida y el temor de dejarse vencer. No es ambiciosa: le basta el reino de sus visiones. “Todos los tronos de la tierra valen para mí menos que una

---

(1) "Lettres d' un voyageur" Ed. citada.

pequeña flor al borde de un lago de los Alpes" (pág. 153). — Que otros hagan la guerra y dicten la ley; ella guarda su amor y su culto para los lirios de los campos, cuyo vestido es más precioso que el de Salomón. Es claro que simpatiza con la república. Todos los nombres están vacíos; pero, a lo menos, los de patria y libertad son armoniosos. El de legitimidad se hizo para los cortesanos y el de obediencia para los gendarmes. A pesar de eso prefiere el ruido de los torrentes al clamor de la muchedumbre: "No soy más que un pájaro de pasaje en la vida humana; no hago nido ni incubo amores sobre la tierra; iré a golpear con el pico a tu ventana de cuando en cuando, y te daré noticias de la creación a través de la reja de tu cárcel, para emprender de nuevo mi marcha sin rumbo por los campos aéreos, nutriéndome de mosquitos, mientras os reparáis las cadenas y las coronas con tus iguales" (pág. 154). Su "ateísmo social" no es tan ciego y tan sordo como imaginan. Su indiferencia no le ha impedido reconocer que la primera, y la única ley invariable de la moral, es la augusta ley de la igualdad humana. — No está dispuesta a deliberar; su función no es parlamentaria, no es legislativa; pondrá a los pies de vuestro ideal, que es el mejor de los ideales, su existencia y sus bienes, pero no su espíritu, que ya entregó a los silfos y a las ninfas de lo poético. "República, aurora de la justicia y de la igualdad, divina utopía, sol de un porvenir quimérico tal vez, salve! brilla en el cielo, astro que pides poseer la tierra. Si descendes

sobre nosotros antes de que se cumplan los tiempos previstos, me hallarás pronta para recibirte y completamente vestida ya de acuerdo con tus leyes suntuarias. Mis amigos, mis maestros, mis hermanos, salud! mi sangre y mi pan desde ahora os pertenecen, esperando que la república los reclame" (pág. 167). — "Pero tú, ídolo de mi juventud, amor de cuyo templo desierto para siempre, adiós! A pesar mío, mis rodillas se doblan y mi boca tiembla al decirte esta palabra irreparable. Una mirada aún, todavía la ofrenda de una guirnalda de rosas abiertas recién, las primicias de la primavera, y adiós! Ya basta de ofrendas, no más arrodillamientos! Dios insaciable, toma levitas más jóvenes y dichosos que yo, y no me cuentes ya en el número de los que te invocan! Pero, ay de mí! que no puedo maldecirte al marcharme —¡oh tormentos, oh delicias! — y que ni siquiera te puedo formular un reproche. A tus plantas depositaré una urna funeraria, emblema de mi eterna viudez. Tus jóvenes levitas la derribarán, danzando en torno de la imagen tuya; la romperán y seguirán amando. Reina, amor, reina, hasta que la república y la virtud te corten las alas" (pág. 168). — He dicho que ha empezado la transición: lo prueba, a despecho de su retoricismo, ese grito de despedida al numen, al dios de su juventud. Ya sabe que hay otras cosas tan dignas de alabanza y de sacrificio como el amor, derechos tan sagrados y tan indiscutibles como los derechos de la pasión. Oíd todavía: ¿"Alguno quiere mi vida presente y futura? Con tal

de que la ponga al servicio de una idea y no de una pasión, al servicio de una verdad y no al servicio de un hombre, consiento en acatar las órdenes que me dé. Pero, ¡ay de mí! os advierto que sólo sirvo para ejecutar brava y lealmente la orden recibida. Puedo hacer y no deliberar, porque no sé nada y no estoy segura de nada. No puedo obedecer sino cerrando los ojos y tapándome los oídos, para no ver ni oír cosa alguna que me disuada. Puedo marchar con mis amigos, igual que el perro que ve a su patrón partir con el navío y que se arroja al mar para seguirle a nado hasta que la fatiga concluya con él. La mar es grande, amigos míos, y yo soy débil. Sirvo únicamente para soldado y no tengo más que cinco pies de altura". — No importa, llevadla, os seguirá sin estar convencida de que sois los llamados a fundar en este mundo el reino de Dios. — Duda de la eficacia de vuestra empresa, sabe que la verdad no habita entre los hombres, pero marchará a vuestro lado, porque sois sus amigos, los descendientes de Prometeo, los amadores de la inflexible Justicia. Marchará, sea cual fuere el matiz de vuestra bandera, a condición de que vuestras falanges no abandonen nunca el camino del porvenir republicano; marchará, sí, en nombre de Jesús, "que ya no tiene sobre la tierra sino un verdadero apóstol"; en nombre de WASHINGTON y de Franklin, en nombre de Saint-Simón (págs. 182 y 183). — Listz la relacionó con Lamennais. (1) Ese es el apóstol de que

(1) "Histoire de ma vie", Ed. citada.

habla en su carta a Everardo. En materia social no se entendieron, ella caminaba muy aprisa y él con lentitud; pero, en cambio, la novelista sintió reanimarse la luz de su esperanza con el óleo de la filosofía religiosa del ermitaño del Encinar (IV, pág. 362). — Este alentó aquel anticatolicismo que hallaréis en *Lelia* (2) La Sand nos dice allí que el catolicismo es un durmiente que nunca despertará; que el catolicismo traicionó a todas las grandes inteligencias, que, ávidas de ideal, pretendieron vivificarle; que una filosofía nueva, una fe más pura y más iluminada va a levantarse en el horizonte; que para su alma la adoración de la cruz es la adoración del sufrimiento humano, que se resigna con la esperanza de lo divino: el sufrimiento humano tiene por emblema a Cristo, al mártir del Gólgota, al ajusticiado de Jerusalén. Lamennais azuló el cielo sombrío de estas ideas con el rayo de luz de un deber dignificador. No es una solución para los que dudan, para los que sufren y desesperan, dejar que el orgullo y el egoísmo los encierren en la torre sin ventanas de la propia individualidad. El derecho a la dicha personal debe sustituirse por un derecho cien veces más alto: el derecho del hombre a sacrificarse por el hombre, porque es la abnegación, y no el egoísmo, la piedra angular de las religiones y de las sociedades. Miguel magnificando con su elocuencia los principios republicanos, incluyéndola despectivamente entre

---

(2) A. Viatte, "Le catholicisme chez les Romantiques"  
401 págs. Ed. Bocard, 1922.

los desertores de la democracia, y Lamennais diciéndole que los corazones nos han sido dados como místico don que todas las criaturas pueden reclamar, la preparan para someterse al influjo todopoderoso de Pedro Leroux.

- 13.-**La influencia de Pedro Leroux.** — Este es tímido, orgulloso, no joven, no acicalado, vacila al principio de la exposición de sus ideas; pero se entusiasma y entusiasma, se conmueve y conmueve, se persuade y persuade a medida que las desarrolla, que las pule, que las hace brillar en retóricos y vehementes discursos. Nace en París en 1798. — Ya en el pórtico de la Escuela Politécnica, — estudiante no torpe y aplicadísimo, — reveses de fortuna le obligan a ganar el pan de los suyos primero de albañil y después de tipógrafo. Inventa una máquina de componer llamada planotipia, escribe en el *Globo*, funda la *Enciclopedia nueva* y la *Revista Independiente*, que logró cierta celebridad por sus ataques al eclecticismo universitario y a la religión católica. Ingresó en la secta sansimoniana en 1831 y publicó en 1840 una obra de filosofía, en dos tomos y que se titula: *De la humanidad, su principio y su porvenir*. — El hombre, después de haber pasado por tres esclavitudes, las castas de familia, las castas de patria y las castas de propiedad, se acerca a la tierra prometida, al oasis del comunismo. Para que el sufrimiento termine, para que reposemos a la sombra de las verdes palmeras del oasis, es necesario que la humanidad se liberte de los lazos que la escl-

vizan, y que, bajo pretexto de civilizarla más, la hundan más cada vez en el fango de los intereses materiales. El mal es necesario, la felicidad absoluta es una quimera lo mismo que el infortunio absoluto; y defiende la doctrina de la metempsicosis, de la trasmigración de las almas después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos. El hombre llega a Dios por la humanidad. Dios es la belleza soberana y hacia él gravitamos; pero del mismo modo que los cuerpos colocados sobre la superficie de la tierra gravitan hacia el sol, porque forman parte de la tierra esclava de la ley que rige a los mundos, los hombres sólo en la humanidad y con la humanidad gravitamos espiritualmente hacia Dios. — Las cartas (1) escritas por Jorge Sand desde diciembre de 1835 hasta febrero de 1843, todas están impregnadas ya de un perfume humanitario, generoso, nobilísimo y que prueba que Pedro Leroux no hizo otra cosa que completar la evolución. A su hijo Mauricio le escribe el 15 de diciembre de 1835: “La naturaleza, pobre hijo mío, es una buena madre, es Dios, o por lo menos, su obra; ella es la que nos da las cosechas, los bosques, las frutas, los prados, las lindas flores que amo tanto yo y las bellas mariposas que tú cuidas tan bien. La naturaleza ofrece voluntaria todos sus productos al que los siembra esperando en la recolección. Los árboles no rehusan su fruto al viajero que los coge al pasar y las legumbres nacen

---

(1) “Correspondance” 6 tomos, Ed. Calmann Levy. 1882.

tan lozanas en el mantillo de un jardinero como en una huerta de príncipe. La sociedad es otra cosa: son los contratos que celebran los hombres para el reparto de los frutos de la naturaleza. No es la justicia, no es el sentimiento natural, lo que ha dictado esas leyes: es la fuerza. Los débiles han obtenido menos que los otros, y los ínfimos nada obtuvieron. El derecho a la herencia mantuvo esta desigualdad, y después, en las épocas civilizadas como nuestra época, los más instruídos y los más hábiles se hicieron ricos, sin que por eso fueran mejores. Los pobres ignorantes siempre estuvieron y estarán siempre en una espantosa miseria, si nada se hace por ayudarlos. Dí, pues, que la sociedad es injusta, pero no que es injusta la naturaleza" (I, pág. 331). El 3 de enero de 1836 le escribe al mismo: "Hace cincuenta años que se ha entablado una guerra encarnizada entre los sentimientos de la justicia y los de la avidez. Esta guerra está muy lejos de su conclusión, aunque llevan por el momento la mejor parte los avariciosos. Hay más brutos que malvados entre los que defienden la propiedad sirviéndose de los fusiles y las bayonetas. Esto, en la mayoría de ellos, es el resultado de una educación antiliberal. Sus padres y sus maestros les predicaron, al enseñarles a leer, que el régimen mejor es el que conserva a cada uno su propiedad. De ahí que llamen revolucionarios, bandoleros y asesinos a los que dan su vida por la causa del pueblo". — "Me parece que la tierra pertenece a Dios, que es el que la creó entregándosela a los hombres para que



siempre les sirviese de asilo; pero no puede haber entrado en sus designios que los unos revienten de indigestión mientras mueren los otros de necesidad. Todo lo que sobre esto pueda decirse no me impedirá entristecerme y encolerizarme cuando veo que un pobre llora a la puerta de un rico" (I, págs. 333 y 335). — El 11 de febrero de 1836 le escribe a Gueroult: "Amo a vuestros proletarios primero porque son proletarios, y después porque creo que en ellos está el germen de la verdad, de la civilización futura" (I, pág. 340). — El 15 de febrero de 1836 se dirige a la familia Sansimoniana de París para decirle que "considera inseparable la idea de la república de la idea de la regeneración social. Los brazos enérgicos de los republicanos, que son la milicia del porvenir, crearán la ciudad, mientras las sagradas predicaciones del sansimonismo crearán el vecindario. Es preciso, para no retardar la venida de los tiempos anunciados, que desaparezca la división que los separa sobre el mismo campo de batalla en que combaten por la misma idea" (I, pág. 342). — Como es lógico no se han suavizado, sino hecho más amargas sus opiniones sobre el amor y el matrimonio. El 21 de enero de 1836, época en que está redactando el último volumen de *Lelia*, le escribe a la señorita Leroyer de Chantepie: "El amor es una cosa mala o cuando menos una peligrosa tentativa. La gloria es hueca y el casamiento es odioso. La paternidad tiene delicias inefables, pero, sea por culpa del amor o por culpa del matrimonio,

hay que comprarlas a un precio que yo a ninguno le aconsejaría que pagase. Cuando estoy lejos de mis hijos, cuya educación absorbe una gran parte de mi tiempo, busco la soledad y encuentro en ella, desde que he renunciado a muchas cosas imposibles, dulzuras inesperadas". (II, pág. 24). — El 28 de agosto de 1842 le escribe a la misma, que es preciso "changer la société de fond en comble" — cambiar la sociedad de arriba abajo, enteramente y agrega: "Creo en la vida eterna, en la humanidad eterna, en el progreso eterno, y como, en lo tocante a éste, he abrazado las creencias del señor Pedro Leroux, os remito a sus demostraciones filosóficas. Ignoro si ellas os satisfarán; pero no puedo daros otras mejores. En lo que me atañe ellas han resuelto completamente mis dudas y fundado mi fe religiosa. Pero, me diréis, ¿es preciso renunciar, como los monjes del catolicismo, a todo goce, a todo acto, a toda manifestación de la vida presente en la esperanza de una vida futura? No creo que esto sea un deber sino para los cobardes y los impotentes. Que la mujer, para escapar al sufrimiento y a la humillación, se preserve del amor y la maternidad, es una conclusión romántica que ensayé en la novela *Lelia*, no como un ejemplo a seguir, sino como la pintura de un martirio que tal vez logre que mediten los jueces y los verdugos, los que hacen la ley y los que la aplican" (II, pág. 231). El 26 de febrero de 1843 le escribe a Carlos Poncy, hablando del libro de Leroux: "Como esta es la sola filosofía que sea clara como el sol y que habla

al corazón como el Evangelio, me he sumergido en ella y me he transformado: he encontrado la calma, la fortaleza, la fe, la esperanza y el amor paciente y perseverante de la humanidad". — "Necesitaréis un año, acaso dos, para penetraros de esta filosofía que no es extraña y algebraica como los trabajos de Fourier, y que adopta y reconoce todo lo que es verdadero, bueno y hermoso en todas las morales y las ciencias del pasado y del presente" (II, pág. 259). — Resumiendo: unas veces por impulso propio, otras veces por influencias extrañas, y otras veces por el acuerdo de estas influencias y de aquel impulso, desde *Indiana* a *Mauprat* va decreciendo la fe de la Sand en las religiones positivas y muy especialmente en el catolicismo; pero, en cambio, desde *Indiana* a *Mauprat*, va aumentando su compasión por los pobres de espíritu, por los que lloran, por los que tienen hambre y sed de justicia, por los que sufren injustas persecuciones, por todos los desheredados de la tierra. En *Mauprat* nos dice que ni el maestro ni el cura enseñan sus derechos a los humildes; ni a distinguir sus aspiraciones legítimas de sus aspiraciones funestas; ni en lo que deben pensar cuando, después de haber sudado todo el día en beneficio ajeno, se sientan en el umbral de su cabaña, para ver como, en el horizonte, van apareciendo las estrellas rojas (pág. 122). — En el mismo capítulo, en el capítulo décimo de ese libro histórico, del romance *Mauprat*, nos dice que los pobres ya han sufrido bastante, que se alzarán al fin contra los ricos;

que se fraccionarán las tierras de los parques aristocráticos; que en cada una de esas tierras se alzarán diez chozas y que con el producto de cada una de esas tierras vivirán diez familias. En *Mauprat*, finalmente, nos dice que en el futuro no habrá desigualdades, señores ni siervos, patricios ni villanos, y que vendrá una edad en que los hombres imitarán la ley de la bóveda azul, donde los planetas viven en paz, donde los grandes no devoran a los pequeños y donde ninguno se precipita sobre su vecino (págs. 141 y 142). — Permitidme retroceder por unos instantes. Merecen un saludo, un elogio, un recuerdo las bellísimas *Lettres d' un voyageur*. — Quédense para siempre allí sepultadas sus protestas contra el siglo, contra la ley social, contra los calumniadores y concupiscentes, contra los escribas y fariseos, contra los enemigos de la república y contra los adversarios del dios de las nueve hermanas, el délfico Apolo; pero no quede sepultado allí su amor, su inmenso amor a la naturaleza que desborda en los párrafos más sonoros del libro aquel, donde se cimbran, cantan, murmuran, resplandecen, inciensan, o baten las alas ya una arboleda de manzanos jóvenes, cuyas copas comienza a dorar el sol, sobre una llanura en que blanquea aún el helado rocío de la mañana; ya una corriente que se desliza bajo unos sauces, viniendo saltarina de un fondo de rocas, y que se va a ocultar en lo más lejano del horizonte, bajo un gran enredido de arbustos zarceños; — ya un vergel en que ríe la fresca boca de las rosas de púrpura, en cuyo cáliz suele ocultarse el escarabajo para

dormir su siesta del medio día, como un joyel de esmeralda y zafir oculto entre los pliegues de un vestido de baile de encarnado color; — ya una noche estrellada en que ronda el esfinge en torno de los ramos que huelen a vainilla, el esfinge con sus ojos fantásticos, sus ojos de rubí, y que lleva sobre sus alas en triángulo, en cruz, en flecha, los mismos matices gris, bruno, leonado y amarillo pálido del plumaje suavísimo de las aves nocturnas, pero que, cuando abre su manto de terciopelo, deja ver a sus alas interiores formando una túnica unas veces de rojo vivo, otras de verde pálido y otras en que lo róseo está aprisionado por anillos azules; — ya, en fin, el himno de la alondra enagenada allá, en los aires, donde se siente el respiro primero del amanecer, o allá, entre las zarzas y en plena luz, el trino de mofa de la curruca, o allá, en los olivos y en un claro lunar, la voluptuosa cadencia del ruiseñor. — A este culto de la naturaleza, sangre que circula por todas sus cartas, unid el culto de sus hijos, que a veces en las cartas respira como un pulmón y unid el culto del hogar en que jugó de niña, del que la despojaron arbitrariamente y que le arranca este romántico y hermoso lamento: “Oh María, oh mi abuela de cabellos blancos! cuando dije adiós al umbral sagrado, me llevé una rama del árbol que abriga tu sueño sin fin. ¿Es esto todo lo que de tí me quedará? Duermes muy junto a tu hijo bien querido; pero a tu izquierda ¿no hay un lugar vacío que me está reservado? ¿Moriré bajo un cielo extranjero? ¿Arrastraré una ancianidad mísera lejos de la heredad que

me conservabas con tanto amor, en la que mis manos cerraron tus ojos y en la que deseo que me cierren los párpados las manos de mis hijos? Oh, gran madre, levántate y ven en busca mía. Desenvuelve el sudario en que yo amortajé tu cuerpo desmayado por el último sueño, que tus viejos huesos se levanten, y que tu seco corazón palpite a esta bienhechora luz meridiana. Si debo para siempre vivir desterrada de la casa tuya, sígueme a lo lejos. Como los salvajes de Meschacebé llevaré tus despojos sobre mis espaldas y me servirán de almohada en el desierto. Ven, no protejas aquellos que no te conocen y que tus manos no han bendecido..." (página 269). — ¿Recogió esa queja uno de los mirlos lustrosos y pulcros que ella nos pintó y fué a repetirla sobre el árbol a cuya sombra duerme la volteriana? Lo cierto es que, por arreglos particulares con su marido más que por la indecisa sentencia de la ley, logró la ansiada separación de cuerpos y que le devolviesen su jardín de Nohant. Allí pasará sus últimos años, curada de pasiones, entre sus hijos, entre sus nietos, cerca de la tumba de los que amó, cerca del sepulcro donde besándola la acostó la gloria, cerca del árbol en donde el mirlo fué a repetirle su lloro de desastre a la abuela María!

- 14.-**Metafísica y humanidad.** — Inicia su segundo modo, su ensueño metafísico y humanitario, sus novelas simbólicas y especulativas con el poema dialogado, o mejor, con una especie de drama que se titula "Les sept cordes de la lyre" (1).

(1) "Les sept cordes de la lyre"—318 págs.--Ed. Michel Levy, 1899.

— Es de 1840 y obedece a dos influencias, en la forma a Goethe y en la filosofía a Pedro Leroux. Allí encontraréis al espíritu tentador, a los coros angélicos, a las voces de lo profundo y encontraréis allí a un maestro que enseña a sus discípulos que esta vida no es más que un crisol expiatorio, en el que — después de una existencia anterior que no recordamos, — somos vueltos a amasar, retocados y corregidos, por el dolor, la duda, las enfermedades, las pasiones, el trabajo y la muerte. — Esto nos depura, esto nos mejora, y de siglo en siglo, de raza en raza, de progenie en progenie, de familia en familia, de ser en ser, avanzamos con lentitud, pero de un modo cierto, hacia la cumbre de la montaña de la perfección. Hay en nosotros un impulso divino, una voz escondida que nos hace saber que ni un átomo desaparece en el universo, que es como una renovación cada fin de existencia y que cada morada transitoria conduce a un medio más favorable al desarrollo y a la actividad de nuestras virtudes. — El eje de la obra es una lira de marfil, una lira que fabricó hace más de un siglo y en sus talleres de guitarrero uno de los antepasados de Elena Meinbaker. — Adelsfreit murió al terminarla, en el último toque puso el aliento último, y Meinbaker, la conservó como una reliquia, como un talismán, sin permitir que empañara sus cuerdas ni el roce de las manos de su hija propia. Es un instrumento precioso, sin igual en el mundo, que hermosean y que avaloran unas artísticamente trabajadas figuras de marfil, no siendo de extrañar que más de un

aficionado haya ofrecido sumas enormes por la lira aquella. Meibaker murió pobre, murió arruinado; pero no sólo se negó siempre a vender la lira, sino que, al morir, encargó que nunca se desprendiesen de tan bella joya al tutor de su hija, al maestro doctísimo, al que no conoció ni quiere conocer otros amores que el amor de la ciencia, al celebrado Albertus. Cuenta la leyenda que Adelsfreit pidió a Dios que le dejara infiltrar su espíritu en la lira que fabricaba, y, que Dios, accediendo a su súplica, lo condenó a vivir encerrado en aquel instrumento hasta que un alma sin sombra de mancilla le devolviese la libertad. Lo cierto es que hay en la lira algo de sorprendente y de incomprensible. Si un poeta la tafe, la lira calla; pero el poeta cree que aquellas cuerdas mudas cantan un canto órfico; si un maestro de capilla, tan vano como nulo, la pulsa atrevido, la lira estalla en sonos ásperos y discordantes; si un crítico, en fin, pretende templarla, las cuerdas de la lira son hojas de puñal cuyo filo le corta la carne hasta los huesos. La leyenda, entonces, no miente al decir que las manos más hábiles y más ejercitadas sólo le arrancarán canciones vulgares si el aliento de lo divino no inflama el espíritu de los que las componen o las entonan. Albertus, sugestionado por Mefistófeles, quiere saber qué relación hay entre los sonidos y las ideas: suprimiendo cuerdas, se suprimen sonos; suprimiendo sonos, ¿se suprimen ideas también? — La lira tiene dos cuerdas de oro; la una reza la salve del ideal, la otra reza el credo de la fe; la una vibra con los arrobamientos de la inteligencia razonadora, la



otra vibra con los ardores del alma que no discute, que no analiza, que está segura. Albertus, queriendo desmontarlas, hace estallar las cuerdas de oro, que dicen sollozando —¡adiós, oh fe! ¡ideal, adiós! — La lira tiene dos cuerdas de plata: sirve la una para alabar a la naturaleza, a la madre magna, a la que adorna a la flor del zarzal y al pámpano de la vid con los titiladores diamantes del rocío del amanecer; a la que en los hornillos de la luz meridiana madura al trigo lleno y al maíz de bronce, mientras el moscardón sesteá sobre el cardo y la cigarra bajo la mies; a la que extiende, sobre las lejanías del horizonte, las remeras diápreadas y brilladoras del cóndor del crepúsculo vespertino, mientras esparce por lo infinito, con una luciérnaga temblando en cada una, las blanquísimas dalias del jardín del espacio para que alumbren misericordiosas las noches de la tierra y las noches del mar. La otra cuerda de plata canta a la providencia, a la que dispone el destino de todas las cosas y previene que todas las cosas cumplan su fin; pero la cuerda consagrada a lo providencial del mismo modo que la consagrada a la naturaleza, se rompen también cuando pretende desmontarlas Albertus, sugestionado nuevamente por Mefistófeles. — La lira tiene dos cuerdas de acero: la música de las dos es un himno a la humanidad; en la una resuenan los coros de la industria, el estrépito de las máquinas, el silbido del vapor, el golpe del martillo, todos los rumores del trabajo fecundo y el roce de la llave que la mano del hoy mueve forcejeando en la cerra-

dura de la puerta de lo porvenir; pero ¡ay! en la otra cuerda de acero lloran todas las lágrimas, se estremecen todos los suspiros, se repiten todas las quejas, rugen todas las iras, retumban todas las maldiciones de los martirizados por los crímenes y las iniquidades que ennegrecen la historia de la humanidad. Elena, para no oír el himno de aquellas iniquidades y de aquellos crímenes, arroja la lira desde una altura y estallan, se rompen, se hacen pedazos las dos cuerdas de acero. — Es bueno que sepáis que la lira no canta si no la tañen las manos de la dulce, inocente, sencilla y soñadora Elena Meinbaker. ¿Qué le queda a la lira? Una cuerda de bronce, que, según la leyenda, revelará el misterio que oculta al que la haga vibrar: en cambio, el que la rompa, se quedará dormido entre los brazos esqueléticos de la muerte. El doctísimo Albertus se enamora de Elena, de la que también está enamorado el Espíritu de la lira. Los dos la pretenden y la arrullan los dos con frases apasionadas. Albertus la dice: — “Unidos en una santa afección, proclamaremos con nuestra felicidad y nuestras virtudes la voluntad de Dios sobre la tierra. Sé mi compañera, mi hermana, mi esposa, ¡oh hija querida e inspirada! Apoyados el uno en el otro, seremos lo bastante fuertes para derribar todos los errores y todas las mentiras de los falsos profetas. Apóstoles de la verdad, enseñaremos a nuestros hermanos corrompidos y en desesperación las alegrías del amor fiel y los deberes de la familia”. — (pág. 158). — El Espíritu de la lira

no habla de deber y sí de pasión, no habla de enseñanza y sí de ventura; el Espíritu de la lira la compara a la más hermosa de las estrellas y le dice que sus almas, fundidas la una en la otra por un himeneo celeste, irán a habitar el infinito de los mundos. — Elena, desdenosa de Albertus, responde al Espíritu: “¿Nuestro amor será eterno? ¿Podrá la muerte romper nuestras bodas? Yo no te puedo amar sino en el infinito. Háblame, pues, del infinito y de la eternidad, si no quieres que la última cuerda de mi alma se rompa”. — Y el Espíritu le replica entre sarcástico y ofendido: “¿Qué te importa la posesión de lo infinito y para qué precisas estar segura de la eternidad, si durante una hora de tu vida has comprendido y soñado el uno y la otra? Sólo el amor puede darte una hora de éxtasis”. (pág. 160). — Y Elena, desencantada de aquellos dos amores, le dice al Espíritu del espacio azul: “Oh Dios, oh tú cuya vida no tiene principio ni fin, oh tú cuyo amor no tiene fondo ni orillas, es a tí solamente a quien puedo amar! Toma en seguida mi alma o déjala que languidezca aquí, en el mundo inferior y en una agonía tan larga como la existencia de la tierra. No, no quiero perder el sentimiento de lo infinito. ¡Piedad, oh Dios mío, mira lo que sufro y ámame como yo te amo!”. (pág. 162). — Elena muere, estalla con un ruido terrible la cuerda de bronce y dice el Espíritu de la lira, remontándose con el alma de la muerta: “Tu fe me ha salvado; ven a gozar conmigo de la libertad sin fin y de la dicha eterna. Gloria a Dios en las altu-

ras!" — ¿Qué deducís de lo que antecede? Yo busco y no hallo la deducción. Si el fin de todo es el amor divino, ¿cómo puede llegar al amor divino una lira, — es decir, un alma, — que tiene rotas la cuerda de la fe, la cuerda de la confianza en la providencia, la cuerda del ensueño de lo ideal? ¿Qué es el espíritu de la lira? ¿Es el alma de Adelsfreit? ¿Es el alma de Elena? ¿Tan purificadas están que no necesitan otra metamorfosis para ir a perderse en el seno de la libertad infinita, que no sé lo que quiere decir, y de la dicha eterna, que la lira tampoco nos dijo en qué consiste? — Con razón, pues, vuelvo a manifestaros que no me ocuparé con detenimiento del segundo modo de Jorge Sand, porque vuelvo a insistir en que no entiendo su metafísica y en que no me convence su socialismo, cuya prédica comenzó en 1840 con *Le compagnon du tour de France*. Es indudable que su segundo modo patentiza que fué el primero de los novelistas franceses que se ocupó — con apiadada solicitud y adivinando las aficiones del porvenir — del obrero y del campesino, de los humildes y los desheredados. Es una gloria que nadie puede desconocer, y un título de nobleza que no podrá abolir el futuro. ¿Me decís que, de acuerdo con su teoría literaria, idealiza a los obreros de sus novelas? ¿No había idealizado también a los héroes de los romances de su primer modo? ¿No defendió ella misma, en la nota póstica de *Le compagnon du tour de France*, su derecho a idealizar a las clases humildes, a las clases más representativas del sufrimiento hu-

mano? — Escuchadla: “Suponiendo que mi tipo fuese excesivamente idealizado, ¿por qué no tendría el derecho de hacer por los hombres del pueblo, lo que se me ha permitido hacer por los de las otras clases? ¿Por qué no trazaría un retrato tan agradable y tan formal como fuera posible, para que todos los obreros inteligentes y virtuosos tuviesen el deseo de parecersele? ¿Desde cuándo la novela tiene que ser forzosamente la pintura de lo que existe, de la áspera y fría realidad de los hombres y de las cosas contemporáneas?” — La Sand creía que el derecho y el deber del arte es completar la obra de la naturaleza: el arte tiene la facultad divina de darles alas a lo rastrero y luz a lo sombrío. El arte pinta al hombre como el arte entiende que debiera ser, y busca en las escenas más prosaicas de nuestra vida un rincón donde colocar un pedazo de ensueño. La Sand no ignora que “habría toda una nueva literatura a crear con las verdaderas costumbres populares”; pero hasta en la observación de esas costumbres, su pluma es un pincel y un cepillo: donde falta un color, oficia su pincel, y donde sobra una rugosidad, el cepillo la raspa y la pule y la limpia con su hierro acerado de corte sutilísimo. La musa romántica de la Sand jamás será la musa realista de la Elliot, que, grave y apiadada ante la verdad triste de nuestro vivir, me parece como una mariposa que matizó de negro la melancolía, y a la que puso unas manchitas de oro sobre las alas, la infinita ternura con que contempla y copia el sufrimiento humano. — Jorge Sand

no prescinde de la pasión en la segunda de sus maneras; a la pasión confía el perfeccionamiento del mundo social; la pasión fundirá las clases, sin que quede ni rastro de sus antagonismos, en el molde de la pacificadora igualdad de la dicha; el porvenir hallará en la pasión su palanca de Arquímedes. — No son otra cosa que el marco de un romance de amor las disquisiciones humanitarias que encontraréis en el tomo único de *Le meunier d' Angibault*, las noticias sobre el ritual masónico del compañerismo que encontraréis en los dos tomos de *Le compagnon du tour de France*, y los discursos a favor de una sociedad comunista que encontraréis en los dos volúmenes de *Le peché de M. Antoine*. Así el último término del problema, la última palabra de la reforma para aquel socialismo romántico, sería la dichosa fusión de las clases sobre el lecho nupcial de Enrique y Marcela, de Emilio y Gilberta, de Pedro e Isolda. — Yo no me explico el afán de escaseces que tortura a Marcela. Es lógico que una pobre aspire a ser rica, porque la riqueza produce la comodidad, y la comodidad prolonga la hermosura, y la hermosura mantiene el amor; pero no es lógico que una rica aspire a ser pobre, porque la escasez enerva el deseo, amustia lo hermoso, y hace opaca la vida. Jugar a lo pobre es jugar con el estropajo y con la leña: es un juego muy sucio, y que generalmente resulta trágico. En fin, no nos opongamos a que quiera ser “hija de obreros y madre de obreros” la arruinada, pero felicísima Marcela de Blanchemont. Notemos, sí, que ese

deseo es como una epidemia, como una enfermedad contagiosa en las heroínas del segundo modo de Jorge Sand. — La marquesa de Frenays se vuelve loca, pero impúdicamente loca, por un trabajador, el Corintio. — Isolda de Villepreux se apasiona, aunque con más pudores, de Pedro Huguenin, y si no fuera porque su noble abuelo se opone a las nupcias, Pedro sería el marido de Isolda. Esta, después de declarársele y de averiguar si la encuentra digna de ser su esposa, le confiesa que “desde que pude razonar sobre mi porvenir, tomé la resolución de casarme con un hombre del pueblo a fin de ser pueblo, como los espíritus dispuestos al cristianismo se hacían bautizar antes a fin de poderse decir cristianos”. — Es así como esta discípula de Rousseau se le ofrece, con “todo el sosiego de su espíritu y toda la libertad de su conciencia”, al obrero aquel que la consideraba “un ser celestial al que hubiera temido profanar rozando solamente los pliegues de su traje”. — Isolda no renuncia a su ensueño: lo realizará cuando la muerte cierre los ojos del señor del castillo condal de Villepreux. — Es cierto que la mayoría de los obreros de Jorge Sand son unos obreros excepcionales: lindos, forzudos, valientes, orgullosos, caballeros, artistas, parlones y con una elocuencia de más llaves que un figle, porque donde concluye el poder de los argumentos principia el poder de las pestañas negras que dan sombra a unos grandes ojos azules. La más interesante de sus novelas de predicación social es, para mí, la que se titula *Le meunier d' Angibault*

(1), no por lo que tiene de socialista, sino por lo que tiene de idilio rústico. Pasan al segundo plano de mi gusto la blonda Marcela, viuda de un libertino que murió en duelo por otra mujer, y Enrique Lemor, que odia a la casta de los nobles y a la clase de los ricos. La primera, que se resigna a la mediocridad, pero que cree que en una choza se vive como en el cielo, paréceme que pensaría de distinto modo si de distinto modo pensara Enrique Lemor. Ella misma nos dice que cuando, al mes de ser viuda, le ofreció su mano de esposa, sintióse agraviada y triste por la negativa del obrero a casarse con ella; pero que, comprendiendo que por su conducta aquel enemigo de los poderosos demostraba ser fiel a sus principios, amóle más y resolvió arreglar su existencia "de manière a ne plus le blesser", refugiándose en el fondo de la campiña para romper sus vínculos con los poderosos que, voluntaria o involuntariamente, son los enemigos de la humanidad, según el criterio de Enrique Lemor. (pág. 138). — Si Marcela no se desprende de los restos de una fortuna que su esposo dilapidó, venciendo así los últimos escrúpulos de su amante, es porque no quiere que su hijo se vea privado del arte, de la ciencia, de todos los conocimientos, de todas las virtudes y hasta de los beneficios de la religión, porque nada se puede obtener sino comprándolo con dinero en este siglo infame, en que "los deberes que impone la familia están en pugna con los que

(1) "Le meunier d'Angibault" 380 págs.—Ed. Calmann Levy.



impone la humanidad". (pág. 141). — Lemor es una figura sin relieve alguno: vacila y solloza, no sabe lo que quiere y concluye por declarar que, "como la iglesia de los pobres no ha sido edificada aún", lo único que se puede hacer es infiltrar el amor al bien y el deseo de la luz en el alma del hijo de Marcela. El obrero se alejará hasta que concluya el año de luto, colgando, al volver, su bastón de peregrino de la puerta de la morada de su amante blonda, sea un palacio o una cabaña la vivienda de la viuda de Blanchemont. (pág. 285). — No, el mayor interés no está en esos dos personajes: el interés mayor está en los amores de Luis el molinero, el campesino hercúleo y simpático, con la linda, con la pizpireta, con la sensible Rosa Bricolin. El interés crece no por lo socialista de los coloquios, y sí por lo verdadero del marco rural en que aquellos amores se desarrollan, por lo extraño de la mendicidad del viejo Cadoche y por la locura delirante de Bricolina. El mendigo, que fué bandolero, con su trágica muerte, y la mujer, que enloqueció por culpa de una pasión, con su tea incendiaria, son los rasgos con que firma la escuela romántica de la Sand al fin de las cinco jornadas de su romance *Le meunier d' Angibault*. — El comunismo de Jorge Sand no agradó a Sainte-Beuve. En agosto de 1840, en el mismo párrafo en que anuncia a la señora de Justo Olivier (1) que la Sand "se ha pasado al comunismo", le dice que Musset

(1) "Correspondance inédite de Sainte-Beuve avec M. et Mme. Juste Olivier"—507 págs. Ed. "Mercure de France", 1904.

hace versos encantadores y que la *Colomba* de Mérimée es una obra maestra, no habiendo este último producido nada "tan hermoso, tan perfecto, tan delicado" (pág. 233). En diciembre de 1841 y hablando a la señora de Olivier de la *Revista Independiente*, fundada por Leroux y la Sand, le dice que el fin de esa publicación es un comunismo que tiene por papa a Leroux, y agrega, un mes más tarde, que "ese Leroux escribe filosofía como un búfalo que chapalea sobre un pantano". (página 282). Añadiré, para concluir, que se me antoja más ignaro que científico, más impresionable que justificador, más ave-cilla alocada que paloma con rumbo, aquel socialismo declamatorio que Pedro Leroux sembró en el sentimiento más que en la inteligencia de Jorge Sand. Lo peor de su obra, que pasa de cien volúmenes, son sus romances de prédica social, en que confunde todas las escuelas; pero en los que da carta de ciudadanía en el reino de la literatura al albañil, al ebanista, al cerrajero, al peón de molino, a las clases humildes, a lo que vive la vida del pueblo, del que no se habían ocupado aún, como materia digna de novelar, ni Eugenio Süe, ni Víctor Hugo. La Pardo Bazán <sup>(1)</sup> nos dice: "La novela socialista la escribió Jorge Sand con el sentimiento, sin preocuparse de la lógica y la razón. No solamente le falta sistema, sino que ni ella misma sospecha cuáles son sus principios políticos y sociales. Todo lo arregla con

(1) "La literatura francesa moderna. La transición". Ed. Renacimiento 1911.

el amor, la fraternidad, la piedad, la bondad, la supresión del dinero, la apoteosis de la pobreza" (pág. 168). — Emilio Faguet (1) hablando de los generosos instintos de la Sand, nos enseña que, "es esta bondad, este amor a los débiles lo que le ha inspirado toda su política confusa, quimérica y enternecedora. Ella dió de lleno, con todo su corazón, en las ideas de la emancipación de la mujer, del proletario y del campesino que estuvieron en curso desde 1835 hasta 1848. Buscó de buena fe la abolición de la tiranía, de la aristocracia y de la riqueza. No amó al sansimonismo, que la hería y la chocaba por su aspecto religioso y en el que ella no ve sino un culto nuevo sostenido por una liturgia bastante ridícula. Pero todos los sistemas socialistas le placen por turno y aún creo que a la vez. En todos ellos ve o sueña una organización social fundada en la justicia y, más que en la justicia, en la bondad, y los expone casi todos al mismo tiempo en cada uno de sus romances" (pág. 388). — Leo en Pablo Albert (2): "Jorge Sand es ante todo un ser que dominan la sensibilidad, la imaginación, las circunstancias y las influencias exteriores. No es crítico, no juzga; ve, siente. De ahí nace su encanto. En ella todo es visto y sentido, pero de buena fe. No hubo jamás un escritor más sincero y más valiente. Ver, sentir, exteriorizar lo que vió y sintió, ese es el don, pues, que le había concedido la naturaleza".

(1) "Dix-neuvième siècle.--Etudes littéraires"--Ed. Boivin.

(2) "La littérature française au XIX siècle", 2 tomos -- Ed. Hachette, 1910

(II, pág. 276). “Sueña, emocionada por lo que hay de elevado, de inteligente, de generoso en la clase trabajadora. Su imaginación empieza a moverse. Es preciso que esos proletarios salgan de su abatimiento, de su miseria. Pero ¿cómo conseguir que los que poseen repartan su heredad? No será por la violencia, ni por la ley. La única fuerza que puede operar ese milagro es el amor, la fraternidad universal”. (II, pág. 289). — La tuvieron en mucho a causa de su simpatía por los humildes, Jorge Elliot e Iván Turgueneff. — Sergio Persky (1), en una obra premiada por la Academia francesa, nos dice que uno de los autores favoritos de Dostoïevsky fué Jorge Sand, “quien le inició en una cantidad de problemas sociales”. — Según Dostoïevsky el asombroso movimiento político, literario y filosófico que conmovió al resto de la Europa desde 1830 hasta 1851, sólo fué conocido en Rusia por la novela y muy especialmente por las novelas de Jorge Sand: la apreciaron por sus romances y su humanitarismo. — Sergio Persky nos transcribe, a este respecto, algunos párrafos del propio Dostoïevsky: “Creo que tenía quince años cuando leí *François le Champi*, una de las más bellas entre sus primeras obras: recuerdo que estuve como calenturiento toda la noche... Jorge Sand no es un pensador, pero ha presentido con una perspicacia notable el porvenir más dichoso que está esperando la humanidad; toda su vida creyó con denuedo que esta idea

---

(1) “La vie et l'oeuvre de Dostoïevsky”--351 págs.--Ed. Payot, 1924.

se realizaría, justamente porque ella era capaz de realizarla dentro de su propio espíritu. Conservar esta fe hasta el fin es, por lo general, el signo de las grandes almas, de los verdaderos amigos de la humanidad"... (pág. 27). Estas palabras del célebre escritor ruso, que tomo del libro de Sergio Persky, demuestran que el renombre de Jorge Sand no se detuvo en los límites de la Francia. Es que las manos de la bondad se parecen a las manos del rey que en oro convertía cuanto tocaba: hay un corazón, un gran corazón, un apiadado corazón de mujer, un corazón inmensamente bueno, esparcido en las obras de Jorge Sand.

15. -**Consuelo.** — Después de *Le compagnon du tour de France* aparece *Consuelo* (1), que empieza a publicarse en 1842 y en la que nuevamente se nota la doble influencia de Goethe y de Leroux. Es un largo romance de aventuras por el estilo de *Wilhelm Meister*; pero donde gobierna como patrona de mucho imperio, la filosofía del autor de *La Humanidad*. — El prefacio confiesa "que el romance no está bien conducido; que frecuentemente, como suele decirse, camina sin rumbo; que carece de proporción". — Es que la autora, como de costumbre, empezó sin plan y continuó sin plan. — Lo reconoce, se arrepiente y declara: "La primera condición de las obras artísticas es el tiempo y la libertad. Me refiero a la libertad de volver sobre sus pasos, cuando uno

(1) "Consuelo", 3 tomos. — Ed. Calmann Levy.

se apercibe de que dejó la senda debida para meterse en una transversal; y también me refiero al tiempo que debiera reservarse para abandonar las sendas peligrosas y para volver al camino recto". — La creación espontánea, "la fiebre es buena, pero al artista le es preciso revisar, con el cerebro en reposo y antes de relatarlos en alta voz, los sueños que encantaron su divagación libre y solitaria". — El prefacio nos dice que la autora vió que era hermoso el asunto de aquel romance, por la potencialidad de los tipos, por la época y el país en que se desarrollaba la acción, por los accidentes históricos mezclados a la trama. — La lectura de la novela nos enseñará "muchas cosas que no son nuevas para los instruídos, pero que, al aproximarse, arrojan cierta luz sobre las preocupaciones y, por consiguiente, sobre el espíritu del siglo de María Teresa y Federico II, de Voltaire y de Cagliostro: siglo extraño, que principia con canciones, que se desenvuelve en bizarras conjuras y que concluye, por la virtud profunda de las ideas, en formidables movimientos revolucionarios". (I, página 3).— *Consuelo* es de poco valor, como todas las novelas de símbolo o tesis que produjo la Sand. No es su modo segundo el que le abre las puertas de la inmortalidad, a las que golpearon con más eficacia sus primeros romances, sus glorificaciones del adulterio, sus gritos contra la esclavitud de la mujer; y las que más tarde se harán abrir, pero de par en par, los idilios rústicos, las novelas geórgicas, los relatos encantadores de su tercer modo. — *Con-*

*suelo* es como una retorta donde la bruja de la imaginación remueve y combina lo más heterogéneo: el amor, la política, la fe religiosa, las cuestiones sociales, las ciencias ocultas, todo se atropella, todo se estorba, y todo se mueve con vuelo de pájaro de pasaje por aquel lienzo singularísimo. Es una charla, que a veces deleita y a veces fatiga, sobre lo divino y sobre lo humano, sobre lo concreto y sobre lo incorpóreo, donde hay metrópolis cultas, y ruinas medioevales, y palacios espléndidos, y panoramas rústicos, y juventudes llenas de gallardía, y monstruos con corcova, y cerebros sesudos, y dementes iluminados, y gentecillas ruines, y magnates bohemos, y canonesas de mucha devoción, y emperatrices de mucha celebridad. El libro es un mundo, un cosmos, un universo: es Venecia, donde viven Consuelo y Anzo, que van creciendo juntos en la pobreza, él con su hermosura de fauno joven y ella con su color de española de origen moro; que juntos recorren las lagunas en una barca abierta, sin remos ni piloto, ella casta y humilde, él soñador y con viciosas precocidades; que juntos cantan, ella con fuego y él indolente, ante la puerta de las capillas, en cuyas gradas los encuentra dormidos la luz del sol; que juntos celebran, ella en harapos y él en girones, aquellos festines inolvidables con un tallo de hinojo y una corteza de fruta de cidro; que juntos escuchan, ella atentísima y absorto él, al titiritero por cuyas figurillas el mundo conoció las fabulosas aventuras de Corisanda; que juntos suben por vez primera, ella como tiple y él como tenor, al escenario del

teatro de San Samuel; y que, él traidor por envidia y ella desencantada por aquella traición, dividen sus destinos, como si, de pronto, empezasen a navegar en dirección distinta las dos estrellas del alfa del Centauro. — El libro es un mundo, un cosmos, un universo: es la granja castillo perdida en un ramal de la abrupta cordillera de los Cárpatos, donde mora Alberto de Rudolstadt, el iluminado; el que tiene el don de la doble vista; el que ve y entiende lo que ningún otro puede ver ni oír; el que sufre de letargo y de catalepsia; el que dice que el cielo debió engendrar buenos y compasivos a todos los hombres; el que declara que la riqueza es una usurpación y que la penuria es una injusticia; el que sostiene que los pontífices, aliados de los reyes, y los obispos, reos del pecado de lujo, y los abates, con su espíritu mundanal, y todos los eclesiásticos con su ambición no merecen excusa, sino vilipendio; el que cree haber vivido diversas vidas, siendo cruzado hace doce siglos y haber sido también, pero hace un siglo solo, su abuelo Ziska, el ciego espantable que quemaba aldeas y que colgó de las ramas de un roble a veinte religiosos de la comunidad de San Agustín; el que comulga en los altares de Satán, patrono de los humildes, aliado de la hija del pueblo y del niño expósito, arcángel que proclama la igualdad de los hombres en las miserias del sufrimiento y en las dichas de la carne, arcángel que no maldice a lo terrenal y aparentemente percedero, arcángel cuya figura dolorosa es para sus devotos y apologistas la hermana de las doloro-



sas figuras del Prometeo de Júpiter y del Cristo de Jerusalén, arcángel que grita en el fondo del ccazón de la multitud y desde la primera mañana de su historia: ¡Humildes de la tierra, buscad la felicidad porque os es debida, y si la exigís, si no renunciáis torpemente a ella, en verdad os digo que la obtendréis!—El libro es un mundo, un cosmos, un universo, donde se encuentran Consuelo y Alberto que la enamora y quiere desposarla, pero aquélla no sabe si su corazón es del iluminado, si el amor purísimo del conde bohemio podrá más que el amor del veneciano hermoso,—del que se extasiaba ante lo morisco de sus pupilas, el tinte de su tez, la forma de su brazo, la gracia de su andar, —y duda con motivo, porque la imagen que en sueños se le aparece no es la del noble de guedeja oscura y sí la del tenor de cabellos rubios; no es la del héroe de las encarnaciones ensangrentadas y sí la del mozo con quien se columpió feliz en las lagunas, en una barca abierta, cantando canciones con ritmos de ola, cuando el argénteo redondel de Diana se deshacía en nieve luminosa sobre San Marcos. — El libro es un mundo, un cosmos, un universo: allí la heroína, que no quiere casarse sino enamorada, huye del castillo de los Rudolstadt, emprendiendo a pie un viaje a Viena, y en ese viaje tropieza primero con José Haydn, el creador de la sinfonía, el futuro maestro de Mozart y Beethoven, quien le cuenta la historia de su vocación, se ofrece a acompañarla, la aconseja que se vista de hombre y le cede su traje más hermoso, su traje de repuesto; y tropieza, después,

con un señor Mayer, que persigue a los desertores del prusiano ejército con crueldad felina y quiere apoderarse, para alistarlos en alguna de las charangas del ejército aquel, de los jóvenes vagabundos, de la tiple afamada y el pichón de músico, cuyas dotes artísticas no se le ocultan; y tropieza igualmente con el barón de Trenk, que existió en realidad y fué cortesano del gran Federico, quien la liberta del yugo de Mayer, con la ayuda de Hoditz, conde y esposo de la ilustre princesa de Culmbach; y así, de peripecia en peripecia y de encuentro en encuentro, después de burlarse del conde que descubre su sexo y quiere seducirla, nuestra cantante llega a la famosa capital de Austria.— El libro es un mundo, un cosmos, un universo: por allí pasan el maestro Porpora, el que enseñó a Consuelo el arte del canto y el que enseñó a Consuelo “que un comediante no es un hombre, sino una mujer, que vive de vanidad enfermiza, que sólo sueña en satisfacer su vanidad, que no trabaja sino para embriagarse de vanidad, que le ofende la belleza de una mujer, que el talento de una mujer le mortifica, que una mujer es su rival o mejor que él es la rival de una mujer, que tiene todas las pequeñeces, todos los caprichos, todas las exigencias, todos los ridículos de una coqueta, y que así son la mayor parte de los hombres de teatro”; por allí pasan músicos plagiarios como Buononcini, sopranistas como el fatuísimo Caffariello, y abates como el abate Metastasio con sus célebres pastorales y sus no menos célebres libretos de ópera; por allí pasa el jefe de una pandilla de

salteadores, de una horda de croatas, — astuto, intrépido, rapaz, con su manto de grana fina sujeto por un broche de encendidos rubies,—de ademán insolente y aspecto horrible, desfigurado por la explosión de un barril de pólvora, — que descuartizó viejos y estranguló niños, sembrando la ruina, la desolación, la deshonra, la muerte y el incendio por todos los lugares de la Bohemia; por allí pasa María Teresa, “demasiado política para tener amantes y demasiado absoluta para tener amigos”, que sólo consiente que pisen las tablas de sus teatros artistas honestas, con prole legítima y esposos de verdad; por allí pasan los incidentes de un viaje de la tiple a Prusia, y por allí pasa la ceremonia de un desposorio: Alberto moribundo consigue que la heroína de la novela le acepte por marido, convirtiéndose así Consuelo la gitana en la condesa viuda de Rudolstadt. En esta larga serie de aventuras, lo que interesa no son los episodios: lo que interesa es la verdad con que están retratadas las gentes de teatro y el modo de ser espiritual del conde bohemio. Este entiende que si la tiple no acepta el matrimonio que le propone, él de nuevo se encarnará sobre la tierra, pero maldito y desesperado, porque Juan Ziska, el ciego abominable, no olvidará sus crímenes, en ninguna de sus encarnaciones, mientras no deje de ser el hermano y no se convierta en el amante de Wanda Ziska, una monja que ultrajó la lascivia de un fraile sacrílego. Sin el ultraje sufrido por Wanda, no existirían los crímenes de Juan, que mató y quemó para vengar la afrenta inferida a la monja por el fraile libidi-

noso,—y como Consuelo es una encarnación del espíritu de Wanda del mismo modo que Alberto es una encarnación del espíritu de Juan, las bodas terrenales de Alberto y Consuelo harán que se encuentren, se reconozcan y se desposen en la eternidad los espíritus de Juan y de Wanda Ziska. (III, pág. 388) — No me avergüenza manifestar por tercera vez, que no entiendo la metafísica que Pedro Leroux le enseñó a Jorge Sand. No entiendo, en consecuencia, por qué Juan Ziska, para salvarse, necesita que se trasmute su cariño fraterno en amor conyugal, y si puedo admitir que Alberto se imagine que es la encarnación del espíritu del ciego rencoroso, no veo el motivo para que la pobre Consuelo sea la encarnación del espíritu de la monja violada. — *La condesa de Rudolstadt*, segunda parte de *Consuelo*, sólo tiene dos tomos; pero le bastan a la Sand para trazar algunos retratos históricos, para entretenernos con las ciencias ocultas y para aburrirnos con los trampantojos y los medios de aterrorizar de que se sirve, en aquel romance, una sociedad secreta, una logia masónica, un círculo llamado los Invisibles. — Gustaron poco, por falta de interés y por sobra de metafísica, aquellos dos romances a modo de Goethe y también a modo de Ana Radchiffe. Hay, sin embargo, páginas muy bellas en la primera mitad de *Consuelo*.

- 16.-Eugenio Süe y la novela social. — En cuanto a sus novelas humanitarias, — género que inició su fecundo numen, — responden a las esperanzas, pero no a los enconos de la multi-

tud. Mientras ella le pide al sentimiento dulcísimo del amor, al sentimiento de la fraternidad humana, que perfeccione y apacigüe las sociedades, el folletín se pone en contacto con el alma del pueblo, se apodera del espíritu de las fábricas y de los suburbios. ¿Por medio de la verdad? No, de ningún modo; ¡si la augusta verdad yace todavía en lo profundo del pozo donde la sepultaron las hadas de la imaginación y los duendes del ideal! Julio Marsan (1) nos dice lo que eran aquellos folletines: "Decoraciones cepilladas sumariamente, algunas escenas de seguro efecto y de las que el público no se cansa jamás, escenas de la calle o del taller; barricadas en los arrabales, chiribitiles o prisiones; algunos personajes bien definidos, héroes hermosos y parlanchines o francos criminales; algunas ideas sencillas y de lisonja para la multitud; horror de la iniquidad social, confianza en la bondad ingénita del hombre, compasión inagotable para todos los míseros... No hay grandeza sino en los humildes; sólo son nobles los necesitados; la virtud no existe sino al margen del código; lo más frecuente es que sean víctimas los que nosotros llamamos criminales, y que entre los prófugos de presidio se encuentren discretos y santos: esto es lo que se llama filosofía social hacia 1840". (2da, pág. 155). — Por todas partes reinan lo hipócrita y lo corrupto; sólo es compasiva el alma del pueblo; el alma burguesa es únicamente repugnante egoísmo. —

(1) "La bataille romantique", dos series, Ed. Hachette.

Sigue Marsan: "Implacable como la conciencia popular, el romance castiga estas flaquezas y, hablando en nombre de la virtud, no hay cuadro repugnante que le sea interdicto. Abunda en compasión para las víctimas del mundo y de la ley: el niño abandonado, la joven virgen ex-  
piando una falta que no es la suya, el infeliz sobre el que gravita para siempre el peso de un primer error, la inocencia seducida y traicionada. A la prostituta misma le testimonia una simpatía, — muy romántica aún... Es cierto que esta simpatía está obligada a ciertas restricciones. En las intrigas contemporáneas, sin los faralás del drama histórico y el prestigio del verso, la indulgencia no puede ir hasta la completa rehabilitación: esto sería chocar a la vez con la verosimilitud y con la moral; pero, a lo menos, es permitido enternecerse sobre ella, tenerle compasión, buscar las profundas causas y los verdaderos responsables de su caída, dejándole, hasta en la abyección, la nobleza de un sentimiento puro y generoso: la prostituta puede rescatar su infamia por el amor materno, como Lucrecia Borgia". (2da, pág. 156). — El representante más alto de la filosofía social entendida así, el rey de este género de folletines, es un elegante, un rico, un hombre que no siente como la multitud, que no vive la vida de la multitud, que no está en contacto con la multitud: Eugenio Süe, nacido en París el 10 de diciembre de 1804 y muerto en Annecy el 3 de agosto de 1857. Estudió medicina, fué médico de la armada francesa, representante del pueblo en 1850 y

uno de los desterrados por la crisis de 1851. Empezó escribiendo novelas marítimas a lo Fenimore Cooper — algunas muy hermosas, — y concluyó publicando sus grandes folletines *Los misterios de París*, *El judío errante*, *Martin el expósito*, *Los siete pecados capitales*, y la *Historia de una familia a través de los siglos*. — ¿Quién no ha leído *Los misterios de París*? ¿quién puede olvidarlos? ¿quién no recuerda la noche de lluvia y de viento en que se baten a puño limpio Rodolfo y el Acuchillador? ¿quién no recuerda a Flor de María, martirizada por la Lechuza y al sanguinario, al hercúleo, al horrible Maestro de Escuela? ¿quién no recuerda el enorme infortunio de los Morel? ¿quién no recuerda el castigo que la diabólica hermosura de Cecilia impone al hipócrita y avariento y lascivo Claudio Ferrand? ¿quién no recuerda el culto lleno de abnegaciones de la Loba por el valiente hermano de Calabaza, y el ridículo modo como Pomona refiere las pesadumbres que a Pipelet le causa el estudiantil ingenio de Cabrión? ¿quién no recuerda el ensueño de orgullo de Sarah Mac-Gregor; los amores y los canarios de la dulce Alegría; la maldad del Cojuelo; el suicidio de Harville; el cuento aquel en que Picavinaigre se sirve de una mosquita verde y dorada para salvar a Gringalete de la iracundia feroz de Tajavivos; la romántica historia del médico David; las caballerescas lealtades de Gualterio Murph, y la trágica muerte del Acuchillador, asesinado por el Esqueleto, en un día de Carnaval y junto al carruaje en que se aleja

de París el filantrópico archiduque Rodolfo de Gerolstein? — ¿Quién no conoce la novela titulada *El judío errante*? ¿quién no recuerda al viejecito sórdido, mal vestido, siniestro, devorado por la ambición, que se llama Rodín? ¿quién no recuerda los crímenes que comete para que la inmensa fortuna de Rennepont caiga en poder de la Compañía de Jesús? ¿quién no recuerda que Gabriel, sacerdote y uno de los siete herederos, hace donación entera y absoluta, por documento público, de todos sus bienes, sean cuales fueren su origen y su importancia, a la famosa orden que fundó Ignacio de Loyola? ¿quién no recuerda la pintura de los lúgubres episodios a que dió ocasión el cólera que azotaba a París? ¿quién no recuerda a la pantera llamada la Muerte y al caballo Jovial, al buen Dagoberto y al bárbaro Morok, a Francisca Baudoin y a la pobre Mayeux? ¿quién no recuerda que Rodín no es el brazo, pero sí la implacable voluntad que asesina a seis de los herederos de Rennepont? ¿quién no recuerda que Poca Ropa, el amante de la reina Bacanal, creyéndose traicionado por ésta, le pide al alcohol el gozo del olvido, hasta perecer en una lidia, a quien bebe más, con uno de los subalternos feroces de Rodín? ¿quién no recuerda que Francisco Harly, el probo y el noble manufacturero, también por desventuras del corazón y obediente a las místicas sugerencias del mismo Rodín, parte para morir ascético y extático en la soledad del refugio de San Herém, que pertenece a la celebrísima orden de Jesús? ¿quién no recuer-



da que la señora de San Dizier, cómplice de Rodín, les da a las inocentes Rosa y Blanca Simón el pérfido consejo de que visiten el hospital de la calle de Monte Blanco, donde el cólera concluye con sus vidas, que fueron por lo mucho de su candor como las plumas de las alas de nieve del más purísimo de los arcángeles? ¿quién no recuerda que Adriana de Cardoville, con sus quince años, con su blancura que el marfil envidia, con el brillo de sus ojos enormes y oscuros, con lo bermejo de su cabellera que rememora a las mujeres de Leonardo de Vinci, hace que delire de amores y se consuma de ardiente idolatría el príncipe Djalma? ¿quién no recuerda que Rodín logra que culminen los celos de aquel gallardísimo tigre javanés, haciéndole asistir a la cita nocturna de una joven, que se parece a Adriana, con el hijo menestral y poeta de Dagoberto? ¿quién no recuerda que el cuchillo de Djalma asesina a la joven; que el príncipe delirante, creyendo haber muerto a su ídolo rubio, se envenena con un veneno mortal; y que Adriana sigue el ejemplo del mozo, perdiéndose en la noche de lo infinito con la boca del príncipe hundida en la larga cabellera de fuego que nos hace pensar en Leonardo de Vinci? ¿quién no recuerda que Samuel, el guardián de la fortuna de Renepont, prende fuego al tesoro cuando van a tomarle las manos de Rodín, que muere emponzoñado por Faringhea, un estrangulador de la isla de Java y uno de los adeptos más decididos de la orden de Loyola? ¿quién, por último, no recuerda que lo mísero del salario de la mujer

encontró un severo fiscal, — y que la organización de casas comunes de trabajadores encontró un paladín ardiente en la novela denominada *El judío errante*? — ¿Quién no ha leído *Martín el expósito*? ¿quién no recuerda el circo de La Lebrase, con su ciclópea tía Mayor y con su bondadoso Leonidas Raquín, el hombre pez, que sabe de griegos y de latines como Aristóteles y como Séneca? ¿quién no recuerda a Basquine la rubia, la amante de Bamboche, la amiga de Martín? ¿quién no recuerda a la triste Bruyére y a la dulce Rafaela, traicionadas cínicamente por Escipión? ¿quién no recuerda las lascivas extravagancias del opulento duque de Castleby y el odio a los míseros, a los sin fortuna, del también opulento conde Duriveau? ¿quién no recuerda que Escipión, el hijo del conde, muere a las manos de su propio padre, y que Bamboche, por afecto a Martín, se acusa de ser el asesino del burlador de la caritativa y hermosa pavera de la granja del Gran Enebro? —¿quién no recuerda el suicidio de Basquine y Bamboche, y quien, en fin, ignora que el romance se inspira en el principio de la fraternidad humana y defiende las conveniencias de la asociación?—Los folletines de Eugenio Süe no son más verídicos, pero son mucho más interesantes que las novelas humanitarias de Jorge Sand. Esta es más idealista, aquél está más cerca del realismo; la una trata de embellecer siempre a la verdad, el otro le pone manchas leprosas a lo inverosímil; en las novelas de la una no hallaréis verdaderos criminales, el otro pinta con fruición a lo que se refugia en los subterráneos más

lóbregos del hampa; la una es más sincera y más literaria, el otro es más efectivo y más truculento; la una todavía atrae la atención de los críticos, el otro está completa e injustamente olvidado. No importa; el público grande, el público que gusta de la emoción, no piensa como la crítica, y yo que soy público, cuando me recomiendan alguna obra muy pulida, muy trabajada, pero que no se puede leer sino a pedacitos, a razón de dos páginas por noche, pienso en las lecturas de mi niñez, en las noches enteras que pasé entonces devorando páginas y más páginas, siempre con interés, siempre agitado el ánimo y tirantes los nervios, siempre con algún anhelo romántico y noble, anhelo de sacrificio y de bondad, que empezando en el corazón llegaba hasta el cerebro como una caricia de vivificadora lumbre solar. El amanecer me sorprendió muchas, pero muchas veces, recorriendo figones como el figón de la tía Pelona y casas como la casa de la calle del Templo, en busca de entuertos que enderezar y agravios que desfacer y pecadores que redimir, con el príncipe soberano de Gerolstein. Ya sé que valen poco como literatura académica y ejemplar aquellos folletines; pero también sé que hay páginas pintorescas, retratos admirables y episodios conmovedores en las obras de Süe. Sé que, por otra parte, aquellos folletines, como las novelas de Jorge Sand, sirven para la apreciación de las ideas en curso durante un período histórico interesantísimo, el período que va desde la caída del antiguo régimen, en Julio de 1830, hasta que nace el segundo imperio con

el golpe de Estado de 1851. No se me oculta ni lo falso de los asuntos ni lo falso de las antítesis: no se me oculta que ni todos los mendigos son canonizables ni son todos los poderosos dignos de un grillete, como no se me oculta que, digan lo que digan Lelia y Basquine, no es la sociedad la única culpable del hastío de ambas, ni puede acusarse sólo a la sociedad de los delitos de Trenmor y Bamboche. Repito que sé que hay mucho de exagerado, de teatral, de antiestético, de pernicioso en aquellas prédicas y aquellas intrigas; pero me parece torpe y ridículo negar el interés con que fueron leídas por todas las clases, como me parece torpe y ridículo negar la influencia que necesariamente debieron ejercer sobre la multitud las máximas de fraternidad y de asociación, las máximas que promulgan que el rico tiene deberes para con el pobre y que ninguno tiene derecho a lo superfluo mientras no tengan todos lo necesario, las máximas que son como el túetano del asunto de *El judío errante* y *Martín el expósito*. El pesimismo y el odio a las clases privilegiadas son también los númenes de Federico Soulié, que nace en 1800 y muere en 1847. Dirige, para asegurarse el pan cotidiano, una carpintería mecánica; pero consagra las horas de sus noches al cultivo de la literatura. Publica un libro de versos amorosos, que nadie lee, y le silban, con encarnizamiento, dos obras de teatro; pero, al fin, consigue imponerse al público, siendo dos triunfos, dos triunfos ruidosos, su novela *Les Mémoires du Diable* y su drama *La Closerie des Genêts*. Aquella

novela, más que una novela, era una serie de romances no sin interés y vinculados los unos a los otros. El barón Armando de Luizzi, en su castillo de Ronquerolles, evoca al diablo y se obliga, por escrito, a pertenecerle siempre que el rey del báratro le muestre al desnudo "las pasiones, las esperanzas, las alegrías, las amarguras, el secreto de la existencia de los demás hombres". El diablo suscribe el compromiso, pero impone una cláusula: cada vez que el barón interrumpa sus historias o no quiera oirlas, le entregará una moneda mágica equivalente a un mes de su vida. Esas monedas están en una bolsa que, para extraerlas, se deja abrir; pero que no se deja abrir para contarlas. El compromiso durará dos lustros, menos los meses representados por las monedas que de la bolsa saque el barón. Para que comprendáis la índole de la novela, extractaré algunas de sus narraciones. La condesa de Crancé es la querida del marqués de Val. El conde desconfía y su mujer se asusta, porque le sabe "terco lo mismo que un burro gris y malo lo mismo que un burro rojo". En su confusión le dice, para desorientarlo, que el marqués pretende a su hija Lucía. El esposo conoce que le mienten; pero, creyendo salvar su orgullo y su honor, apresura aquella especie de incesto y deja que su propia hija se sacrifique casándose con el querido de la madre aterrada. Serac, el verdadero novio de Lucía, entra en un seminario y se hace sacerdote; pero años después, aleccionado en todas las lujurias por una cortesana, el abate Serac consigue acercarse de nuevo a la que fué su

novia, la embriaga, la embrutece, triunfa de su virtud, y la marquesa, para olvidar su falta, convierte la embriaguez en costumbre, el delirio en consuelo, la locura en refugio. Así, convulsa, aturdida, frenética, sin saber lo que hace, se arroja en los brazos del barón de Ronquerolles. El suicidio concluye con la infeliz Lucía. Ya sabéis la opinión de Soulié sobre la nobleza: ellas, unas viciosas, y ellos, unos bribones. Cada vez que os pinta un aristócrata, real o advenedizo, os lo pintará así: así os pintará al marqués de Vaucloix y así a la baronesa de Bergh. Y ¿las damas burguesas? Escuchad: Hortensia Buré, en un viaje y sin decir su nombre, se entrega al oficial Ernesto Labitte, haciéndole jurar que no intentará, después de aquel momento de locura, volver a encontrarla. Labitte, faltando a su juramento, logra visitar la fundición de hierro de que es propietario y director Buré. Este le presenta a su esposa, que no se inmuta, que sonrío al mozo, que le invita a comer y que, cuando el oficial le pregunta si le perdona su atrevimiento, responde insinuante que aquella noche le esperará en un pabellón situado en un extremo del jardín de la fábrica. Ernesto acude a la cita, llama con sigilo a la puerta del pabellón, una voz le dice que escale la ventana y, cuando lo hace así, “sintió que se apoyaba en su frente como un anillo de hierro”. — “Es usted un infame, pues faltó a su palabra”, murmura rabiosa la voz de la viajera, se oye un pistoletazo y, al día siguiente, encuentran, al pie de la ventana, el cadáver de Ernesto. La señora de Buré es la representación de las

burguesas casadas; Julieta Gelis, un lindo cuerpo de líneas ondulosas que pertenece a todos, es la representación de las señoritas burguesas. Y ¿los burgueses? Unos bellacos, como el banquero Durand, como el capitán Ridaire, como el bufón Ganguernet, como el notario Litois. — El diablo, cuyas declamaciones líricas y sociales interrumpen minuto a minuto la acción de la novela, es un tahur, un fullero, que utiliza todas las artimañas posibles para robarle días y meses al barón de Ronquerolles, quien dice al morir: “He querido apoyarme en todas las cosas de este mundo, y todas se han roto entre mis manos, porque están podridas por el vicio; he querido conocer la verdad, y la verdad sólo ha sido para mí un cuadro odioso y repugnante; he tendido la mano a cuantos he encontrado en mi camino, y la mano de los dichosos ha destrozado la mano que les tendía, mientras la mano que les tendía pareció destruir a todos los desgraciados a quienes he querido socorrer”. — El barón, en su último instante, dobla las rodillas y junta las manos volviéndose a Dios; pero suena el tañido de una campana y el alma del barón pasa a ser propiedad del espíritu de las tinieblas, en tanto que desaparece el castillo de Ronquerolles, y queda en su lugar un profundo precipicio, al que los aldeanos llaman el Hoyo del Infierno. — Eugenio Poitou, citado por el catedrático José Deleito y Piñuela (1), nos dice en *Du roman et du théâtre*: “Otro narrador de

(1) El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea. — 446 págs. Ed. Minerva.

este tiempo, Federico Soulié, parece haber querido disputar a Eugenio Süe el dominio de lo horrible. *Las Memorias del Diablo, Las cuatro hermanas, Los dramas desconocidos*: basta recordar el título de estas novelas. Es siempre la misma historia bajo títulos diferentes; siempre el mismo cuadro con marcos poco variados; es decir, el mundo pintado como una caverna de bandidos, la sociedad representada por una reunión de bribones y de gentes burladas, de víctimas y de verdugos; todas las mujeres, adúlteras; todos los hombres, viles o feroces; un increíble amontonamiento de crímenes posibles e imposibles, de horrores inverosímiles, de depravaciones sin nombre. Para Federico Soulié, como para Eugenio Süe en sus primeras novelas, la ley de este mundo es el triunfo del mal. El vicio reina aquí abajo. Más aún: a creerlos, la dicha y la estimación social de que goza un hombre, está en razón directa de su corrupción" (pág. 119). — Podríamos agregar, a las novelas citadas por Poitou, *El magnetizador, Los dos cadáveres y Las cuatro épocas*, también de Soulié; pero nada de lo producido por su pluma romántica, tuvo la influencia ni alcanzó la celebridad de las obras de Süe. — No todo es deleznable en la segunda de las maneras de Eugenio Süe: literariamente considerados son mejores sus romances marítimos; pero como influjo social e interés de lectura valen más las obras folletinescas de su segundo modo. El influjo de Jorge Sand, en cambio, es grande en todas sus variadas maneras, porque hay en ella como



una absorción de humanidad; el momento que vive se refleja en su obra; es ésta espejo que reproduce, pero hermosteándolos, los paisajes, los episodios, las tendencias del mundo exterior a medida que se van presentando y desenvolviendo, es decir, a medida que la impresionan, la seducen, la apiadan o la convencen. Por eso, porque es una lira que tañe la mano del minuto que pasa, representa su obra la juventud, la edad viril y la decadencia del romanticismo, con todas sus rebeldías pasionales, con todos los extravíos de su imaginación, con todas sus dudas filosóficas y con sus aspiraciones humanitarias. — El sueño generoso de la Sand terminó como todos los sueños. Deliró de alegría con el advenimiento de la república. Le escribe a Girard (1) el 6 de marzo de 1848: "La república es la mejor de las familias y el pueblo el mejor de los amigos". — El 9 le escribe a Poncy: "He pasado muchas noches sin dormir, muchos días sin sentarme. Se está como loco, se está como enfermo, se está como ebrio y se es feliz de haberse dormido en el fango y de haberse despertado en los cielos. El gobierno está compuesto de hombres excelentes en su mayor parte; pero todos algo incompletos e insuficientes para una tarea que demandaría el genio de Napoleón y el corazón de Jesús". — El 24 del mismo mes de marzo le escribe a su hijo: "Todos los días y en todas partes se plantan árboles de la libertad. Ayer he encontrado tres en tres calles distintas, pinos inmensos llevados sobre las espaldas de

(1) "Correspondance".—Ed. citada.

cincuenta obreros. Al frente el tambor, la bandera y grupos de estos hermosos trabajadores de la tierra, graves, coronados de follaje, con la pala, el azadón o la segur apoyada en el hombro. Esto es magnífico..." — No le bastan las cartas: su entusiasmo necesita más confidentes. Escribe y publica <sup>(1)</sup> el 3 de marzo de 1848, una proclama a la clase media, invitándola a fraternizar con el pueblo: — una carta al pueblo el 7 de marzo para decirle que la ley de la humanidad es que la verdad sólo se halla con el concurso de todas las voluntades, que la ley del aislamiento era el régimen de la separación de los derechos y de los intereses, y que el aislamiento no puede ser el régimen de la república, que obedece a la ley de la humanidad. — El 19 del mismo mes publica una segunda carta al pueblo, afirmando que el alza del salario y la disminución de las horas de tarea no significan sólo el aumento del bienestar físico del proletariado, porque lo que el pueblo quiere principalmente es el pan del alma, es la luz, la instrucción, el tiempo para leer y meditar, para el intercambio de ideas entre los hombres. Antes, el 12 de ese mismo mes, se dirigió a los ricos, para afirmar en letras de molde, que el aparente miedo de la aristocracia a la idea comunista es sólo un pretexto para combatir las aspiraciones populares: no, el pueblo no es comunista aún; "pero antes de un siglo lo será la Francia". Y agrega: "El comunismo es el verdadero cristianismo, y una religión de fraternidad no amenaza ni

(1) "Questions politiques et sociales, 356 págs. Ed. Calmann Levy, 1879.

la fortuna ni la vida de las personas; ningún órgano comunista ha protestado contra las leyes que rigen la propiedad legítima y la santidad de la familia". — En abril ya cambia el aspecto de las cosas: el 17 le escribe (1) a su hijo para manifestarle que cree que "la República ha sido muerta en su principio y en su porvenir, cuando menos en su porvenir cercano". El 19 le vuelve a escribir más desencantada, quejándose de la poca seriedad de Ledru Rollín y de lo moderado de la política de Lamartine; agrega que se conspira mucho, y que los partidos tratan de amedrentarse los unos a los otros. — Se elige una asamblea constituyente de acuerdo con el principio del sufragio universal, pero el 4 de mayo explotan las ideas socialistas y estalla una formidable revolución el 23 de Junio. Durante cuatro días la lucha intestina ensangrienta las calles de París. El general Cavaignac asume la dictadura, las ideas avanzadas no logran imponerse, se dicta la constitución de noviembre de 1848 y en el mes que sigue es electo presidente de la república el príncipe Luis Napoleón Bonaparte. ¿Para qué continuar? Se inicia la reacción contra las ideas republicanas por los viejos partidos monárquicos y se produce, en contra de aquéllas y en contra de éstos, la crisis del 2 de diciembre de 1851. Prisiones, destierros, disturbios en el interior, una presidencia con poderes dictatoriales y al fin... el imperio. Y la novelista, enterrando su sueño generoso en lo profundo de su corazón, se refugia en Nohant.

(1) "Correspondance". — Ed. citada.

## III

## SUS OBRAS MAESTRAS

- 17.-Los idilios rústicos. — Son sus obras maestras, lo más duradero y lo más hermoso que produjo su pluma, Pellissier (1) dice: “Lo que quedará de Jorge Sand son sus pastorales, son algunas sencillas y conmovedoras historias de amor que tienen por marco a la naturaleza”. (pág. 243). — “Ella es por excelencia el pintor de los campos”. (pág. 244). — Emilio Faguet (2) dice, hablando de los romances de su tercer modo: “¡Y cómo al contrario de las otras obras de nuestro autor, están compuestas aquellas novelas! ¡Cómo los paisajes, las escenas, los diálogos y los caracteres guardan la proporción debida, sin que ninguno les robe terreno a los demás! ¡Cómo se saborean las descripciones sin apercibirse de que son descripciones, tan bien mezcladas están al relato y tan necesarias resultan a la obra! Es que Jorge Sand, entre todos nuestros pintores de la naturaleza, ocupa un lugar muy aparte por su originalidad exquisita. Tiene de la naturaleza como un conocimiento íntimo, como una sensación familiar. Recuerda, bajo este punto de vista, a La Fontaine”. (pág. 397). — Faguet agrega que Jorge Sand no ve de lejos y

(1) “Le mouvement littéraires”.--Ed. citada.

(2) “Dix-neuvième siècle, Etudes littéraire”. Ed. citada.

desde lo alto como Chateaubriand; ni presta a las cosas naturales sus propios sentimientos, haciéndolas vivir de su vida, como Lamartine y Hugo. Ella vive de la vida de los objetos, "dejándose penetrar e invadir", — completamente pasiva, — "sin aquella afectación a confundirse y a perderse en el mundo material que es el defecto de sus imitadores". (pág. 398). Jorge Sand para mí, — y como pintor de la naturaleza, — es el más feliz, el más sincero y el más caracterizado de todos los discípulos de Rousseau. — La Sand ya en 1844 adivinó y tanteó el tercero de sus modos con *Jeanne* (1), que es la historia de una campesina joven, rubia, blanca como "l'aster des prés", y cuya blancura hacen resaltar unos tintes de rosa que se parecen a los tintes de la flor del agavanzo o escaramujo. Juana es buena, paciente, trabajadora, un poco arisca, no sabe escribir, y cree en las "fadas" espíritus celéstes unos y diabólicos otros, "que nos aman o nos odian y que nos mantienen en el bien o nos arrojan en el mal", según sea divina o satánica la índole de la fada a cuyas órdenes nos pongamos. Juana, a pedido de su madre Tula, ha hecho tres votos, — el de no casarse, el de pobreza y el de humildad, — sobre el dolmen, sobre el monumento druídico o céltico, sobre la piedra legendaria de Ep-Nell. El primero de los votos de Juana tiene por enemigo el amor que inspira con su hermosura a Guillermo de Boussac, un noble melancólico;

---

(1) "Jeanne", 477 págs. Ed. Nelson.

a Sir Arthur Harley, un millonario excéntrico, y a León Marsillat, una sombra empequeñecida de Lovelace o de Richelieu. El último, el libertino, conduce a la joven, por medio de un engaño, a un castillo en ruinas, donde su deseada consigue, porque ella se arroja valientemente a un foso o precipicio desde una de las ventanas de la torre de Montbrat. Juana, a consecuencia del salto terrible, muere poco después, diciendo entre otras cosas: — “Oh, mi Dios, allí está la gran fada, delante mío; ¡qué blanca es! Alumbra como el sol... ¡Tiene, bajo sus pies, el buey de oro!...” — Jorge Sand, como nos dice en la noticia preliminar de su novela, se propuso pintarnos a “una hija de los campos soñadora, severa y sencilla”, es decir, un infinito candor espiritual que engendrarse o produjese un sentimiento profundo y una vaga meditación, una meditación sin estabilidad, en la que las ideas no se formulan, no toman cuerpo, no se concretan o circunscriben. Esta “mujer primitiva, esta virgen de la edad de oro”, la autora sólo podía encontrarla “sobre un páramo, sobre una tierra primitiva que lleva los estigmas misteriosos de nuestra más remota civilización”. — Y en uno de “aquellos rincones sagrados por los que el arado no pasó jamás; en que la naturaleza es salvaje, grandiosa o embotada; en que la tradición está todavía de pie; en que el hombre parece haber conservado su tipo galo y sus creencias fantásticas, es que la autora fué a buscar y encontró a su supersticiosa y analfabeta “virgen de Holbein”, a su “ignorada Juana de Arco”.

— La Sand agrega, en la nota prefacio, que no se atrevió a pintar a la heroína “en su verdadero medio y a circundarla exclusivamente de personajes rústicos en armonía con la medida, bastante limitada en literatura, de sus ideas y sentimientos”; pero lo que no se atrevió a hacer en 1844 lo hizo de un modo magistral, dos años después, en *La Mare au Diable*. — Sainte-Beuve (1), llama “verdaderas geórgicas” a los romances campesinos de que voy a tratar, y dice que, al leerlos, parece que “se entra en un oasis de verdor, de pureza y de frescura”. (I, pág. 352). También dice que son “una serie de cuadros de una riqueza y de una delicadeza incomparables”. — Refiriéndose especialmente a *La Mare au Diable* la califica de “idilio encantador”, encontrando que algunas de sus escenas no tienen nada que las iguale o que las supere en ningún idilio antiguo ni moderno. (I, pág. 358).

18. -*La Maré au Diable*. — (2) Germán cede a la firme voluntad de sus suegros, los padres de la que fué su compañera dulce y hermosa, que le importunan para que la reemplace sin olvidarla. Es necesario que otra mujer se ocupe de los tres hijos que dejó la muerta, y los suegros proponen, como reemplazante, a una viuda no fea, de más de seis lustros, poseedora de algunos bienes raíces y que vive en un pueblo cercano a la granja. ¿Cómo es Catalina Leo-

(1) “Causeries de lundi”, 11 tomos. Ed. Garnier, 1857.

(2) “La Mare au Diable-André” etc. 377 págs. Ed. Manz, Viena.

nard? El joven no lo sabe, y para conocerla resuelve no hacer toda la faena del sábado, salir de la alquería a las dos de la tarde, y, aprovechando la bondad del camino y la noche de luna, recorrer las tres leguas que lo separan del pueblo donde vive la novia presunta. El domingo no trazan surcos aquellos cuatro pares de bueyes, de pelaje negro con reflejos rojos y de testuz rizada como la testuz corta del turo indomable; el domingo no se uncen aquellos cuatro pares de bueyes, de movimientos bruscos y ojos feroces, cuyo vigor redobla, cuyos arres-tos calma y cuyas fatigas consigue divertir el canto antiquísimo, el canto solemne, el canto melancólico de Germán; el domingo no agui-jonea a las cuatro yuntas de bueyes jóvenes, — haciendo rechinar los yugos y coyundas atadas a su frente,—el primogénito del labrador, aquel niño de seis a siete años, aquel niño más hermoso que un ángel, y que rememora, con la corderina sobre las espaldas, a las imá-genes del San Juan Bautista de los pintores del Renacimiento. — Germán sabe que las mu- jeres de la comarca encuentran viejo, para casarse, al hombre que ha cumplido los treinta años; pero, aunque le pesa la soledad, le asusta el frío matrimonio que le proponen y le parece que no hay hueco en su corazón para aquella novia desconocida. “Se decía vagamente que el amor hubiera podido consolarlo, viniendo a sorprenderlo, porque el amor no consuela de otro modo. No se le encuentra cuando se le busca; viene a nosotros cuando no lo espera-mos”. (pág. 26). — La madre Guillette, una



pobre muy pobre que habita una choza a unos dos tiros de fusil de la granja, tiene una hija que va a colocarse como pastora en una hacienda próxima al pueblo donde vive Catalina Leonard. La madre Guillette se separa con pena de su María; pero ya la luz del otoño broncea las hojas, el invierno viene, y la pobreza se hará mayor. El invierno se anuncia tan rudo como largo, "porque se ha visto, este año, a las grullas y a los patos salvajes atravesar los aires un gran mes antes de lo acostumbrado". (pág. 29). — Puesto que María tiene la edad necesaria, diez y seis años, es preciso que haga como las otras, que gane su pan y ayude a su madre. Y la pobre Guillette pide que Germán acompañe a María hasta la hacienda de los Olmillos. — La Gris, una yegua joven y vigorosa, llevaba fácilmente su doble fardo, con las orejas acostadas y royendo el freno. La joven Gris, al enfrentar un prado, apercibe a su madre, la vieja Gris, y la saluda con un relincho de despedida. La vieja Gris galopa un instante, siguiendo a su hija, a lo largo del cerco; pero, al ver que la otra apresura su marcha, relincha a su vez, quedándose inquieta, pensativa, con la nariz al viento, como olvidada completamente del pasto que le llena la boca y que no come más. Y Germán habla de sus tres chiquitines. ¡Darles una madrastra!... ¿Y si fuese perversa? ¿Y si encontrase que es carga dura aquella dulce carga de sus pequeñuelos? María le reprocha el que no haya traído al mayor de los tres. Aquel era el medio de asegurar la boda. Le hubieran acep-

tado sin vacilaciones. ¡Un niño tan hermoso!  
— Sí, cuando a la mujer le gustan los niños:  
¿y si no le gustan, si no los ama? — ¿Es que  
existen mujeres que no aman a los niños? —  
pregunta con asombro la compañera del labra-  
dor. (pág. 34). Y el diálogo sigue sobre el  
mismo asunto, sobre la novia desconocida. —  
La Gris da una espantada, alzando las orejas,  
y Germán ve en un foso y entre el zarzal, bajo  
unas espesas ramas de encina de corte reciente,  
algo que al principio le pareció un cordero.  
Era Pedrito que, a fuerza de mirar lo que ve-  
ría por el camino, se quedó como un leño,  
esperando a su padre, dormido en la maleza.  
El niño solloza, la joven suplica, el labrador  
accede y ya son tres los que van cabalgando  
sobre la Gris. Un peón caminero de las cerca-  
nías dirá a los de la granja que no se inquieten,  
que también el pequeño está de viaje, que se  
fué con Germán. Pedrito, después que hubieron  
trotado una legua, empezó a bostezar y a pali-  
decer. Muy pronto declaró que se moría de  
hambre; casi en seguida, que la sed lo mataba.  
Entraron en la bayuca de la madre Rebec. La  
tabernera, coja y obesa, pudo servirles una  
tortilla de buena cara, con pan moreno y vino  
clarete, que es un tinto agradable, ligero y  
sabroso. Comieron despacio, con apetito y en-  
traron en el bosque ya puesto el sol. Germán  
perdió el rumbo y equivocó el camino, con sus  
ansias de hacer más corto el trayecto. Le  
impedía orientarse una neblina que se alzó con  
la noche, una de esas neblinas otoñales que se  
vuelven más vagas y más engañosas con la

blanca claridad de la luna. Germán sale del bosque. ¿Dónde se encuentran el rápido declive y el río aquel que su suegro le señaló? Ni una casa, ni un transeunte: únicamente la landa uniforme y blanquísima, como un mantel de nieve. Volvió sobre sus pasos: otra vez en el bosque. Ya no brilla la luna, velada por la niebla que se espesó. El camino es horrible. Le cierran, amenazadoras, las ramas de los árboles. Tropieza por dos veces, a punto de caer, la yegua desanimada. Dan vueltas, largo tiempo, entre troncos enormes y baches profundos, hasta que al fin resuelven descabargar, y caminan penosamente, fatigosamente, porque la neblina parece que se arrastra y que se pega a la tierra húmeda. María no se queja, ocupándose sólo del niño que lleva dormido en los brazos. Al fin encuentran al margen de una balsa, un sitio seco bajo los robles, a una de cuyas ramas Germán suspende las riendas de la Gris; pero la yegua, a la que no divierten las aventuras, zafa su rendaje, rompe sus cinchas y desaparece después de tirar, a modo de descargo o de excusa, como una media docena de coces. Quedan en el suelo, lo mismo que el basto, la capa y la talega, lo que no es poca dicha, porque en la talega se halla el eslabón, para encender lumbre, junto con una liebre y algunas perdices que estaban destinadas al padre de la novia desconocida, pero que servirán, si el hambre apretara, para matar el hambre de María y Pedrín. Y es allí, entre los robles, bajo la niebla, en el hondo silencio de aquella enorme soledad nocturna, que el

amor pasa, mira, se detiene y hunde poquito a poco, sin dejarse sentir, con la punta invisible de su flecha más fina, el germen de su embrujo en aquellas dos almas. María hace con la capa y el aparejo una camita en que no tendrá frío el hermoso Pedrín. El labrador le elogia la maña que demuestra para cuidar niños. María, sirviéndose del eslabón y de unas ramas secas, logra que brille una pequeña luz, que crece y que concluye, luchando con la bruma, por secar el ambiente en torno de su roble. Ya las fiebres y el reuma no tienen nada que hacer allí. El labrador elogia el ingenio de la pastora, "que sabe hacer el fuego como una pequeña hechicera nocturna". Germán se acuerda de su viudez, la joven se conmueve y el labrador la elogia por la bondad de su corazón. La pastora dice que la pobreza la ha acostumbrado a la sobriedad y el labrador elogia sonriendo a la joven: — así no se gasta. "Es cómodo una mujer como tú". — Asan dos perdices de la talega y, a falta de pan, la pastora retira del fuego unas castañas que les quitó, pasando, a unos árboles del camino. El labrador elogia su prudencia con estas palabras: — "Eres la muchacha más precavida que he conocido". — "El hombre que se case contigo, pequeña María, no será tonto". (pág. 51). — Pedrito se despierta, come, pregunta, sabe que está en el bosque, tiene miedo a los lobos, la pastora le calma y el labrador la dice: — "No hay nadie como tú para hablar a los niños". (pág. 54). — ¿Sabrá hacerlo la otra, la desconocida? — ¡Con más de treinta años y sin ningún hijo,

sin ningún rapazuelo, sin ningún monigote! El niño quiere hacer su oración de la noche, pero no la recuerda de cabo a rabo y solicita un apuntador. — “Es necesario que Marica me ayude”. — Pedrín, juntando las manecitas, se arrodilló sobre la falda de la pastora. Recitó su plegaria, — por aquella que duerme muy blanca y muy fría en un bello ataúd, — primero con fervor, porque el rapaz conoce muy bien el principio; después vacilando, más lentamente, y al fin repitiendo palabra a palabra lo que le dictaba la dulce pastora. En la misma frase de la oración, en la de costumbre, se presenta el sueño, y ya no pronuncia sino con esfuerzo las últimas sílabas, hasta que se reclina pesadamente su cabeza de ángel sobre el pecho de la muchacha, mientras sus manos se distendían y separaban cayendo abiertas sobre sus rodillas. (pág. 55). — Y me figuro yo que sube la plegaria, a pesar de todo, a través de la bruma, más allá de las copas del robledal, y llega hasta la madre que junta sus fragmentos cariñosamente, para repetirlos enternecida, minuto a minuto, pensando en su pequeño y a los pies de Dios. — El niño se deja acostar de nuevo sobre la piel de cabra del basto; pero otra vez se abren sus ojos azules y, fijándolos en el techo que le forman las ramas del roble, dice antes de dormirse, — como si soñase despierto, o como herido por una idea que ya se hubiese deslizado en su espíritu y, que, al venir el sueño, se concentrara: — “Padrecito, si quieres darme otra madre, yo quiero que sea la pequeña María”. (pág. 56). ¡Tal vez la muerta pensó

lo mismo cuando oyó a la pastora que sílaba a sílaba, — bajo la bruma, junto a la hoguera, en mitad de la noche y sosteniéndolo en el regazo, — le dictaba su oración a Pedrín! Y sigue el coloquio, en tanto el frío crece sin que la neblina recoja su tul. Es triste la comarca a donde va Marica. Germán la compadece. ¿Qué hará en aquel país de landas y de pantanos, donde en cada aguazal vela, como en acecho, una fiebre de otoño?—¿No estaría mejor bien alojada, bien mantenida, con buena ropa, y pudiendo ayudar a la madre Guillette? ¿No sería mejor, para obtener todo eso y vivir tranquila, casarse con un hombre de la edad de Germán? María no quiere viejos a su lado: valen más cuatro lustros que treinta octubres; es preferible la fealdad de un porquero sucio de diez y ocho años a la limpia hermosura de un labrador que pase de veintiseis. Germán se siente despechado y celoso. — El sueño hierde, como si fuera un rayo, a la suave pastora y el labrador admira, como si no la hubiese contemplado hasta entonces, su carita tan fresca “comme une rose de buissons”. (pág.61). Por su alegría parece un pinzón, y está formada, siendo pequeña, como una codorniz. Es jovial, discreta, trabajadora, amante y gentil. ¿Podría desearse nada mejor? Pero ¿a qué pensarlo? Ella se lo ha dicho: lo encuentra muy viejo. Trató de razonar y de apaciguarse; pero hallóse, de pronto, de rodillas al lado de los dos durmientes, y al pretender besar a su Pedrín, cuyo brazo rodea el cuello de la pastora, dejó un beso de llamas sobre los labios purísimos de

María. La joven se despierta, le mira con asombro, no comprende lo que le pasa al confuso labriego y vuelve a dormirse cuando dice Germán: "No os había visto. Me faltó muy poco para caer encima de vosotros y lastimaros". — Y el labrador resiste, sentado junto al fuego, a la hechicera de la tentación hasta medianoche, en que la malla de la bruma se hace pedazos, dejando a las estrellas lucir entre los árboles. — La luna se desprendió también de los vapores que la cubrían, y comenzó su siembra de diamantes sobre el húmedo musgo. El tronco de los robles no salió de la sombra; pero, algo más allá, la blancura de la corteza de los abedules impresionaba como una fila de fantasmas envueltos en sus sudarios. El fuego se refleja en la balsa, y se empezó a sentir, pero tímido y débil, el croar de las ranas. Sigue otro viaje, que dura dos horas, recorriendo el monte, y el campesino ve que aún no lo ha dejado la bruja malvada de la tentación. Rendidos de fatiga, siempre sin rumbo, vuelven a encontrarse junto a las llamas que ellos encendieron, bajo la copa del roble añoso que les dió abrigo, con los mismos bacracios y el mismo croar. Reavivaron el fuego, el rapaz otra vez durmió sobre la albarda, y Germán atrevióse a descubrirle su pensamiento francamente a María. No logró convencerla, no le quiere para marido, su edad sigue asustándola, le considera como un pariente que impone respeto y, en fin, su corazón no aboga por Germán. Este sepulta el rostro entre las manos y permanece así hasta que el día llega, llenándose de

aleteos los árboles y replegando la última estrella, con lentitud, sus redes de oro en el mar sin orillas de lo infinito. Se puebla de rumores el campo, salen del soto, y un leñador les dice, después de orientarlos, que en su cobertizo, tal vez asustada por algún lobo, se refugió la Gris. Allí se separan: el hombre triste en busca de la yegua; la pastora y el pequeñuelo en busca de la granja de los Olmillos. Los tres capítulos — *Sous les grands chênes*, *La prière du soir* y *Malgré le froid*, — son, para mí, de lo más hermoso que ha producido el literario ingenio. Hay verdad en lo bello y belleza en lo real de esos capítulos: pero el autor no ha buscado mucho ni esa belleza ni esa verdad, surgidas como milagrosamente bajo la pluma acelerada del novelista. Todo es suelto, fácil, armónico, inspirado, sencillo en aquellas escenas, en aquellos diálogos, en aquel paisaje y hasta el nacimiento, el desarrollo, la angustia de aquel amor parecen naturalísimos. El Labrador es primero una fuerza protegiendo a una debilidad; después un padre cariñoso y un instinto práctico que pesa y avalúa virtudes humildes, la previsión y el culto de los niños y las pequeñas habilidades que harán más cómoda la vida cotidiana; luego un orgullo que se siente ofendido por un desdén un poco imprudente, porque es muy candoroso; más tarde un deseo que pesa y avalúa condiciones físicas, como pesó y avaluó el frío razonamiento condiciones morales; y en fin, tras un insomnio de tentación, un alma que se abre, purificada y de par en par, para servir de albergue a la



imagen dulcísima de una mujer buena, que cuidando a los hijos que no son suyos con celo maternal, permitirá que la conciencia del viudo viva en reposo, y que viva gozosa, — satisfechas sus ansias de hermosura y de juventud, — la carne del hombre. En aquellos capítulos se ven confusos los viejos robles, se percibe el arrastramiento gomoso de la bruma, se siente el paso de la noche enlutada, se oye el latido de las tinieblas, — y juraría que se oyen también el respirar del niño, la risa de la joven, y el crujir de las manos en cruz del galán que, junto a la hoguera, nota que invade su corazón, a pesar de las llamas, el frío que viene del fondo del corazón de la soledad oscura. ¿Y la gentil pastora? En ella, terreno en que no puso aún su abono la vida, no fermenta tan pronto el germen que sembró el amor que pasaba por el robledal. En el fondo del fondo, sin dejarse ver, trabaja la inquietud. Ya reconoce la hermosura del campesino y le cuesta separarse del chiquitín, que se le antoja una maravilla; pero le dá miedo la burla soez de sus compañeras y el posible disgusto de los suegros del labrador. Luego, ¡la edad de éste! — El comienza a ser grave como el otoño y ella es, en su risa, el vuelo de una mariposa de primavera; cuando ella todavía tenga verdes, él se hallará ya inútil para el trabajo. ¡Si no fuera eso!... — Germán se encuentra con que la novia desconocida es tan vanidosa como coqueta, alentada en su orgullo y en su veleidad por un padre tan largo de astucia como corto de entendimiento; y María se encuentra con que

el colono no es un buen patrón, sino un gañán insolente y lascivo. Los tres que juntos salieron de la granja, vuelven juntos al pago, no sin que el labrador aplaste contra el suelo la cara del colono, arrodillándole a fuerza de puños a los pies de María. ¡Con qué habilidad el novelista ha puesto en los labios del niño el relato de la escena en que el colono quiere ultrajar a la joven! ¡Cómo la impureza se purifica al pasar por los labios del querubín que rememora las imágenes santas del Renacimiento! — Germán se esfuerza por olvidar, abismándose en el trabajo; pero está siempre triste y siempre distraído. Nunca habla a la pastora y nunca la mira; pero sabe, en todo momento, por qué senda cruzó y el prado en que se halla. Vino el invierno con sus grandes lluvias y sus noches largas; pero en la choza de la bien querida no entró la miseria, porque, sin que ninguno se explique el cómo, jamás faltan la leña en el cobertizo y el trigo en el granero de la madre Guillette. Esta cree en el diablo; pero la que no cree en los maleficios, la que adivina el nombre del generoso brujo, la que finge no ver lo que sucede, es la pequeña, la suave, la gentil María. Germán, por último, le dice a su suegra el secreto que, como un ratoncito, le muerde el corazón, y, siguiendo el consejo que le da la anciana, habla nuevamente con la pastora. La joven le escucha, pero temblando, y sabe que, desde la noche en que la besó entre la bruma del robledal, no ha pasado una noche sin que la vea en sueños. El exceso de gozo le mataría si ella le contemplara como

él la contempla, y aproximase su rostro de virgen a su rostro de hombre, curtido por el viento, tostado por el sol. — La pequeña María sigue temblando; pero él no puede verlo porque tiembla más. De pronto ella le mira con aire de reproche y con los ojos llenos de lágrimas, y cuando el labrador se levanta para alejarse, pensando que el silencio es una despedida, la pastora le cñe los brazos al cuello y murmura con un sollozo que es un arrullo: “¡ Ah! Germán: ¿no habéis, entonces, adivinado que yo os amo también?” (pág. 102). — ¡Ya ha florecido el germen, es decir, los dos gérmenes que el amor que pasaba sembró en el robledal! — ¿Por qué he insistido tanto sobre *La Mare au Diable*? — Porque ella testifica de irrefutable modo el subido valer de los idilios rústicos de Jorge Sand. Su obra no es sólo el típico modelo del romance idealista, sino que es el modelo no superado del idilio campestre, del idilio que se perfuma en las corolas de todas las malezas y de todos los árboles que dan flor. Ninguno mejor que ella ha sabido adorarte, madre natura, después de Juan Jacobo! ¡Ninguno mejor que ella ha sabido vivirte, después de Rousseau! — No se puede dudar, al concluir la lectura de *La Mare au Diable*, del acierto que encierra este compendioso juicio de Renato Doumic (1): “Jorge Sand conocía bien el alma campesina, los móviles a que es accesible, los sentimientos que le son más familiares, los ensueños que la torturan”. — “Es injusto decir

(1) “Histoire de la littérature française”, 663 págs. Ed. Mellottée.

que todos sus labriegos se parecen: ella, por el contrario, supo trazar retratos finamente matizados, haciendo que desfilasen ante nuestros ojos una serie de tipos muy diferentes". (pág. 557). — En efecto ¿en qué se parecen el padre Maurice y el padre Leonard? — En nada, fuera de que los dos entienden de bueyes. — ¿Qué hay de comunes entre Germán y el colono de los Olmillos? — Menos que nada, el vivir en el campo. ¿Qué semejanza existe entre la viuda de los cortejos y la novia encontrada por merced del amor? — La que existe entre una camelia, que no tiene perfume y cuya frescura se principia a amustiar, y un capullo de madreSelva que recién se abrió y que es un vaso lleno de cinamomo. — Hablando de los héroes de las novelas rústicas de la Sand, dice Emilio Faguet (1): "Todos estos caracteres, tan distintos, están sacados de la realidad plena, y tienen un sabor de terruño para aquel que conoce los campos. Son los campesinos de Balzac los que salieron de una observación corta y de una información rudimentaria. Y hay, en el detalle, más verdad todavía. Es una obra maestra aquella *Mare au Diable*". (pág. 397).

19. -**La petite Fadette.** — (2) ¿Cómo no recordarla al tratar de la serie de los idilios rústicos, de las obras superiores, de las novelas del tercero de los modos de Jorge Sand? ¿Cómo no recor-

(1) "Dix-neuvième siècle--Etudes littéraires. Ed. citada.

(2) "La petite Fadette"— 328 págs.—Ed. Calmann Levy, 1923.

dar al padre Barbeau con su casa y su viña, con el heno de sus dos prados y con su vergel, en donde abundan las guindas y las peras, sin que falten tampoco los frutos del ciruelo y del nogal? ¿Cómo no recordar al padre Barbeau, animoso, muy amante de su familia, enemigo de los gastos inútiles, cuya cordura de campesino está formada la mitad de paciencia y la otra mitad de confianza en la acción del tiempo? ¿Cómo no recordar al padre Barbeau, que tiene su poquito de preferencia por el hijo de mayor talla, por el hijo de mayor robustez, por el hijo al que gustan más el trabajo que las caricias y el coraje que las contemplaciones? ¿Cómo no recordar al padre Barbeau, que, aunque no mira con malos ojos a las nueras con dote, prefiere al dote la buena fama, porque la buena fama es el mejor dote de la mujer y el cimiento más sólido del hogar? ¿Cómo no decir algo de la Sagette, de aquella comadre que encuentra que los gemelos, los dos recién nacidos, se parecen tanto, pero tanto como dos perdicitas saliendo del huevo? ¿Cómo no decir algo de la Sagette, de aquella previsora partera que, para evitar que no puedan vivir el uno sin el otro, — cosa que es muy común en los gemelos, — aconseja que los separen en lo posible, haciendo que cuando el uno labore en el campo, el otro se quede cuidando la casa; que cuando el uno esté en el río con el anzuelo, el otro esté en el bosque con la escopeta; que cuando el uno vigile a los carneros, el otro vaya a ver por qué mugen los bueyes, y hasta que use sombrero el uno cuando use gorra el otro,

fijándose especialmente, muy especialmente, en que sus blusas no sean del mismo azul? — ¿Cómo no inclinar la cabeza, saludando a la tiernísima madre Barbeau, dócil a todos los consejos y pronta a todos los sacrificios, pero que se rebela cuando a la comadre se le ocurre añadir que los dos gemelos no deben ser amamantados con la misma leche? ¿Cómo no inclinar la cabeza, saludando a aquella tiernísima madre, que se estremece ante la visión de llevar al uno colgado de su seno, mientras el otro cuelga del seno de una extraña? ¿Cómo no inclinar la cabeza, saludando a aquella tiernísima madre que se siente capaz, — cuando ya no le quede sino una sola gota de sangre en las venas, — de dejar caer la mitad de esa gota en la garganta de cada uno de aquellos dos chiquitines, porque los dos son suyos, porque tienen los dos el mismo derecho ante sus entrañas, y porque prefiere a conservar su vida amamantando únicamente a uno, morir amamantándolos a los dos? ¿Cómo no inclinar la cabeza, saludando a aquella tiernísima madre que en la obscuridad, por lóbrega que sea, los reconoce sin tocarles la cara para ver si el signo, con que natura los distinguió, está colocado en la derecha de sus mejillas o en el izquierdo de sus carrillos? ¿Cómo no inclinar la cabeza, saludando a aquella tiernísima madre, cuyo corazón es a modo de lámina de metal, vibrátil y sonora, donde golpean todos los dolores y todos los gozos ocultos o visibles del alma de sus hijos, coronándola los segundos de luz de gloria y cercándola los pri-

meros de agudas espinas? ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano, el menos diligente, pero el más sensible y el más mimoso de los gemelos, que se aprieta con ansia contra su hermano, como el pollo de la paloma, buscando calor, empuja en el nido a los demás pichones? ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano, que no conoce las mezquindades de lo tuyo y lo mío cuando se trata de su gemelo, con el que se reparten alegrías y pesadumbres, del mismo modo que se reparten la fruta en el huerto y el pan en la mesa? ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano, cuyo cariño es un cariño profundo, pero zalamerísimo y excluyente, que no razona, que no discute y que se irrita a la menor apariencia de frialdad en el otro gemelo, que se llama Landri? ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano que, — cuando Landri se contrata y parte como boyero de una granja próxima, — no puede comprender que su ídolo, su culto, su idolatría, se resigne a la separación, ni que hable con orgullo de los bueyes fortísimos que tiene a su cuidado, ni que juzgue que el heno del campo en que sirve supera en calidad al heno de los campos en que jugó de niño, ni que sepa vivir en alegre consorcio con los demás zagales del rico Caillaud? ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano que, para hacer menos dura la separación, recorre todos los sitios en que estuvo con su gemelo, sentándose en las mismas raíces donde recuerda que él se sentó y bañando sus pies en los mismos hilitos de agua donde él bañó los suyos, hasta temblar de enternecimiento ante

uno de aquellos pequeños molinos de su industria infantil, que olvidado quedó en la mitad de un charco ya casi seco y en el lugar más oculto del bosque? — ¿Cómo pasar sin detenerme junto a Silvano, cuyos días son un tormento y cuyas noches son un insomnio, celando a su gemelo en sus amistades y en sus amores, hasta que palidece y adelgaza y enferma, por no saber que en materia de amor y de amistad, siempre hay un corazón que da más, mucho más de lo que recibe? — ¿Cómo no contaros que la madre Fadet, la abuela de Fadette, tiene fama de bruja y que esa fama le ha producido muchos luses de oro, — que avarienta esconde, — porque no sólo cura las llagas más rebeldes por medio de emplastos, sino que también cura las fiebres más malignas con cocimientos de vegetales, diciéndose asimismo, aunque con gran cautela, que tiene un unto que, si se tira al río al compás de una diabólica evocación, hace que suban a la superficie los cuerpos de los ahogados? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho, contando que Landri, el más apuesto de los mozos de la comarca, el que no conoce la fatiga en el baile ni en la faena, tiene una deuda de gratitud con aquel fuego fátuo, con aquel duende, con aquella brujita menuda y desgrefñada, pringona y con curiosidades de petirojo, a la que pusieron el nombre de Francisca y el significativo apodo de Fadette? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho contando que Landri, — para pagar su deuda, — se pone en ridículo, rompe un medio noviazgo y está a punto de tener una riña, por bailar



siete veces con aquella infeliz, tan mal lavada como mal vestida, un baile de Auvernia? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho contando que la pequeña lucecita fatua es muy merecedora de compasión; que no halló en el murdo sino quien la injuriara y aborreciera; que es lógico que la cautive la soledad con las moscas que zumban y las flores que dan olor, allí donde las yerbas le dicen su secreto, el modo de curar las heridas y las enfermedades; que si ya no dejó su país y su choza, huyendo del odio y de la miseria, es porque sabe que la necesita, — tanto como a la madre que huyó una noche para no volver, — el cojo y encorvado de su hermanito, que si no conociese la miel de sus besos, sólo conocería el dolor de los golpes? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho contando que Fadette se asombra cuando le gritan que es preciso matarla como a una oruga, porque ella, cuando ve que una oruga cae en el agua, le hace un puente con una hoja, siendo injusto y cruel que la acusen de brujería porque no quiere hacer sufrir a una rana, ni arrancarle las patas a una avispa, ni clavar sobre un árbol a un murciélago vivo? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho contando que Landri escucha un día una conversación, por la que sabe que aquella adolescente, con vivezas de ardilla y saltos de cabra, está enamorada desde pequeña, desde muy pequeña, de los cabellos rubios y los ojos azules de Landri? ¿Cómo no completar lo que ya está dicho contando que el boyero concluye por apasionarse de la muchacha, y que la muchacha logra

que, en ella misma, lo feo se convierta en hermoso y lo arisco en gentil, por aquella virtud de la voluntad que hace que el feto se desarrolle, y que el gusano se trasmute hasta abrir a los aires las cuatro alitas de la mariposa, y que la yerba salga a la superficie, y que los astros muertos, para no perder la dicha de alumbrar, reflejen el misericordioso fuego de algún sol? ¿Cómo se completará lo que ya está dicho contando que se casan el mozo y la bruji-  
ta, que la bruji-  
ta resulta ser una gran hechicera, y que Silvano parte con un secreto de amores en el corazón, secreto que le impide vivir junto a su hermano y que a nadie le dijo más que a Fadette, pero que adivina la ternura elemental y resignada de la madre Barbeau? —  
¿Y cómo, por último, no deciros, que esta novela es un primor, un encanto, una maravilla, uno de los más hermosos idilios rústicos de Jorge Sand?

20.-François le Champi y Les maitres sonneurs. —

En buena ley en *François le Champi* (1) no son los incidentes lo interesante, sino el estilo, el marco en que el asunto se desarrolla, y muy especialmente el análisis del estado de alma, el estudio de la pasión del protagonista. La novela es la historia de uno de aquellos niños que la miseria moral o la miseria física abandonan en mitad de los campos. El hospicio los confía, por lo común, a lo más paupérrimo de la comarca, y como crecen en la incultura, en

---

(1) "François le Champi", 248 págs.—Ed. du Centenaire.

la pereza, en la mendicidad, concluyen, por lo común, siendo unos bandidos. La novelista concibió esa historia en el encuentro con un niño de seis a siete años, que no sabía ni su propio nombre ni el nombre de sus padres; pero que sabía saltar malezas, manteniéndose bien sobre un caballo indómito, "como un pájaro sobre una rama sacudida por la tempestad". El encuentro se realizó cerca del "camino de los nenúfares", que es un resbaladero que rodea un foso en cuyas aguas limosas crecen unas ninfeas muy níveas, muy fragantes, muy puras, sobre las cuales cruza, como un dardo de fuego, el mar-tín pescador "ce vivant éclair des rivages". — Francisco es un expósito de linda cara y de buena conformación, muy tranquilo, muy servicial, valiente como un hombre y en apariencia un poco adormilado. Cabalga a maravilla y nada como un pez, no hallando émulos cuando se trata de desanidar a las urracas que viven en el extremo de la copa de un álamo, o de descubrir a la vaca que se perdió muy lejos del establo, o de descender de una pedrada a un pobre zorzal, lo que me parece una perversa acción. Francisco no es malo, sino bueno, tan bueno que no se venga nunca del mal que le hacen, como la célebre oveja de la fábula que prefería soportarlo todo a que le diesen las zarpas del león, el pico del cóndor o la ponzoña terrible de las víboras, si le daban también los instintos de los animales armados así. — Magdalena, la esposa del molinero Blanchet, la que ampara a Francisco, no es robusta ni grande, sino pequeña y débil; pero linda, sensible,

de carácter dulce, de muy buen criterio y de mucho ánimo. Francisco la quiere con idolatría y ella quiere al expósito con la mitad de su corazón, porque la otra mitad pertenece a su hijo, al hijo de sus bodas, al verdadero hijo de sus entrañas. En cuanto a Blanchet, es un hombre adusto, que bebe con exceso el domingo, que el lunes se levanta encolerizado, que el martes está pesaroso de su conducta, y que trabaja lo mismo que un mulo desde que apunta el miércoles hasta el final del sábado, único día de la semana en que suele encontrarse de buen humor. Mientras duró la gula de sus sentidos, mientras halló codiciable a su esposa, mientras creyó que la codiciaban, mostróse agridulce; pero cuando la frescura de la molinera ya no fué tanta, cuando alguno la comparó a la viña que sólo es hermosa mientras está en flor, la adustez agridulce perdió lo dulce y duplicó lo agrio, porque el esposo se desamoró, y se hastió en el molino, y buscó pretextos para alejarse, y armó una zaragata cada dos minutos, y aborreció el trabajo, y frecuentó las ferias, y se volvió chalán, y se aficionó al juego, y tuvo una querida, sobrada de carnes, con hermosura aún, de moda en la comarca, y a la que su madrina, por insinuación de algún diablo travieso, hizo poner el nombre de Severa. — La concubina del molinero siente un capricho por el expósito; pero éste se ríe de la jamona, que venga su desaire haciéndole creer a su querido que el muchacho se atrevió a cortejarla. ¡Qué no hará, entonces, con Magdalena! ¡Blanchet peca

de tonto dejando en el molino a un galopín como Franciscuelo! Y el Champi se aleja del molino para evitarle angustias a Magdalena. Pronto se contrata, un sacerdote le entrega en secreto unos miles de francos que su madre le envía, y cuando su patrón le ofrece la mano de su hija única, el mozo sabe que Magdalena ha quedado viuda, sabe que está enferma, sabe que el molino no anda y sabe que todo lo que ella tiene está comprometido por una maquiavélica combinación de la que fué concubina del molinero. Francisco vuelve al lado de Magdalena, la atiende, la cura, la reconforta, hace que el molino funcione de nuevo y con su habilidad, más que con los francos de que dispone, impide que se cumplan los planes de Severa. Y ¿después? Después Francisco descubre que está enamorado, que estuvo sin saberlo enamorado siempre, que siempre el fuego de aquel cariño encendió su sangre y que siempre delante de sus ojos resplandeció una imagen idolatrada. Sufre, batalla, pierde el reposo, el sueño se aleja, la salud se va: mientras creyó que amaba como un hijo, aquel sentimiento era una delicia; ahora que sabe que ama como un hombre, aquel sentimiento es una tortura. Una amiga le dice a Magdalena lo que pasa en el alma de Francisco, y una noche, junto a la fuente, en el mismo lugar donde se vieron por vez primera el niño abandonado y la mujer misericordiosa, Magdalena lloró de alegría, mientras Francisco, puesto de rodillas, hablaba con pasión y con gratitud de su próximo casamiento con Magdalena.

— *Les maitres sonneurs* (1) el cuarto de aquellos libros magistrales, pertenece a 1852. La Sand nos pinta allí las costumbres del campesino de la llanura, del campesino del arado y la hoz, en contraste con las costumbres del campesino de los grandes bosques, del campesino de la sierra y el hacha. Es un portento el retrato de Brulette, la coqueta rural rubia y sonrosada, linda y graciosa, a la que pretenden Esteban, el activo cultivador de los prados en que la avena crece y madura; José, el egoísta, el hurraño, el vanidoso, que nació para músico como los ruiñeños, y que le hace decir a su dulzaina todos los ensueños de su fantasía, todos los afanes de su corazón; y Huriel, el muletero hermoso, vagabundo, noble, jovial, bailarín, bizarrísimo, que jamás descansa, que come en un minuto, que bebe en el primer arroyo que encuentra, que duerme bajo las ramas del primer roble que halla en su camino, al que le son iguales los días de sol y los días de lluvia, la inmensidad con luces de estrella y la inmensidad con luces de relámpago. Hay cuadros muy dignos de recordación en el romance de que me ocupó: el miedo de Esteban en las sombras nocturnas del bosque misterioso, embozado en el tul de la bruma invernal, con un “montón de ruidos que no son los ruidos que se oyen en la llanura” (pág. 39); el pugilato en que Huriel tunde y derrota a Esteban (pág. 74); el baile de la víspera de San Juan, con sus grandes fogatas y sus sonidos

---

(1) “*Les maitres sonneurs*”, 891 págs.--Ed. Calmann Levy.

de cornamusa, en que se conocen Huriel y Brulette (pág. 90); el duelo a palo, en que Huriel mata al bruto de Malzac (pág. 180); los mayos olorosos, con cintas vistosas, hechos de nenúfares, de flores de espino y ramas de cerezo (pág. 317); y el certamen en la taberna de Benito, en la taberna de la Mariton, donde la gaita inhábil de Carnat es vencida por la inspirada zampona de José (pág. 344). — El mulatero, al fin, se casa con Brulette y Esteban con Terencia, una bellissima hermana de Huriel, mientras José se va en busca de la gloria, de la más pérfida de las amantes, entregando a los vientos de los caminos los lloros que arranca su melancolía de soñador a la odre y los cañutos de su cornamusa. — Cuando empezamos la lectura de los idilios rústicos de Jorge Sand, nos parece “que salen las hojas, que han llegado los ruiseñores, y que la gran fiesta primaveral de la naturaleza va a empezar en los campos”, como nos dice la misma autora en el prólogo de *Les maitres sonneurs*. Es que en eso, — en los prados, los bosques, el zarzal que florece, la golondrina que regresó, la cornamusa que sueña y llora, — está el encanto, todo el encanto de aquellos inolvidables idilios rústicos. Pellissier (1) habla de estos cuatro romances para decirnos que su autor le pide más que otra cosa a la naturaleza “el cuadro de una vida inocente y feliz” (página 189). — Añade que es incierto que la falsee, porque lo mismo cuando pinta el cam-

(1) “Le réalisme du naturalisme”. Ed. citada.


po que cuando pinta personajes rústicos, lo optimista de su idealismo, "no le impide pintarlos fielmente". — "La aldea, la granja, las siembras, las cosechas, las veladas en torno del hogar, este es su verdadero dominio". — "Ningún escritor ha conocido mejor el campo, ni lo vertió ninguno en más exactos lienzos" (pág. 190). — Gustavo Lanson (1) considera también como obras magistrales estos idilios rústicos, cuyos campesinos, aunque idealizados, hablan y sienten como campesinos. "Aquello no es la realidad, pero es una visión poética que transfigura la realidad sin deformarla" (pág. 997). — "Ve el detalle y el conjunto del paisaje; percibe su espíritu lo mismo que su forma. No borra su contorno ni su color; no le convierte en una visión alucinadora; no lo forra de símbolos; no nos da una traducción precisa y encuadrada lo mismo que un lienzo. Se deleita profundamente con las líneas y las formas, con el aire, con la luz, con la dulzura, con la alegría, con lo melancólico del paisaje. Se une a la naturaleza por una simpatía profunda, ama a la vida en todo lugar, mezcla su alma a las cosas: su descripción, pintoresca y poética al mismo tiempo, hincha a la vez los ojos y el corazón, nos entrega a la vez el objeto y el sujeto, el pintor adicionado y como fundido en su modelo". (pág. 1000). — Esta manera de describir, que se llama amor y se llama bondad, produce una emoción purísima en el que escribe y una emoción purí-

---

(1) "Histoire de la littérature française".—Ed. Hachette, 1922.



sima en los lectores. Hay que adorar bien a la naturaleza, haciéndola latir con nuestro corazón y latiendo con su enorme corazón maternal. Hay que adorar a la naturaleza en la noche que nace y en el nido que duerme; en la gran fealdad de la araña hiladora y en la gran hermosura del potro inglés; en la soberbia rosa de fuego de los jardines y en la sencilla rosa de nieve de los zarzales; en la adelfa embrujada, en el trigo candeal, en el árbol fructífero, y más en lo que sufre por ser opaco que en lo que ofusca por ser esplendoroso. ¡Benditos sean aquellos que animan, convirtiéndola en arte, en arte que ennoblece y perfecciona, a la nodriza santa, a la de ubres fecundas, a la que no permite que descansen su seno, a la que es venturosa con la fatiga de sus entrañas, a la que nos hace comprensibles la idea de lo inmortal y el concepto de lo infinito, a la que dispersa los átomos de nuestro cadáver a todos los vientos, para que vuelvan a sentir la emoción de la vida combinándose amorosamente con otros átomos! — ¿No es así, Jorge Sand?



## IV

## NUESTRA SEÑORA DE NOHANT

- 21.-**La pasión.** — Ya lo dijimos: la novelista, en 1851, se refugia en Nohant. Calmado el golfo de sus quimeras, ya lo único que flota sobre las aguas, tranquilas para siempre, es la ternura para los que sufren, el cariño a sus nietos, la indulgencia infinita para todos y para todo, lo más exquisito de su sensible corazón de mujer. Allí su ingenio se transforma otra vez: pasó la hora de los batalladores romances de tesis; el convencimiento de que es muy difícil dar a los hombres la felicidad, terminó con las novelas humanitarias; y está concluída la madeja de que salieron los idilios rústicos. — Entonces escribe sus idilios burgueses, que me parecen, en ocasiones, novelas de pasión con más cordura, más atenuadas, más cerca de la moral común, pero con no pocas de las características de su primer modo. ¿Qué son sino eso sus romances *Valvédre* y *Le dernier amour*? No nos quejemos, porque, en buena ley, aún resultan muy estimables las obras que produjo desde 1832 hasta 1837. Pedro Larserre (1), que no peca de blando con la Sand, reconoce que no faltan hermosura y verdadera humanidad, delicadeza y fantasía feliz en algunas partes de las novelas más románticas de su modo primero, en *Indiana*, en *Jacques*, en *André*, en aquel “absurdo y mara-

(1) “Le romantisme français”. 547 págs.—Ed. Garnier.

villosa *Leone Leoni* (pág. 195). Armando Palacio Valdés (1), comparando *Elia* de Fernán Caballero con *Lelia* de Jorge Sand, nos dice que la última "ha dado vida a un ser misterioso, siniestro, imaginario, pero grande, porque expresa con notas desoladoras la crisis de un alma grande". "Lelia se revuelve con acento inspirado, aunque colérico, contra los egoísmos y las sinrazones de la sociedad. En Lelia hay un derroche de genio" (pág. 135). Leopoldo Alas (2), después de lamentar que Emilia Pardo Bazán declarase lo que ya era sabido, es decir, "que ella no es hembra de sentimiento", lamenta también que la novela española apenas haya sido *apasionada*, es decir, novela de *sentimiento*, y añade que un Jorge Sand es un *momento* literario que no tuvo el romance español y que hubiera sido más oportuno que el realismo y el naturalismo, con ser muy bien venidas estas dos escuelas (págs. 148 y 157). Yo pienso lo mismo que pensó aquel ilustre maestro: el mal no reside en la literatura apasionada cuando es hermosa; lo malo está en la literatura fría como piel de ofidio, que hace belleza para el cerebro y que nunca hace belleza para el corazón. Afirmé que existe cierto vínculo o parentesco entre las novelas de rebeldía y algunos de los llamados romances burgueses, de los romances escritos por la Sand desde 1853 hasta 1870.—Es fácil probarlo. Abrid las páginas de *Valvédre* (3) de 1861.

---

(1) *Semblanzas literarias*, 416 págs.—Ed. Suárez, 1908.

(2) *Ensayos y Revistas*, 494 págs.—Ed. Fernández Lasanta, 1892.

(3) "Valvédre" 360 págs.—Ed. Michel Levy, 1874.

Alina, esposa de Valvédre, pequeña, delicada, pálida, distinguida y con unos ojos que, según la luz que reciben o según la emoción que traducen, parecen ser azules, negros, verdes o pardos; Alina, enferma de tedio, de orgullo y de duda, como todos los hijos de Lelia y de René; Alina, que se decepciona y aparta de su marido, no porque haya dejado de amarle, sino porque tiene celos del estudio, de la ciencia, de todas las actividades del alma distintas de las del amor; Alina confiesa que su esposo es su dios y que no tiene más dios que su esposo (página 243). Su cariño es tan excluyente, que su hombre, el hombre que se dice suyo, se podrá divertir con las curiosidades de la naturaleza, pero no debe sentirse apasionado sino de la persona, del amor de Alina (pág. 244). “Me parezco a los bancos de coral de que me habéis hablado, que se adhieren tranquilamente a su roca. Vos sois mi roca, mi refugio, mi puerto” (pág. 250). El tedio es la úlcera y el terror de Alina (página 254). — “Sin conocer el amor verdadero, el verdadero sacrificio, le hace falta el juego, el drama, la tragicomedia de la pasión que la emociona en el teatro y que quisiera realizar en su camarín.” (pág. 257). — Francisco Valigny, para que resalte el parentesco de que os hablé, le grita a la esposa de Valvédre: “Y bien, somos dos seres impulsivos, apasionados, imposibles para los demás, pero tan necesarios el uno al otro, como el relámpago a la centella”. — “¡Bah! somos de la raza de los poetas, es decir, nacidos para padecer y para consumirnos en la sed de un ideal que no es de este mundo” (págs. 270

y 271). Alina no está enamorada de ningún hombre, está enamorada del amor, y el adulterio la asusta tanto como el matrimonio: éste y aquél son los verdugos de la pasión, porque asesinan al deseo, sin el cual la pasión no puede vivir; el deseo es el alimento del amor (página 301). Alina huye con su galán, pero no adultera, la horroriza la idea de darse completamente, y concluye por comprender que se debió arrojar arrepentida a los pies de Valvédre. — “¡Oh ilusión, ilusión! ¡en qué infortunios me has precipitado!” (pág. 310).—Y Alina se muere poquito a poco, como una lámpara que agotó su aceite y como dicen que mueren los pájaros aquellos que no han visto morir a pájaro alguno; se muere poco a poco, de una enfermedad que no tiene nombre y que no tiene cura, entre Francisco, que quisiera prolongarle la vida y Valvédre que acude, como un misionero, para perdonarla y devolverla a Dios (pág. 322).— Valvédre y Francisco tienen un amigo con dos hermanas, Enrique Obernay: Adelaida, la más inteligente, la más instruída, la de más carácter, la de más hermosura, se casa con Valvédre; y Rosa, la más joven, la más femenina, la más terrena, la que sabe menos, se casa con Francisco. Y ¿la muerta? Los muertos no impiden a los otros seguir viviendo ni en lo prosaico de la realidad, ni en el romanticismo de las novelas. — *Le dernier amour* (1), escrita en mayo de 1866, es sobre todo y antes que nada, una novela de pasión, de pasión voluptuosa, de

(1) “Le dernier amour”, 126 págs.—Ed. ilustrada, Calmann Levy.

pasión lasciva, de pasión sensual. Silvestre, con su abuso de filosóficas reflexiones sobre su desventura de marido engañado, nos interesa menos, cien veces menos, que Felicia entregándose locamente a Tonino y que Tonino explotando de un modo abyecto la pasión de Felicia. Esta pasión no es ya la pasión de las novelas del primer modo, y sí una pasión muy cercana a las pasiones del naturalismo, porque hay algo de mórbido, de clínica, de hospital, en aquella mujer que se da a Sixto More, a Tonino, a Silvestre, como a los quince años se dió a la lujuria del forastero que la hizo madre. En este romance Jorge Sand se afirma en su parecer de que la pasión es la rueda que pone en movimiento al mundo. Ella es la que produce, la que fabrica los hechos realizados, es decir, la historia; las cosas bellas, es decir, el arte; y las cosas buenas, es decir, el conocimiento de la verdad. Todos los seres, los hijos de nuestra inteligencia y de nuestra carne, son obra suya, y si pudiérais suprimir las pasiones, que no son sueños, que no son fantasmas, habríais suprimido a la humanidad (pág. 77). — En las novelas de Jorge Sand no podía faltar lo antagónico, que es la esencia de lo romántico. Sus heroínas luchan, casi siempre, entre dos amores: el de un mancebo más o menos ardiente, con más o menos nerviosidad, con más o menos quimeras en el magín; y el de un hombre maduro, que ya ha vivido, que está cansado, que no gusta de tempestades y que, por lo común, conquista la victoria en el torneo de la pasión, una vez casándose con la heroína y otras

recibiendo su última mirada, su suspiro último. Indiana no se desposa con Ramón, se desposa con Ralph; Lelia, que empezó por amar a Stenio, concluye por morir a solas con Tremor; Alina, agonizante, vuelve a la esperanza de lo infinito escuchando a Valvédre; Felicia se suicida junto a Silvestre y lejos de Tonino; Teresa, en *Elle et lui*, ve en Lorenzo a la causa de sus sollozos y en Pálmer al autor de sus alegrías, al que le devuelve las venturas santas del amor maternal, al que la coloca bajo la angélica protección de su hijo Manuel; y Laurencia, por último, concluye por convertirse en la esposa de Mac-Allan, cuando comprende que nunca amó a Frumencio y cuando rompe su compromiso con el débil Mario, en el romance interesantísimo que se titula *La confession d'une jeune fille*.

- 22.-Las creencias. — En el segundo de sus años de colegio <sup>(1)</sup>, se volvió devota, de golpe, de súbito, como por milagro, en una hora de éxtasis y de alucinación (III, pág. 186). En el mismo año, a los pocos días, escuchando la historia de la vocación de la hermana Elena, sintióse como herida por un contacto eléctrico y se dijo resueltamente: ¡Yo también seré religiosa! (III, pág. 206).— En el tercer año disminuyó su sed de austeridades, notó que su fervor disminuía, tuvo escrúpulos de conciencia, y cayó en una gran desesperación.—El abate de Premord le impuso por penitencia las dis-

(1) "Histoire de ma vie" — Ed. citada.

tracciones, y pronto recobró la salud del cuerpo y la paz del espíritu, improvisando charadas y pequeñas comedias con las condiscípulas de su misma edad (pág. 236). — Siguió siendo devota sin exageraciones, complaciente, divertida, jovial; pero su abuela, la volteriana, a la que no inquietó su misticismo triste, impropio de sus años, miró con recelo su religiosidad serena y jubilosa, su creciente cariño a la vida claustral y le anunció, causándole un dolor infinito, que regresarían juntas al Berry (III, pág. 247). — Gustavo Flaubert (1), en 1866 y en 1867, sostiene una larga correspondencia con Jorge Sand. En el primero de aquellos años le dice que “en ella las ideas fluyen largamente, incesantemente, lo mismo que un río” (III, pág. 295); le pregunta “bajo qué constelación ha nacido para reunir en su persona cualidades tan diversas, tan numerosas y tan poco comunes” (III, página 302); confiesa que “la asombra que esté viva aún habiendo pensado tanto, escrito tanto y padecido tanto” (III, pág. 312); y le comunica que ha “hallado a los Goncourt admirando frenéticamente una obra titulada *Historia de mi vida*, por G. Sand” (III, página 383). — Flaubert, por su parte, cuando le acusó recibo de esta obra, expresóle que lo que más le había llamado la atención era el relato de la vida en el convento (III, pág. 300). — Y bien, abandonó el convento creyente y apesadurada (2), porque el convento se había transfor-

(1) “Correspondance”, 4 series o tomos.—Ed. Charpentier, 1916.

(2) “Histoire de ma vie”—Ed. citada.



mado en su paraíso sobre la tierra (III, página 247). — En Nohant se entregó a la lectura y comparó el cristianismo del teólogo Gerson con el romántico cristianismo de Chateaubriand, la *Imitación* con *El Genio*. — La de Gerson le parece una doctrina de un egoísmo abominable, odiosa y contraria a la doctrina del Evangelio; Gerson escribió el código sin entrañas del tonsurado; Gerson concluye con todos los deberes; Gerson, con los ojos puestos en lo azul sin fin, separa al hombre de la familia, de la patria, de la humanidad, porque todo debe sacrificarse a la idea de un mundo mejor (III, pág. 288). — El cristianismo de Chateaubriand es más pomposo, más amable, más artístico, más noble, más humano, porque favorece al genio, depura el gusto, desenvuelve las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, prescribe el examen y no rompe los lazos que unen al hombre con la tierra, con el siglo, con los otros hombres, convirtiendo en puntales de la fe religiosa a todos los encantos de la fantasía y a todos los intereses del corazón (III, pág. 291). — Empezó a dudar, alimentó sus incertidumbres con lecturas nuevas, y ya, aunque seguía practicando el culto exterior, habíase apartado de la doctrina del catolicismo cuando llegó a Rousseau, sintiéndose embriagada y poseída por aquel hombre, que fué el hombre por excelencia de la pasión y del sentimiento (III, página 304). — Si es grande el influjo que sobre ella ejercieron Lamennais y Leroux, es porque éstos con sus palabras no destruyen, sino que fortifican su culto íntimo, su culto

propio, la religión aprendida en los libros cálidos y elocuentes de Juan Jacobo. En su fragmento sobre Rousseau, — que encontraréis al fin del mismo volumen en que está publicada la fantasía, el extraño romance que escribió en 1837 con el título de *L'Uscoque* <sup>(1)</sup> — ¡con qué entusiasmo os gritará que amó con todos sus errores y todos sus defectos al ginebrino célebre, siguiendo cada uno de sus pasos en la montaña y cada una de sus transformaciones en la vida! (pág. 250) — ¡con qué entusiasmo exhortará a los amadores del ginebrino para que le admitan y le veneren con todas sus faltas y aún con sus crímenes, desde que expió sus horas de ceguera con largos y agudos remordimientos! (pág. 262) — ¡con qué entusiasmo os observará que, sin aquellos extravíos y aquellas contricciones, tal vez sería menos bella, menos humana y menos trascendental la obra de Rousseau! — ¡con qué entusiasmo os afirmará que Rousseau es un cristiano tan ortodoxo para la iglesia del porvenir como lo son para la iglesia de lo que fué el perseguidor Pablo y el centurión Mateo! — ¡con qué entusiasmo os dirá que basándose en los mismos principios que los primeros cristianos, aunque bajo distintas formas, el alma de Rousseau, como el alma de aquéllos, soñaba con la igualdad, con la tolerancia, con la fraternidad, con la vida futura y con la justicia divina! — ¡con qué entusiasmo os recordará que el alma de su filósofo practicó la humildad, la

---

(1) "L' Uscoque", 267 págs. — Ed. Calmann Levy, 1885.

pobreza, el renunciamiento, el retiro y la meditación como los primeros cristianos, coronando esta vida fuertemente marcada de sentimientos, ya que no de fórmulas cristianas, con un acto resplandeciente de cristianismo primitivo, con una confesión pública! (pág. 264) — ¡y con qué ira se vuelve contra los que le combatieron y le amargaron, contra los rencorosos despechos de la aristocracia, contra la ceguedad de sus iguales por la inteligencia, contra la persecución de las pequeñas repúblicas hugonotas, contra la intolerancia de los católicos y de los luteranos, contra el fanatismo de la turba campesina de Moutiers-Travers! (pág. 265) — ¡y con qué dolor se queja de que Rousseau careciese de fe en el porvenir, buscando el ideal en el pasado, en la aurora de la vida del hombre, en el fondo de la selva primitiva, en donde no era posible encontrarle, porque el ideal no brilla sobre la cuna, sino que resplandece sobre la edad viril del género humano! (pág. 266). — Con razón, pues, Carlos de la Rounat (1) ha podido decir en el prólogo de una de sus obras dramáticas: “Sin los españoles, no hubiéramos tenido a Corneille; suprimid a Montaigne y no tendréis a Rousseau; suprimid a Rousseau y desaparecerá una gran parte de Jorge Sand”. — Así la Sand cree, más feliz que otros, en el arquitecto del universo, en la inmortalidad del alma, en el triunfo del bien; pero no cree en ninguna religión positiva, ni en sus premios tan infantiles como eternos, ni en lo bárbaro de sus castigos

---

(1) “*Marcelline*”, drama, prosa, cuatro actos.—Ed. Calmann Levy, 1871.

sin esperanza, ni en todo aquello que ya no reconforta ni aterroriza a los humildes, a los perseguidos, a los desheredados de la tierra. — Odia francamente al catolicismo; a los pontífices y a los concilios que han olvidado el sermón de la montaña, la prédica de amplísima misericordia del mártir nazareno; a los papas, aliados de los reyes del tiempo aquel, contra la libertad nacional de los pueblos y contra la libertad política de los hombres.—Esa aversión, que hallo en la mayor parte de sus novelas, culmina en una obra de su último modo, en *Mademoiselle La Quintinie* (1). Los amores de Emilio Lemontier con Luisa La Quintinie, son un desafío entre las ideas del padre del primero y las ideas del abate Fervet, que fué y quiere seguir siendo el director espiritual de la segunda. Blanca, la madre de Luisa, la esposa de La Quintinie — un militar tan zote como valiente — no amó a su marido, cuyas caricias la repugnaban: amó a otro hombre con una amistad pura, a un hombre a quien le era vedado amar con amor terreno, y aquella amistad santa hízole apetecible la vida monjil. La joven, un día, se apercibió de que pasaban en lo íntimo de su ser fenómenos extraños, “choses étranges”, y débil, en angustia y en confusión, dejó que sus padres dispusiesen sus bodas, encontrando en éstas no la paz que buscaba, sino el oprobio, el desdén de sí misma, la desesperanza y el aborrecimiento para su marido. No sabemos, aunque lo adivinamos sin dificultad, el

---

(1) “*Mademoiselle La Quintinie*”, 347 págs.—Ed. du Centenaire.

nombre de aquel a quien amó en secreto; lo que sí sabemos es que, después de oirla en el tribunal de la penitencia, Moreali o Fervet se espanta, siente turbados sus sentidos, vacilar su virtud y, para huir de la tentación, renuncia a todo trato con la señora de La Quintinie (páginas 297, 298 y 299). — Blanca, al morir, quiere verle otra vez, le habla de su hija, se la recomienda y le hace jurar que la querrá lo mismo que si fuese la hija de su carne y de su sangre. “Ella, le dice, es en verdad vuestra hija, porque en vos pensaba y mi alma abrazaba a la vuestra cuando fué concebida en mi seno, siendo su espíritu una llama desprendida de vuestro espíritu”. El deseo último, el último voto de aquella mujer, que muere como una santa, es que Fervet preserve a su hija del matrimonio, “que es una vergüenza y un embrutecimiento”; y que su hija tenga vocación religiosa y se consagre al claustro, no viendo en la vida sino un camino de renunciamientos y penitencias que conduce a Dios (pág. 306). — Es por eso que Moreali quiso educar para la clausura a la hija de Blanca, combatiendo su desposorio con Emilio Lemontier; pero el hallazgo de una carta de la mujer que amó al sacerdote, manifestando una voluntad que contradice su último voto, convence a Moreali de que su obligación es derribar todos los obstáculos que se oponen al casamiento de Luisa y Emilio. — Esa novela — contestación a la *Histoire de Sibylle*, de Octavio Feuillet — es el torneo entre la ortodoxia más primitiva y el liberalismo más exacerbado. — La primera sostiene que la voluntad divina no

creó la tierra para la felicidad de los hombres: que las artes, refinamiento pueril, y las ciencias, aumentando el poder de la industria, como nos hacen más grata y más cómoda la vida terrestre, nos apartan de Dios. No, no se debe contemporizar con los gozos, con los progresos, con las vanidades del siglo: la vida de aquí no tiene más objeto que la conquista de la vida celeste, y al cielo no se llega sino por el camino de las renunciaciones, las miserias, los ultrajes, la lucha, el martirio, la contemplación. No, no se debe transigir con la humanidad corrompida y consagrada al culto de la materia: para abrirle las puertas de lo infinito, nuestra alma debe ser como un nuevo Cristo, como un abnegado y doloroso y austero Salvador (págs. 110 a 113).

—La respuesta, dura y encolerizada, está esparcida por todo el romance. Oíd: la confesión es perniciosa o inútil (pág. 44); los devotos se desvinculan sin miramientos de la familia (página 57); en los claustros domina un espíritu estrecho, un ascetismo sin calor y una protesta sincera, pero salvaje y estúpida, contra el porvenir de las sociedades civilizadas (pág. 103); no debe creerse en las torturas materiales y eternas del infierno (pág. 104); no se encuentra a Dios en el sueño del corazón y en la soledad del espíritu: Dios se revela a los que le buscan en el pensamiento de un gran deber o de una afección grande (pág. 197); hay un culto supremo, que está por encima de todos los cultos, y que nos dice que el albedrío de la conciencia debe ser respetado hasta en los mismos umbrales del sepulcro y también más allá

de la tumba (pág. 230); Dios quiere ser libremente comprendido, a fin de ser libremente amado (pág. 263); la iglesia, al decretar el celibato de sus levitas, creó un orden de pasiones extrañas, mórbidas, intolerables, nunca satisfechas y a menudo difíciles de comprender: apetitos de crimen, de vicio o de locura, que no son otra cosa que una desviación del más legítimo y necesario de los instintos, siendo monstruoso que, al mismo tiempo que los concilios decretaban así la muerte física y moral del sacerdote, le confiasen inconsecuentes, manteniendo el confesionario, las más secretas intimidades del corazón de la mujer (pág. 315); el Dios que se goza en los suplicios que no tienen término, es más espantoso que los ídolos bárbaros cuyas bocas de bronce bebían sangre: ¡su avidez necesita el infierno de donde saldrá por todos los siglos, para que su justicia se regocije, el olor de la carne siempre quemada y palpitante siempre! (pág. 318).

**23.-Su poder imaginativo.** — No busquéis en ella la maravillosa polipersonalidad shakespi-reana. En todos sus romances hay algo de su yo, de su ser moral, de sus dolores o de sus ensueños. Así es su fantasía: encarna sus ideas y sus sentimientos, sus esperanzas y sus misericordias, en los personajes de sus libros mejores. Eso no le impide ser una potente imaginativa, la gran creadora de un mundo complejo, verosímil a veces y a veces fantástico. Como es el eco de la sensación de la hora que se va, del instante que pasa, sufre un sinnúmero de

metamorfosis, en las que perdura su esencia bondadosa, su rebeldía contra lo injusto y lo mentiroso. En todas sus novelas están esos dos rasgos, esa es la unidad de su variedad; pero hay heladas cumbres, escabrosas vertientes, risueñas llanuras y oscuros abismos, con múltiple fauna y múltiple flora, en el universo de su producción. — Su fantasía engendra sin fatigarse, amamanta incesantemente, es como una tierra fecunda, es como una maternidad bendita: fluye, corre, copia su techumbre y sus márgenes,—es decir, utiliza los materiales que el cerebro y los sentidos le proporcionan, — igual a un arroyo de trayecto largo, cuyas aguas reflejan ya un azul sin nubes, ya un cielo sombrío, ya los tallos derechos de un cañaveral, ya unos sauces que agobia la melancolía, ya cultivadas huertas, ya silvestres arbustos con nidos y con flores. — Recordad: en la época de su primer modo, en 1837, en el mismo año en que escribió Mauprat, produce *Les maitres mosaïstes*. (1). No puede darse, en un ingenio, cambio mayor. El primero es un romance de amor humano, el segundo trata del amor artístico; en el primero se batalla por una mujer, en el segundo se lucha por la gloria. El segundo nos cuenta las aventuras de los dos Zuccato; de Francisco, el débil, y Víctor, el hermoso; de los conservadores del brújico y antiguo color veneciano; de los que peregrinamente taracearon de piedras policromas la bóveda colocada sobre la magna puerta inte-

(1) "Les maitres mosaïstes", 238 págs.—Ed. Calmann Levy.



rior del templo de San Marcos. — Allí el afán de lucro de Vicente Bianchini y la envidia incurable de Bartolomé Bozza se confabulan, entre alegres carreras de sortijas y procesiones de gremios confederados, para arrebatarse el uno sus contratas y el otro sus laureles a los dos Zuccato, a Francisco que vive sin otros júbilos que los que dan las musas, y a Victorio que vive para el arte y para el placer. — Allí resurge la Venecia inquisitorial, la del Renacimiento, la de las prisiones hondas y obscuras como sepulcros, la de los milagros del pincel y el buril en las centurias décima quinta y décima sexta; y allí, por último, el bien aplasta a la serpiente rastrera de la envidia, recibiendo los dos hermanos mosaístas el galardón que concede a su numen un tribunal augusto, un tribunal que forman Sansovino, Schiavone, Pistoia, Ticiano, el Tintoreto y el Veronés. — Comparemos dos de las obras de su modo último. — Todas las páginas de *Constance Verrier* (1) os repetirán insistentemente: la pasión es impura, egoísta, caprichosa en los hombres. El autor, para demostrarlo, se sirve de tres mujeres: una cantante, una burguesa y la viuda de un duque. La primera que lo sostendrá es Sofia Mozzelli, que, huyendo de las escaseces de la montaña, cree amar a un pintor barbado, cabelludo, y que pronto la deja para casarse con una prima sin atractivos y de mucho dinero; Sofia Mozzelli, que después de otro lance muy inverosímil con un viejo paternal y

---

(1) "Constance Verrier", 248 págs.—Ed. Calmann Levy, 1900.

libidinoso, se ofrece a un empresario de ópera barata y, "como en Italia todo se improvisa, el amor, la guerra, el arte y el triunfo", se convierte en el ídolo del público veronés, y se apasiona de un verdadero artista, de un bajo cantante con magníficos ojos y una voz de trueno, que sucumbe en un accidente, en la abertura inesperada de un escotillón; Sofia Mozzelli, que pasa luego de mano en mano, sintiendo y haciendo sentir pasiones que son una mixtura de desdén y de odio, pasiones que os consumen y que os destrozan; Sofía Mozzelli, que encontró la gloria, pero no el amor, en el desorden, en las excentricidades, en los placeres rápidos y costosos de que hizo gala en Milán, en Nápoles, en Viena; Sofía Mozzelli, que al fin encalla "en la impotencia del corazón por el camino de la saciedad". — También lo sostendrá la hermosa y rubia duquesa de Evereux, casada con el más amable y el menos amoroso de los hombres lindos; la duquesa que, a los ocho días justos de su boda, le dice a su marido, mostrándole sus espaldas desnudas de diez y seis años, con los ojos húmedos, con accesos de risa, con un poco de fiebre, un torpe ¡yo te amo! en el que puso toda su alma, su vida entera; la duquesa, a la que la extraen el pus del romanticismo un esposo impassible y cortés, una madrina sutil y experimentada, una rival cuyo único mérito es hacer piruetas sobre el escenario, y la lectura de las memorias en que se refieren los galanteos de las antiguas cortes; la duquesa, que convencida de que el egoísmo es la ley general, se desprende de su amor importuno e

inútil, cuyos sollozos, cuyas languideces, cuyos celos y cuyos desvaríos sin fin no eran más que las manifestaciones de una espantosa dolencia del alma; la duquesa que, después de haber procurado amar a varios amadores, ve que sólo adoró a su marido, sin desconocer que su amor por el duque, como todos los amores románticos, era una especie de seta emponzoñada, de hongo venenoso, producto de una civilización enferma. Constanca Verrier, que no tiene historia, contradice a la duquesa y a la cantante. Están equivocadas: los novios se deben una fidelidad recíproca. — ¿Qué ganaría con engañarla su prometido, su noble Raúl? Resulta que Raúl, durante un viaje y en pleno noviazgo, ahogó con sus besos los gritos lujuriosos de la hermosa Mozzelli y las lúbricas risas de la también hermosa duquesa de Eve-reux. Constanca lo descubre, padece y enferma; pero termina por perdonar, por casarse y por ser dichosa. ¿Qué hemos de hacerle! Ningún hombre llega libre de culpas al tálamo nupcial. Es un error, una injusticia, un crimen, pero es así. Su novio nunca dejó de amarla; vuelve contrito a ella y ella tampoco puede dejar de adorarlo: se aman los dos con amor verdadero, y “el amor verdadero concluye siempre por triunfar del sofisma de los sentidos y de las paradojas de la imaginación”. — Comparad este romance decepcionado con la novela *Antonia* (1), en la que se disputan a la linda madama de Estrelle un viejo millonario, Anto-

---

(1) “Antonia”, 389 págs.—Ed. Calmann Levy.

nio Thierry, y un sobrino de éste, el joven y apuesto y varonil Julián. El primero devoto de la horticultura, de las plantas exóticas, de las flores raras; y el segundo un pintor que reproduce con arte maravilloso los racimos de lilas, en los que aún se estremecen las gotas del rocío de la mañana, — o los lagartos ágiles, manchados de verde y amarillo y azul, que tuestan a la lumbre roja de las doce su dorso compuesto de laminillas. El viejo Antonio está bien concebido y bien retratado con sus intermitencias de extravío y cordura, con sus irascibles testarudeces y con sus despóticas generosidades, con la codicia de bautizar con su nombre plebeyo a una liliácea nueva, de gran tamaño, y en cuya corola lo níveo sin mancha se jaspea de róseo vivísimo, envolviéndose en ondas de cinamomo exquisito y embriagador. El viejo Antonio, como supondréis, concluye casando al apuesto Julián con la linda señora de Estrelle. El amor es el asunto de *Constance Verrier* y el asunto de *Antonia*; pero, ¿qué diferencia entre la marquesa viuda de Estrelle y la duquesa viuda de Evereux! Las dos son jóvenes, las dos son hermosas y a las dos las tortura el deseo de amar; pero en tanto que la viuda del duque trata de consolarse con galanteos de corta duración, la viuda del marqués ama con nobleza y le dice a su preferido: “las aventuras vulgares no convienen a un hombre como vos, y a una mujer como yo le es imposible la galantería”. — Y llega la revolución gigante, el movimiento que sacudió trágicamente al mundo, y que, al confiscar los

bienes del tío Antonio, le sorbió el poco seso que le quedaba. Un día le encontraron en un banco de su jardín, inmóvil y teniendo a sus pies una regadera a medio llenar. Murió de pronto, murió sin sentirlo, entre colores, entre perfumes, entre rayos de sol. Murió de pronto, murió sin saber que ya había pasado aquella revolución que nos dijo por los labios de Robespierre que "sólo es justo lo que es honesto y que sólo es útil aquello que es justo"; la revolución que, frente a los devotos de la guillotina que piden y obtienen la cabeza de un rey, junta los dos vocablos "humanidad santa", que salen encendidos de la boca de Vergniaud; la revolución que harán inolvidable Mirabeau con lo sublime de su elocuencia, Dantón con lo sublime de sus audacias y Condorcet con lo sublime de sus profecías sobre el porvenir de la humanidad, profecías que nos anuncian que la ciencia humana, más misericordiosa que la divina, suprimirá el dolor y matará a la muerte, convirtiendo la hoy transitoria vida del hombre en una vida sin término señalado, sin fin conocido, serena y augusta como todo lo que es inmortal. Comparad ahora a Antonio Thierry, que tiene la pasión de la horticultura, con Sinfioriano de Germandre (1), que tiene la pasión de la mecánica: ¡qué diferencia entre sus egoísmos y sus manías! El plebeyo Antonio no sabe capear la tempestad, y la revolución le confisca los bienes; el marqués Sinfioriano cruza por el incendio como una salamandra, porque compra el influjo de los codiciosos con poderío y aplaude

---

(1) "La famille de Germandre", 205 págs.—Ed. Calmann Levy, 1890.

las arengas de los montañeses más exaltados. El plebeyo Antonio enriquece con ejemplares nuevos a la botánica y propaga la aclimatación de los árboles útiles; el marqués Sinforiano estudia tercamente lo que a nadie interesa y para nada sirve. El plebeyo Antonio, como no es egoísta por índole mala y sí por necio orgullo, concluye mostrándose bondadoso y haciéndose querer; el marqués Sinforiano, que no tiene afectos ni los apetece, vive para sí y sólo para sí, construyendo cofres sin llave ni cerradura, piezas mecánicas de muy ingeniosa y complicadísima combinación. El plebeyo Antonio quiere que lloren sobre su cadáver; el marqués Sinforiano quiere que calculen junto a su sepulcro, pues dispone, al morir, que su fortuna pase al pariente que, sin romperlo ni violentarlo, haga funcionar el oculto resorte de un cofrecillo que corona una esfinge fundida en oro. *La famille de Germandre*, lo mismo que *Antonia*, es una romántica novela de amor, que se inicia con el entierro y concluye con la abertura del cofrecillo del marqués Sinforiano. La obra de la célebre novelista es una humanidad por lo variado y por lo numeroso de sus personajes — buenos, mediocres, malos, excéntricos, sublimes, alegres, sombríos, productos de su exaltada imaginación o copias de la vida cotidiana, pero a manera de esos retratos que embellece el fotógrafo o hermosea el pintor. Y lo mismo que pasa con los caracteres, ocurre con los episodios, donde la ficción se mezcla hasta confundirse con la realidad, a fin de que el romance, que no es como la obra del historiador o como el trabajo del gacetillero, no

descienda del mundo de la fantasía ni renuncie a su índole de labor poética. Aun para los que admiten, como yo admito, que la novela es una de las formas o géneros de la poesía, es indiscutible que el novelador desconoce la naturaleza y los cánones del género que cultiva, cuando abusa del privilegio que permite idealizar el asunto y los personajes. *Leone Leoni, Le Piccinino, Consuelo y Flamarande*, son claros testimonios del enorme abuso que de ese privilegio hizo la musa de Jorge Sand. Esta misma unión, no siempre acertada, de lo verosímil y lo quimérico, se nota a menudo en muchas de las novelas de su juventud, en todos sus romances humanitarios y en casi todos sus idilios burgueses. No debe, sin embargo, olvidarse que su teoría de la novela es la antítesis de la teoría de la novela que promulgó Balzac en el prefacio, escrito en 1842, del primero de los romances de su *Comédie Humaine* (1). — Balzac nos dice que se propuso acumular todos los hechos, todos los datos, todos los detalles precisos para retratar con exactitud, tales como eran, los seres, las cosas, las costumbres, las pasiones, las ideas, el cuerpo y el alma del tiempo suyo, es decir, la vida privada, la vida social, la vida política, la vida militar, la vida campesina y la vida filosófica de todas las clases y todas las comarcas de su país en la centuria en que floreció su ingenio portentoso. Oid a Jorge Sand juzgando a Balzac (2): “Es el crítico por

(1) “La Maison du Chat-qui-pelote”, etc., 322 págs.—Ed. Calmann Lévy.

(2) “Autour de la table”, 376 págs.—Ed. Calmann Lévy, 1882.

excelencia de la vida humana; es el que ha escrito no sólo para el deleite de la imaginación, sino para los archivos de la historia de las costumbres, las memorias del medio siglo que acaba de pasar. Ha hecho, para este período histórico, lo que otro gran trabajador, menos completo, Alexis Monteil, intentó hacer para la Francia de lo pasado" (pág. 198). "La novela ha sido para Balzac el marco y el pretexto de un examen casi universal de las ideas, de los sentimientos, de las prácticas, de los hábitos, de la legislación, de las artes, de los oficios, de las costumbres, de las localidades, en fin, de todo aquello que ha constituido la vida de sus contemporáneos. Gracias a él ninguna época pasada será tan conocida en el porvenir como nuestra época" (pág. 199). "Este conjunto de relatos tan sencillos, esta fabulación poco complicada, esta multitud de personajes ficticios, estos interiores, estos castillos, estas buhardillas, estos mil aspectos de la tierra y de la ciudad, todo este trabajo de la imaginación, es, gracias a un prodigio de lucidez y a un extraordinario esfuerzo de conciencia, un espejo en que la fantasía ha capturado a la realidad. No busquéis en la historia de los hechos el nombre de los modelos que pasaron delante de este mágico espejo, porque el cristal únicamente conservó los tipos anónimos; pero sabed que cada uno de esos tipos resume en sí solo toda una variedad de la especie humana: este es el gran prodigio del arte, y Balzac, que ha buscado tanto lo absoluto en cierto orden de descubrimientos, había encontrado casi, en su misma obra, la so-



lución de un problema desconocido hasta él, la realidad completa en la completa ficción" (página 200). Después de decirnos que las obras de Balzac,—aun las menos gustadas por nosotros cuando se las lee separadamente,—adquieren su verdadero valor, — como páginas de un gran libro que sería incompleto si una de ellas faltase, — cuando se las coloca y lee dentro de aquel conjunto lógico que lleva el título admirable y profundo de *La Comédie Humaine*, la Sand agrega: "Es preciso leer todo Balzac. Nada es indiferente en su obra general, y uno muy pronto se apercibe de que, en aquel inconmensurable aliento de su imaginación, nada le ha sacrificado a la fantasía. Cada obra ha sido para él un tremendo estudio. Y cuando uno piensa que no tenía, como Dumas, el poder de una memoria maravillosa; como M. de Lamartine, la facilidad y la abundancia del estilo; como Alfonso Karr, la poesía toda hecha en los ojos; como diez más, cuyo paralelismo sería largo y pueril de establecer, una cualidad dominante gratuitamente acordada por la naturaleza; sino que, por no poco tiempo, el trabajo de ejecución le fué muy penoso, que la forma constantemente se le rebelaba, que sacrificó dos lustros de su vida a extremados tanteamientos; que, en fin, estuvo en lucha continua con las inquietudes materiales, haciendo milagros para llegar a poder vivir a su antojo, — uno se pregunta qué ángel y qué demonio velaron al lado suyo para revelar todo lo ideal y todo lo positivo, todo el bien y toda la perversión cuya pintura nos ha legado" (pág. 203). — "No

queremos decir, por lo demás, con lo que antecede, que ninguno de sus romances no tenga valor intrínseco. Ha producido un buen número de obras maestras, que podrían ser aisladas del conjunto: *Eugénie Grandet*, *César Birotteau*, *Ursule Mirouet*, *Pierreite*, *Les parents pauvres* y muchas otras cuya popularidad jamás ha podido ser discutida de un modo serio" (pág. 204). — Como se ve, la competencia victoriosa que las novelas de Balzac hacen a las suyas, no le impide reconocer y proclamar los méritos altísimos de su contendor. Su criterio es tan sólido, tan sinceras sus aficiones, su gusto tan eximio que, en la época en que están más en boga los grandes folletines, — después de haber pagado su tributo a la moda del día con *Consuelo* y *La Comtesse de Rudolstadt*, — vuelve sobre sus pasos, se refugia en la sencillez ática y escribe sus inmortales idilios rústicos. Recordad: *La mare au Diable* aparece en 1844, es decir, en el mismo año en que Alejandro Dumas se adueña del público con su fecundidad, con su inventiva, con lo ameno de sus relatos, con el interés de sus tramas, con el relieve de sus personajes, con su hábil modo de mixturar la leyenda y la historia, con su estilo lleno de claridad y de buen humor, — incrustando en la retina de sus lectores, las indestructibles imágenes de D'Artagnan y Planchet, de Athos y Grimaud, de Porthos y Mosquetón, de Aramis y Bazin, de Richelieu y Buckingham, de Constanca y Milady. La Sand rinde tributo de adoración a la verdadera hermosura artística con el primero de sus romances campesinos en 1844, es decir,

cuando Dumas empieza a publicar aquel folletín dividido en tres partes, haciendo que desfilen, ante los ojos encantados y sorprendidos de los lectores, la antesala de monsieur de Tréville; el bastión de San Gervasio; el castillo de Winter y el convento de Bethune;—la sordidez de la corte de Francia bajo Mazarino; los principescos amores del abate de Herblay; la opulencia aburrida del señor du Vallón de Bracieux de Pierrefonds; la aventura galante de María Michon en el presbiterio de Roche la Abeille; el trágico drama de White Hall; Mordaunt flotando sobre el mar espumoso con el cuchillo de Athos en el corazón; las intrigas y los lances de la Fronda; el combate de Charenton y el despecho impotente de Ana de Austria; — Monck y Carlos II; las grandezas de la corte de Francia bajo Luis XIV; las alegres frivolidades de Hampton Court ; Malicorne comprando la influencia de Manicamp; el antagonismo de Wardes y Guiche; la rivalidad de Colbert y Fouquet; lo que dicen, debajo de un roble, las ninfas del parque de Fontainebleau; el cómo escribió el primero de sus cuentos droláticos La Fontaine, y el cómo Molière, en una sastrería, tropezó con la primera idea de una de sus comedias más celebradas; el lujo de las habitaciones y la esplendidez de los jardines del palacio de Vaux; el falso rey y el rey verdadero; la lucha entre el caballo negro y el caballo blanco; las fortificaciones de Belle Isle; la gruta de Locmaria, donde se canta aquel canto de Homero, cuya estrofa última describe la muerte del titán bonísimo que se llamó Porthos; los campos

de Africa, cerca de Djidgelli, donde queda extendido el cadáver de Raúl, en cuyo corazón el ángel de las sombras no puede borrar el nombre de Luisa de la Vallière; la casa tranquila, de blancas paredes, rodeada de sicomoros, que tiene por fondo un macizo de árboles que empolva la primavera con fraganciosa nieve de flores, y en donde el alma del conde de la Fére, el alma de Athos, se aleja de la tierra para seguir, por los senderos de la eternidad, al alma de Raúl; y aquel fin de batalla en el suelo holandés, donde cae D'Artagnan, herido en el pecho, entre redobles de tambor que anuncian la victoria, oprimiendo en su mano crispada el bastón de mariscal, el bastón bordado con flores de lis, y exclamando con el último respiro: "¡Athos, Porthos, hasta la vista! ¡Aramis, para siempre adiós!" — La Sand escribe el primero de sus idilios rústicos en 1844, es decir, en la misma fecha en que aquel gigante, que trabajó diez horas diarias durante veinte años, — lo que no le impide comprar a los unos ideas aún no realizadas y comprar a los otros capítulos inéditos aún,—empieza a publicar otro romance sensacional, haciendo que los grandes y los chicos sueñen todas las noches con el abate Faria, con Edmundo Dantés, con el banquero Danglars, con el juez Villefort, con el general Fernando Mondego, con Mercedes la catalana y Haydée la griega, con Eloísa la envenenadora y Eugenia la varonil, con los amores de Maximiliano y de Valentina, con los crímenes de Caderousse y de Benedetto, con Bertuccio y Ali, con la excelente familia Morrel y con los románticos ban-

didos de Vampa. — Mientras la fantasía desenfundada del viejo Dumas, como un río que rompe sus represas, invade los campos de la historia, mezclando a capricho lo que sacó de sus lecturas a medio hacer, de sus excursiones de viajero y de sus contactos con la vida diaria, en la que siempre vió una aventura alegre y romancesca; mientras, digo, aquella desenfundada imaginación nos cuenta lo ocurrido en la lúgubre noche del 24 de agosto de 1572, noche que sirve de prólogo a los amores infortunados de la reina Margarita con el conde de La Molé y de la duquesa de Nevers con el conde de Coconnas; mientras aquella desenfundada imaginación nos cuenta como, envenenando las hojas de un libro de cetrería para envenenar a Enrique de Navarra, Catalina de Médicis emponzoña la sangre de Carlos de Valois; mientras aquella desenfundada imaginación logra que sólo se hable en los salones y en las porterías de las rivalidades de Enrique III y del duque de Anjou, de Saint Luc y sus bodas, de Madama de Montpensier y sus tijeras, de Bussy de Amboise y Diana de Meridor, de David apaleando a Chicot y de Chicot matando a David, de fray Geronflot y su asno Panurgo, del sainete en la abadía de Santa Genoveva y del poema épico en la casa que está frente a la calle de Santa Catalina, de la vileza de Monsereau y del duelo en que mueren Ribeirac, Livarot, Schomberg, Maugiron y el tan caballeresco como heroico Quelus; mientras aquella desenfundada imaginación nos pinta el suplicio de Salcedo, la gracia encantadora del mayor y la inefable

tristeza del más joven de los Joyeuse, a los cuarenta y cinco gascones que recluta Epernon y a los extraños religiosos de la abadía de fray Modesto, el modo como Chicot fué recibido en Nerac y el modo como Enrique de Navarra tomó a Cahors, el modo como Guillermo el Taciturno defiende a Flandes y el modo como Diana de Meridor vengó a Bussy de Amboise, asesinando con una fruta, unas flores y una bujía, a Francisco de Anjou; mientras aquel narrador incomparable, mientras aquel enorme imaginativo, escribe y publica desde la trilogía novelesca de *Les trois mousquetaires*, hasta la trilogía novelesca de *La reine Margot*, o, si lo preferís, desde *Le comte de Monte-Cristo* hasta aquella asombrosa serie de episodios, basados en la revolución de 1789, que inician las *Memoires d'un medecin*, con Althotas y su elixir rejuvenecedor, con Bálamo o Cagliostro y sus predicciones, con Lorenza y el vidente sonambulismo a que debió su dicha y su desventura, con Gilberto y su mala pasión por la orgullosa Andrea de Tavernay, con los admirables retratos de Luis XV y madama Dubarry, de Rousseau y de Teresa, de Nicolasa y de la familia de Magdalena Pitou, lo que nos conduce, como por la mano, a la segunda de las novelas de aquella larga serie, — a *Angel Pitou*, — en la que asistimos al acto fundamental de la revolución, a la toma de la Bastilla; mientras aquel novelador, que aún distrae y divierte como ninguno, que nos legó muchísimos romances llenos de interés y muchísimas páginas llenas de encanto, convierte en oficio casi mecánico el arte de escribir, atendiendo al negocio y

despreocupándose de la gloria; mientras Alejandro Dumas escribe y publica desde 1844 hasta 1853 las obras citadas, Jorge Sand escribe y publica, entre otras producciones de menos valía, sus cuatro idilios rústicos, sus cuatro obras maestras. Hay en ella un ansia generosa de arte verdadero que no existe en Dumas, y hay en ella un derroche de idealismo consolador que no existe en Balzac. La Sand es así: cuando quiera pintaros algo caballeresco, os resucitará escrupulosamente una época histórica, como lo hizo de un modo insuperable en el primer tomo de *Les beaux messieurs de Bois Doré*, y cuando quiera pintaros alguna realidad de la vida, endulzará lo amargo, como lo hizo con pluma privilegiada en *Le marquis de Villemer*, — La Sand no se propuso escribir la *comedia humana*, sino la *égloga humana*, el *romance humano*, pintando al hombre no como el hombre es, y sí como ella ansiaba que fuese la humanidad. Idealista hasta la médula de los huesos, cree que el arte delinque al enseñarnos que lo monstruoso no tiene cura y que lo criminal no tiene redención, que eternamente se impondrá el más bruto y eternamente triunfará el más vil; que la vida es un castigo sin causa y el mundo a manera de estercolero. El fin del arte, para aquella mujer, no es el estudio de la realidad positiva, sino la persecución de la verdad ideal, es decir, un apostolado de ternura, de clemencia, de poesía, como la parábola y el apólogo de los tiempos primitivos. La miseria sin esperanza es como la ceniza donde se pudre el cuerpo de Job, y la fortuna no generosa, sin magnani-

midad, es como el sepulcro donde Lázaro yace enterrado vivo. ¡Haced que, a la voz de la musa de la novela, Lázaro se levante de su sepulcro, y que abandone su muladar, libre de la tortura de sus malignas llagas, nuestro hermano Job! ¡El arte debe sembrar el ensueño, aproximando el hoy al porvenir y haciendo que en las almas más toscas se despierte el sentimiento de la hermosura buena, como despertó a la princesa dormida en el bosque el beso de los labios del Príncipe Encantador! — Y hablemos, porque es justo, de los personajes de la obra maestra de su último modo, de la novela que se titula *Le marquis de Villemer* (1). El argumento es tan conocido, que relatároslo sería ofenderos: al insistir sobre los personajes de ese muy hermoso idilio burgués, lo único que persigo es continuar la demostración de que no mentía cuando sostuve que es tan variada como numerosa, y en no pocos casos tan numerosa como verdadera, la humanidad que engendró la musa de Jorge Sand. — Carolina de Saint Geneix, huérfana, sin fortuna, de veinticuatro años, de carne fabricada con pétalos de rosa y con pétalos de jazmín, de cabellos pintados de color de ámbar y de ojos pintados de color de mar, con sus dientes de perlas y sus pies de niño, es la señorita de compañía de la sexagenaria marquesa de Villemer. Para ayudar a una hermana viuda, con cuatro chiquillos, con poco carácter y sin ningún dinero, es que la joven aceptó el cargo que ocupa junto a la marquesa,

(1) "Le marquis de Villemer", 379 págs.—Ed. du Centenaire.



inválida, morena, que nunca fué hermosa, instruída, espiritual, amante de los perfumes, de la conversación, de recibir cartas, de responderlas y de los títulos nobiliarios. La ilustre dama se casó dos veces y es dos veces viuda: del primer matrimonio le quedó un hijo, el duque de Aleria, de treinta y seis años, "profundamente escéptico, regiamente pródigo y deplorablemente libertino". Gaetano de Aleria, de alta estatura y un poco grueso, de una gran distinción y de un gran atractivo, es un ocioso que alegremente dilapidó la riquísima herencia dejada por el duque, adeudándose luego en una forma tal que la marquesa tuvo que resignarse al sacrificio de su fortuna de millonaria para cubrir las deudas de su primogénito y mantener el lustre de la corona con ocho florones. Urbano de Villemer es el reverso de la medalla: el duque es robusto, y el marqués enfermizo; el duque no conoce sino la ciencia del deleite mundano, y el marqués, que estudia sin descansar, convirtió su memoria en una enciclopedia; el duque goza de una muy merecida reputación de desenfrenado, y el marqués goza de una bien merecida reputación de austero; el duque es alegre como unas castañuelas en continuo repique, y el marqués melancólico como el ocaso de una nublada tarde otoñal; el duque tuvo múltiples romances licenciosos sin consecuencias, y el marqués tiene un hijo de la única aventura de amores de su corazón. — La marquesa, buscando una esposa para el marqués pudiente y austero, dá con una fortuna para el duque calavera y pródigo,

porque es comprensible que el aristócrata frívolo, vivaz, gallardo, cortés, maestro en elegancias, con todas las cualidades de un gentil-hombre y con todas las experiencias de un hombre mujeriego, deslumbré y seduzca a la joven-cita Diana de Xaintrailles; como es comprensible que el marqués con su seriedad, con sus virtudes, con sus tristezas, con sus generosidades, con las ocultas ardentías de su corazón, con lo refinado de su pensar y de su sentir, atraiga y encariñe a la no común señorita de Saint Geneix. — ¿Y el título? No sería un inconveniente para la boda: Urbano está escribiendo un libro de historia, un libro en que relata las atrocidades de la nobleza de todos los lustros contra la justicia, contra el pudor, contra el progreso. El duque no escribe el proceso de su casta: el duque, preparando el ajuar de la huérfana con millones, que ve en sus locuras un seguro de dicha, corre regocijado del joyero a la fábrica, de la fábrica a la bordadora, porque el duque entiende como ninguno en cachemiras, en blondas, en diamantes, en sedas, en terciopelos, en todo lo que realza la hermosura, el donaire, el encanto de la mujer. Hay en la novela tres personajes concebidos y ejecutados con muchos primores, porque en su artística sencillez late y batalla la complejidad inherente a la vida: la marquesa y sus hijos, el marqués que comprende la verdad buena y el duque que delira por el lujo hermoso; los tres interesan, los tres son reales, los tres son sinceros, ninguno de los tres es convencional y los tres se graban en la memoria con profundo trazo. Ya dije que

el argumento no me preocupa: ya sé que no ignoráis que el marqués olvida sus primeros amores, sus amores con la casada que bajó al sepulcro a los pocos días de alumbrar el hijo de su adulterio; y sé que no ignoráis que vencido el chisme en que la marquesa funda principalmente su oposición, se desposan Urbano y Carolina. Las figuras de montañeses que pasan por el segundo plano de esta obra magistral, como las figuras de montañeses que pasan por el segundo plano de *Flamoronde* y otras novelas del último modo, — están ejecutadas con el acierto que ya encomiamos en los idilios rústicos. Peyraque y su esposa son dos lindos retratos de cuerpo entero, aunque siempre dentro del concepto que de la novela tuvo Jorge Sand. Su pluma ahonda los trazos característicos de los que habitan en los lugarejos, en las cumbres abruptas, en lo profundo de los añosos bosques, en las cabañas de las verdes praderas. Sabe pintar con rara y con bella exactitud a los rústicos, a la gente del campo, sean las que sean su edad, su carácter, su oficio o su región. Y no es extraño que yo piense así, porque así pensaban el saber y el buen gusto de don Juan Valera (1). Este nos dice hablando de Jorge Sand: "Sus rústicos son verdaderos rústicos, tostados del sol, encallecidas las manos del trabajo, mal vestidos, peor comidos y sin una peseta; no son ideales y cortesanos pastores engalanados de rosas y de moños, sin más ocupación que componer artificiosos versos o tocar el ca-

(1) "Obras completas", tomo XXI—Madrid, 1908.

ramillo, y en familiar convivencia y trato con las ninfas y los faunos y hasta con el mismo Amor y otras divinidades superiores; pero el Amor y la poesía los visitan interiormente y sacan de sus almas una luz encantadora, cuyo resplandor esclarece y trastrueca la escena como si la poblasen los faunos, las ninfas y todo el coro de las musas inmortales. No entro ahora en la cuestión de si Jorge Sand es un escritor más o menos inmoral o antisocial; sólo sostengo que es un eminente poeta" (pág. 29).—En el romance de que estoy hablando — como en *Malgré tout* y otras novelas del último modo, — hay hermosísimas descripciones de paisajes y de costumbres. Me refiero a la descripción del país delicioso en que está situado el castillo de Villemer (págs. 111 a 115); y muy especialmente a la descripción mucho más detallada, de la cuenca del Puy, en el departamento del Alto Loire (págs. 94 a 98, 101 a 108, 297 a 301 y 311 a 315). Y digamos, por último, que, como se nota en esta novela y en todos sus romances, su pluma pinta fidelísimamente los hábitos y copia fidelísimamente el lenguaje de las clases superiores, de las clases más distinguidas de la sociedad, — cuando así se lo exige la alcurnia aristocrática de los tipos que crea, — lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que fué educada por su abuela paterna, esposa de Dupin de Francueil e hija del conde Mauricio de Sajonia.

ma es siempre el que ocurre dentro de nosotros" (pág. 234). — Taine habla maravillas del estilo de la Sand, comparándolo con "un ancho río que fluye a bordes llenos", y nos dice que en parte alguna se encuentran alegatos más persuasivos, coloquios más hábiles, discusiones más arrebatadoras, "*crescendos* de pasión y de lógica en que el soplo oratorio y entusiasta no desfallece por un solo instante" (pág. 235). Se ocupa, por último, de los romances campesinos y afirma que, según su entender, "salvo la distancia de la prosa a la poesía, sus novelas rústicas son casi iguales al *Hermann*, y *Dorotea* de Goethe. Es único por el estilo, tan griego como el de Goethe, con la diferencia de que los versos de Goethe parecen imitados de Homero y que el relato de Jorge Sand parece inspirado por Jenofonte" (página 236).—Renato Doumic <sup>(1)</sup> nos dice que la Sand tuvo por númenes al amor, a la naturaleza, al entusiasmo y a la piedad (pág. 359). El mismo autor agrega que tiene el movimiento que arrastra y el ritmo que columpia, desenvolviendo con cierta lentitud, pero sin embarazo, aquel amplio período que es la verdadera locución francesa. El mismo autor añade que es a modo de río cuya loma de agua corre abundante, límpida, entre bordes floridos y oasis de verdura, en donde el paseante se detiene gozoso para soñar deliciosamente. El mismo autor afirma que impregnó a la novela con la poesía que llevaba en su espíritu, dando satis-

---

(1) George Sand, sa vie et son oeuvre, 268 pags.—Ed. Perrin, 1922.

ramillo, y en familiar convivencia y trato con las ninfas y los faunos y hasta con el mismo Amor y otras divinidades superiores; pero el Amor y la poesía los visitan interiormente y sacan de sus almas una luz encantadora, cuyo resplandor esclarece y trastrueca la escena como si la poblasen los faunos, las ninfas y todo el coro de las musas inmortales. No entro ahora en la cuestión de si Jorge Sand es un escritor más o menos inmoral o antisocial; sólo sostengo que es un eminente poeta" (pág. 29).—En el romance de que estoy hablando — como en *Malgré tout* y otras novelas del último modo, — hay hermosísimas descripciones de paisajes y de costumbres. Me refiero a la descripción del país delicioso en que está situado el castillo de Villemer (págs. 111 a 115); y muy especialmente a la descripción mucho más detallada, de la cuenca del Puy, en el departamento del Alto Loire (págs. 94 a 98, 101 a 108, 297 a 301 y 311 a 315). Y digamos, por último, que, como se nota en esta novela y en todos sus romances, su pluma pinta fidelísimamente los hábitos y copia fidelísimamente el lenguaje de las clases superiores, de las clases más distinguidas de la sociedad, — cuando así se lo exige la alcurnia aristocrática de los tipos que crea, — lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que fué educada por su abuela paterna, esposa de Dupin de Francueil e hija del conde Mauricio de Sajonia.

ma es siempre el que ocurre dentro de nosotros" (pág. 234). — Taine habla maravillas del estilo de la Sand, comparándolo con "un ancho río que fluye a bordes llenos", y nos dice que en parte alguna se encuentran alegatos más persuasivos, coloquios más hábiles, discusiones más arrebatadoras, "*crescendos* de pasión y de lógica en que el soplo oratorio y entusiasta no desfallece por un solo instante" (pág. 235). Se ocupa, por último, de los romances campesinos y afirma que, según su entender, "salvo la distancia de la prosa a la poesía, sus novelas rústicas son casi iguales al *Hermann*, y *Dorotea* de Goethe. Es único por el estilo, tan griego como el de Goethe, con la diferencia de que los versos de Goethe parecen imitados de Homero y que el relato de Jorge Sand parece inspirado por Jenofonte" (página 236).—Renato Doumic <sup>(1)</sup> nos dice que la Sand tuvo por númenes al amor, a la naturaleza, al entusiasmo y a la piedad (pág. 359). El mismo autor agrega que tiene el movimiento que arrastra y el ritmo que columpia, desenvolviendo con cierta lentitud, pero sin embarazo, aquel amplio período que es la verdadera locución francesa. El mismo autor añade que es a modo de río cuya loma de agua corre abundante, límpida, entre bordes floridos y oasis de verdura, en donde el paseante se detiene gozoso para soñar deliciosamente. El mismo autor afirma que impregnó a la novela con la poesía que llevaba en su espíritu, dando satis-

---

(1) George Sand, sa vie et son oeuvre, 868 pags.—Ed. Perrin, 1922.

facción al afán de romanticismo que sentimos todos, aunque en diversos grados (pág. 360). Y Doumic concluye: "es posible que haya habido para ella, como para todos los muertos ilustres, un tiempo de prueba y un período de desconocimiento. La victoria del naturalismo, falseando el gusto por algún tiempo, ha podido apartarnos de la lectura de Jorge Sand. Hoy estamos tan fatigados de la literatura basada en documentos, como de la literatura brutal. De día en día comprendemos mejor la verdad que encerraba la teoría de la novela según Jorge Sand, y que puede resumirse en estos tres vocablos: seducir, conmover, consolar. ¡Consolar! ¿quién podrá decir, conociendo un poco la vida, que éste no es el fin supremo de la literatura?" (pág. 361). ¡Oh, sí! ¡olvido y consuelo! ¡eso es lo que siempre le pedirá la humanidad a la poesía! ¡La literatura, oh Jorge Sand, debe ser como los cuentos que les narrabas tú a los hijos de tus hijos! ¡La literatura debe ser el roble que habla, el árbol que nos sirve de refugio cuando todo nos abandona, el árbol en que hace noche la soledad de nuestro corazón! ¡La literatura debe ser el céfiro blando, el céfiro suave, a cuyo impulso florecen las rosas bermejas del ensueño y las pálidas rosas de la melancolía! ¡La literatura debe ser como el hada que pintaste tú, convirtiendo las miserias humanas, el polvo de la vida, en bien y en hermosura, en amor y en piedad, como tu hada convertía el polvo de las calles y de los caminos en aire, en agua, en sol, en oro, en diamantes, en polen de flor, en iris de perla, en el prodigio



Musset? —Sí, habita conmigo. —¿Qué hace? —Lee las novelas que Jorge Sand y Luisa Colet escriben sobre él” (pág. 266). No hay nada más dulce, más inefable que su vejez serena, robusta y triunfadora, en la que escribe novelas para deleite de los mayores y cuentos de hadas para deleite de los pequeños, cuentos en que se mezclan la historia natural y la metempsychosis, las aventuras del gnomo de las ostras que le llama Gaume y las aventuras del elefante denominado La flor sagrada (1). — No tiene ya “la estupidez soñante de la novilla”, de que habló Capuana. Este mismo nos dice (2) que “la fuerza de su mirada perduró en ella no obstante la labor destructora de la vejez; en sus ojos melancólicamente profundos, bajo los cabellos grises que le circundaban la frente y las sienas, se alternaban los lampos y las languideces. Una bondadosa sonrisa de abuela animaba sus labios carnosos”. “En sus últimos años trabajaba como en la plenitud de la madurez, viviendo solitaria y entregada por entero al cultivo de las flores, y a divertir a sus nietecitos con funciones de títeres, para las cuales ella misma escribía pequeñas comedias. Los campesinos de los contornos ignoraban que tuvieran entre ellos a la gran escritora, y Alejandro Dumas hijo, yendo a visitarla, intentó en vano hacerse indicar la quinta de *Jorge Sand*: “¡ninguno había oído jamás el nombre de este señor!” (pág. 150). Su última enfermedad fué larga y dolorosa, muy dolorosa. El 30 de mayo

(1) “Le chène parlant”, etc. 280 págs.—Ed. Calmann Levy.

(2) “Il secolo XIX”, “La letteratura”.—Ed. citada.

facción al afán de romanticismo que sentimos todos, aunque en diversos grados (pág. 360). Y Doumic concluye: "es posible que haya habido para ella, como para todos los muertos ilustres, un tiempo de prueba y un período de desconocimiento. La victoria del naturalismo, falseando el gusto por algún tiempo, ha podido apartarnos de la lectura de Jorge Sand. Hoy estamos tan fatigados de la literatura basada en documentos, como de la literatura brutal. De día en día comprendemos mejor la verdad que encerraba la teoría de la novela según Jorge Sand, y que puede resumirse en estos tres vocablos: seducir, conmover, consolar. ¡Consolar! ¿quién podrá decir, conociendo un poco la vida, que éste no es el fin supremo de la literatura?" (pág. 361). ¡Oh, sí! ¡olvido y consuelo! ¡eso es lo que siempre le pedirá la humanidad a la poesía! ¡La literatura, oh Jorge Sand, debe ser como los cuentos que les narrabas tú a los hijos de tus hijos! ¡La literatura debe ser el roble que habla, el árbol que nos sirve de refugio cuando todo nos abandona, el árbol en que hace noche la soledad de nuestro corazón! ¡La literatura debe ser el céfiro blando, el céfiro suave, a cuyo impulso florecen las rosas bermejas del ensueño y las pálidas rosas de la melancolía! ¡La literatura debe ser como el hada que pintaste tú, convirtiendo las miserias humanas, el polvo de la vida, en bien y en hermosura, en amor y en piedad, como tu hada convertía el polvo de las calles y de los caminos en aire, en agua, en sol, en oro, en diamantes, en polen de flor, en iris de perla, en el prodigio

Musset? —Sí, habita conmigo. —¿Qué hace? —Lee las novelas que Jorge Sand y Luisa Colet escriben sobre él” (pág. 266). No hay nada más dulce, más inefable que su vejez serena, robusta y triunfadora, en la que escribe novelas para deleite de los mayores y cuentos de hadas para deleite de los pequeños, cuentos en que se mezclan la historia natural y la metempsicosis, las aventuras del gnomo de las ostras que le llama Gaume y las aventuras del elefante denominado La flor sagrada (1). — No tiene ya “la estupidez soñante de la novilla”, de que habló Capuana. Este mismo nos dice (2) que “la fuerza de su mirada perduró en ella no obstante la labor destructora de la vejez; en sus ojos melancólicamente profundos, bajo los cabellos grises que le circundaban la frente y las sienas, se alternaban los lampos y las languideces. Una bondadosa sonrisa de abuela animaba sus labios carnosos”. “En sus últimos años trabajaba como en la plenitud de la madurez, viviendo solitaria y entregada por entero al cultivo de las flores, y a divertir a sus nietecitos con funciones de títeres, para las cuales ella misma escribía pequeñas comedias. Los campesinos de los contornos ignoraban que tuviesen entre ellos a la gran escritora, y Alejandro Dumas hijo, yendo a visitarla, intentó en vano hacerse indicar la quinta de *Jorge Sand*: “¡ninguno había oído jamás el nombre de este señor!” (pág. 150). Su última enfermedad fué larga y dolorosa, muy dolorosa. El 30 de mayo

(1) “Le chène parlant”, etc. 280 págs.—Ed. Calmann Levy.

(2) “Il secolo XIX”, “La letteratura”.—Ed. citada.

de 1876 se sintió indispuesta y se metió en el lecho para no volver a levantarse más. El 2 de junio la operaron de las úlceras intestinales que la martirizaban. A las 6 de la mañana del 8 del mismo mes, frente a una ventana completamente abierta para que entrase la luz que nacía, empezó a agonizar, volviendo su cuerpo cuatro horas más tarde al laboratorio de la naturaleza, a fin de corromperse y de convertirse en nueva o nuevas formas de vida terrenal. ¡En el tálamo de las nupcias divinas de la tierra y el sol, todo vuelve a encarnarse y resucita todo! ¡La muerte es un sencillo cambio de traje, es la estación en que el viajero espera a otro tren! ¡La nada no existe! ¡La fuerza y la materia, eternamente asociadas, cantan y cantarán eternamente el triunfo de la vida! — Leo en Gabriel Faure (1): “Y héme aquí en el dominio que, después de la revolución, la abuela de Jorge Sand, la hija de Mauricio de Sajonia, compró con los restos de su fortuna. Sabido es que el dominio pertenece hoy a la Academia Francesa, quedando el usufructo a la única descendiente de la novelista, a su nieta Aurora, que tuvo a bien hacerme los honores. No quiero describirlo, como tampoco la casa, toda llena de recuerdos, la biblioteca, el gabinete de trabajo, el teatro de títeres. Miro apenas, por otra parte, en el tumulto de los nombres que zumban en mis oídos. Delacroix, Dumas, Liszt, Chopin, Paulina Viardot, Daniel Stern, Clésinger, Rollinat y tantos otros que moraron en estas habi-

(1) “Pélerinages passionnés”, 1ra. serie—Ed. Charpentier, 1919.

taciones! No hablo de aquellos que fueron sólo huéspedes de pasaje, como Gautier, a quien al principio impresionó desfavorablemente la fría acogida de Jorge Sand, o Balzac que la encontró de pantalón turco y chinelas amarillas, fumando en silencio mientras él hablaba. Yo pienso en los fieles que vivieron aquí en la afec- ción radiante de aquella que ellos amaron, — hermana, amante o madre, — pero siempre amiga apasionada y devota. Y casi todos ellos, cerca de la mujer que fué una de las trabaja- doras más grandes del siglo último, trabajaron. Esta atmósfera de labor reina todavía en la casa, frecuentada por una presencia invisible, y sobre todo en el salón, donde están amonto- nadas tantas obras artísticas, en torno de esta mesa sobre la cual se inclinaron las más nobles frentes, cerca de esta cosa para siempre vene- rable, el piano de Liszt y de Chopin. ¿Cómo soñar sin emoción en aquellas horas en que Liszt y Sand se sentaban a esta mesa, ella concluyendo *Mauprat* y él notando sus admira- bles transcripciones de las *Sinfonías* de Beetho- ven? ¿Cómo evocar, sin que se acongoje nuestro corazón, aquellas noches de estío en que, sobre este piano, Chopin improvisaba sus páginas más trémulas? Delacroix, para escucharle, pro- longó sus veladas” (pág. 231). — “En torno de la casa se extiende el dominio, que es al mismo tiempo, parque, jardín y huerta. El conjunto es un poco triste y severo: el horizonte no se descubre por ninguna parte. Ni vastas exten- siones para el ensueño, ni sitios pintorescos y accidentados que inviten a la acción. Es nece-

sario trabajar y nada puede sacarse sino de sí mismo. El cuadro convenía a la que no conoció reposo alguno hasta que la tendieron a lo largo bajo el tejo centenario que, desde hace cuarenta y dos años, abriga su sueño. Cerca de la ancha losa de negro asperón, desnuda y sin ornatos que cubre sus cenizas, duermen su padre, su abuela, su hijo, su nuera, y la última venida, su nieta, esa pobre Gabriela Sand, alma encantadora de modestia y de bondad. Entre la iglesia baja y el jardín, este cementerio campestre, separado del cementerio comunal por una sencilla verja, es infinitamente emocionante. — Verdura... dejad la verdura... — parece que fueron las últimas palabras de Jorge Sand. ¡Dormid en paz, mi buena señora de Nohant! Para vos, que pasásteis tantas horas escuchando el alma musical de las cosas, el ruido del viento en los árboles continúa meciedo vuestro sueño. El gran tejo balancea sus palmas siempre verdes; y cada año, cuando el otoño recomienza su andante melancólico y lleno de gracia, los olmos, desolados de haberos perdido, sobre vuestros restos mortales dejan caer sus lágrimas de oro" (pág. 234). — Concluycamos, recordando que se realizó el deseo por ella manifestado en sus *Cartas de un viajero*. La abuela María recogió su súplica, y sus restos reposan al lado de los restos de la volteriana, casi en los límites de la heredad que la volteriana conservó para ella. — Duerme, pues, como ella quería, junto a su casa, en el pago de sus amores, la que llamaron los campesinos nuestra señora de Nohant, bajo aquella

losa regada por las lágrimas de Flaubert y donde Pablo Meurice pronunció estas palabras de despedida de Víctor Hugo (1): "Lloro a una muerta y saludo a una inmortal. Yo la felicito porque lo que ha hecho es grande y le doy las gracias porque lo que ha hecho es bueno. — Jorge Sand tiene un lugar único en nuestro tiempo: otros son los grandes hombres; ella es la gran mujer" (págs. 389 y 390). — ¡Duerma, bajo el fuego de sol del Berry, la que llamaron los campesinos nuestra dama de Nohant! ¡Duerma bajo aquel árbol, perpetuamente verde, desde donde le dijo su dulcísimo adiós el ruiseñor de que habla Ernesto Renán; el ruiseñor nacido entre las rosas del jardín de su dominio; el ruiseñor que, cerca de la ventana del salón donde la vió trabajar a la luz de su lámpara, aprendió a gorjear, embelesado y trémulo, las notas del piano en que sollozaba el séptimo preludio, el preludio más suave y melancólico de Chopín! ¡Duerma en quietud, velada por la gloria, entre los olmos, junto a los suyos, en el país que perfuman aquellas zarzas y en que serpean aquellos atajos que tan bien nos pintó en las novelas de sus cuatro modos, la que llamaban los campesinos nuestra caritativa señora de Nohant!

COPIA  
BIBLIOTECA  
N.º 1000000000

12 de marzo a 27 de mayo de 1925.

(1) "Depuis l'exil", tomo I,—Ed. Nelson.

## FE DE ERRATAS

---

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
16	10	lapislazulí	lapislázuli
42	2	le	te
43	2	tiene	tienes
113	8	comunes	común
127	22	La	Las
128	1	viloso	viloso''
160	11	Flamoronde	Flamarande

---



CONSEJO N. DE ENSEÑANZA  
PRIMARIA Y NORMAL  
BIBLIOTECA  
MONTEVIDEO

# INDICE

ENCICLOPEDIA  
AM. TEL. 920  
Pag.

## I — SU PRIMER MODO

1. Algunos antecedentes .....	3
2. Su primer modo — (“Indiana”) .....	6
3. Su manera de escribir .....	7
4. Su teoría de la novela .....	9
5. “Valentina” — (Tendencia — Descripciones) ..	11
6. La Sand y Musset .....	14
7. “Lelia” .....	18
8. “Mauprat” y “Leone Leoni” .....	23 y 27
9. La Sand y Chopin .....	29
10. Resumen de este capítulo — (En rebeldía — Hábitos masculinos — Aislamiento moral — Necesidad de apoyo — Merimée — Citas de Se- ché, Filón y otros) .....	35

## II — SU SEGUNDO MODO

11. Hasta Enero de 1835 — (Su estado moral — Sobre “Lelia”) .....	40
12. Hasta 1842 — (Miguel de Bourges — Lamena- nais — “Lettres d’un voyageur”) .....	44
13. La influencia de Pedro Leroux .....	51
14. Metafísica y humanidad — (“Les sept cordes de la Lyre” — Sus novelas socialistas — Isolda en “Le compagnon du tour de France” — “Le meunier d’Angibault” — Entrada de los humil- des en la novela — Opiniones de Albert, Pardo Bazán y otros) .....	59

	Pág.
15. "Consuelo" .....	74
16. Sue y la novela social — ("Los misterios de París" — "El judío errante" — "Martín el expósito" — Soulié — "Las memorias del Diablo" — 1848 — El fin de un noble ensueño) .....	81

### III — SUS OBRAS MAESTRAS

17. Idilios rústicos — (Juicios de Pellissier, Faguet y Sainte-Beuve — "Jeanne") .....	97
18. "La mare au Diable" .....	100
19. "La petite Fadette" .....	113
20. "François le Champi" y "Les maitres sonneurs" .....	119 y 123

### IV — NUESTRA SEÑORA DE NOHANT

21. La pasión — ("Valvédre" — "Le dernier amour" — Lo que piensan Lasserre, Palacio Valdés y Leopoldo Alas — La heroína lucha casi siempre entre dos amores — Ejemplos) ..	127
22. Las creencias — (En el convento — Dudas — Gerson y Chateaubriand — Su culto por Rousseau — "Mademoiselle La Quintinie" — Ortodoxia y liberalismo) .....	132
23. Su poder imaginativo — ("Les maitres mosaïstes" — "Constance Verrier" — "Antonia" — "La famille de Germandre" — Lo que dijo de Balzac — Los folletines de Dumas desde 1844 a 1853 — "Le marquis de Villemer" — Sus rústicos — Lo que escribió Valera) .....	140
24. Más opiniones y más detalles — (Brunetière, Talne y Doumic — Sus horas de trabajo — Su bondad infinita — Delfina Gay — Vejez adorable — Su enfermedad — Su muerte — Faure en Nohant — Sobre su sepulcro — Fin) ....	162